

HISTORIA SUMARIA DEL PERIODISMO

TESIS

que para obtener el título de

Maestro en Historia

presenta

Carlos Alvear Acevedo

MEXICO

1963



Universidad Nacional
Autónoma de México



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

*A Santa María de Guadalupe,
Trono de la Sabiduría.*

*A la memoria del Sr. Gral. D.
Luis G. Alvear, de D. Luis Al-
vear Vélez, y como expresión
de profundo afecto, a Doña
Petronila Acevedo Vda. de
Alvear y a doña Consuelo
García de Alvear.*

ADVERTENCIA

EL PRESENTE trabajo tiene una doble razón de ser que se vincula con labores y empeños realizados a lo largo de varios años. Hay, desde luego, un estímulo académico inmediato, que dice relación con la etapa culminante de la carrera de Maestro en Historia por la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM, y en este sentido el trabajo responde a la inclinación deseosa de hurgar en el pasado que aporta, como quiso el pensador clásico, elementos de magisterio vital; pero hay también, en plano paralelo, tareas de carácter periodístico que han respondido a otra vocación igualmente sugestiva y atrayente, de que no he querido prescindir.

Unidas ambas tendencias, siquiera sea en unas páginas de relato somero, se explica cómo el tema de la Historia del Periodismo fue escogido para atender a los deberes universitarios de obtención del grado.

CARLOS ALVEAR ACEVEDO

Capítulo I

PREHISTORIA DEL PERIODISMO

“Los periódicos son los mejores instrumentos de la historia de una época, sea cualquiera el punto de vista desde el cual se la quiera estudiar. Son los oráculos de la Sibila escritos en hojas de encina”.

Saint-Charles

Afán de informar y afán de saber

La necesidad que a través de las edades ha tenido el hombre de expresar a los demás sus pensamientos, sus juicios, o los informes de los hechos que ha estimado indispensable transmitir, va en la naturaleza de ese hombre. Es ese un dato que salta a la vista, y que en el curso del devenir histórico ha dejado de sí huellas patentes, bien que, en correspondencia a él, existe en forma simultánea y concomitante el “afán de saber” que Aristóteles reconocía como propio de todos los seres humanos.

Desde siempre, el lenguaje —oral o gráfico— ha sido el instrumento por el cual se han satisfecho tales exigencias características de nuestra especie, hasta el punto de que el mismo Estagirita (1) quiso encontrar una identidad indisoluble entre el lenguaje y la naturaleza social del hombre. Y si en determinadas épocas la palabra fue ruda, o no alcanzó a tener sutileza y matices conceptuales suficientes, con el correr del tiempo se hizo cada vez más ductil y flexible en sus distintas manifestaciones.

En los varios periodos de la Prehistoria hubo ya, sin duda, noticias que transmitir o que pedir, y comentarios que hacer o que demandar; y de ambos requerimientos profundos, acentuados sucesivamente y con persistencia creciente, arrancaron los entrañables motivos de información y saber que, en siglos posteriores, llevaron a la creación de diversas floraciones de cultura, de arte y de técnica, lo mismo en la filosofía que en la literatura, en la oratoria o en el periodismo, hasta llegar a los niveles perceptibles en nuestros días. Y en este sentido puede afirmarse que cada pueblo supo encontrar, de acuerdo con sus propios recursos, y de conformidad con su propio estilo de civilización, el modo más conveniente para hacer, del paso de las noticias y de los comentarios de unos hombres a otros, una situación

normal y corriente, que quizá, en un principio, se efectuó en forma que se reducía a la charla en privado, o a manifestaciones de ruidos convencionales, silbidos, toques de tambor de pueblo a pueblo, o mediante señales de humo, como ocurría en este último caso entre los indígenas norteamericanos. Pero después, a tono con una vida social más rica y compleja, las expresiones y glosas se vertieron en los trazos ideográficos, en los jeroglíficos, y posteriormente en la escritura fonética.

El surgimiento de la escritura

La aparición de la escritura fue un acontecimiento de enorme importancia. Tan grande fue esa importancia, en efecto, que ha sido tradicional asignar a ese hecho el carácter de signo distintivo que permite distinguir la Historia propiamente dicha de la Prehistoria, por más que haya en esto discusiones y puntos de vista discrepantes.

Es evidente, sin embargo, que el testimonio escrito fue sustancial para el desenvolvimiento de la cultura, y gracias a él se abrieron posibilidades extraordinarias al conocimiento en general, y al saber histórico en particular. "Los relatos deliberadamente dedicados a la información de los lectores, ha dicho Bloch, no han dejado nunca de prestar una preciosa ayuda al investigador. Entre otras ventajas, son ordinariamente los únicos que proporcionan un encuadre cronológico casi normal y seguido" (2), hasta el punto de que puede formularse esta pregunta cuya respuesta quedará siempre en suspenso: "¿Qué daría un prehistoriador —o un historiador de la India—, por disponer de un Herodoto?", según postula el mismo autor.

Lo cierto es que trazar en signos el pensamiento supuso un grado eminente en el desarrollo de la Humanidad, con repercusiones ascendentes hasta los días que corren. La aparición de la escritura, ocurrida acaso hace 3,000 ó 3,500 años antes de Cristo (3), marcó, por así decir, un dato clave para la cultura, más rica desde entonces en creaciones de toda clase, que no los cientos de miles de años de las edades previas, desenvueltos dentro de una situación notoriamente menos dotada. En concordancia o simultaneidad con el surgimiento de dicho testimonio escrito, de la escritura, aparecieron las grandes culturas conocidas que, como asentó Alfred Weber en su enjuiciamiento histórico, "ofrecen de particular el haber registrado en documentos escritos la visión que la Humanidad tenía de sí misma y de su destino" (4), con repercusiones insospechadas en los períodos previos.

Así, la escritura se convirtió en herramienta de cultura de valía extraordinaria, para captar el saber y transmitirlo a los contemporáneos y a las generaciones posteriores, y desempeñó con tal motivo —como sigue desempeñando— un papel insustituible en las forjaciones del espíritu humano.

Diversos tipos de escritura

El curso evolutivo de la escritura presenta, por lo demás, caracteres de sumo interés, que prueban la capacidad y el ingenio de los hombres, y su variada disposición para dar amplitud y proyección al pensamiento.

Quien repase las formas de ella, desde sus manifestaciones más primitivas hasta el uso contemporáneo de los grandes y complicados instrumentos que la tipografía ha elaborado, encuentra la ratificación de aquel aserto, y la insistencia, cada vez más porfiada, por dar celeridad a la preparación de lo escrito destinado al público.

“En un principio, nos informa Weise, se representaron los objetos gráficamente; por ello las primitivas formas de la escritura consistían tan sólo en figuras” (5), y esto ocurría del siguiente modo: “Si tomamos como ejemplo los jeroglíficos egipcios, encontraremos representados en ellos bocas, manos, cabezas, águilas, gorriones, patos, lechuzas, leones, culebras y otros animales. También la escritura asirio-babilónica, más antigua (anterior a 3,000 a. de J. C.), nos ofrece imágenes, tales como ojos, manos, pies, cabezas, bocas, brazos, y también pájaros, peces, soles, barcas, etc. El primer paso de la evolución hacia un sistema más perfecto consistió en determinar con exactitud la forma y el significado propio de cada figura mediante un complicado proceso ideológico; pero lo más importante para el desenvolvimiento de la escritura fue el hecho de que, con el transcurso de los siglos, se llegara a dividir la palabra en sílabas, dando a cada una de ellas un signo distinto. De este modo se consiguió reducir considerablemente el número de signos que eran necesarios para escribir, como ocurre todavía en China y Japón, donde se repiten siempre grupos de sílabas aisladas. Otros países realizaron el último y decisivo avance, consistente en aplicar diferentes signos para las distintas letras. Por último, el creciente incremento de las relaciones escritas exigió que se llegara a la máxima simplicidad en la forma y modo de unir los signos hasta conseguir que el pensamiento pudiera consignarse con la misma rapidez en que se expresa.

“Pero no en todos los pueblos ha sido la escritura una creación hija de su propio esfuerzo, sino que muchos han aceptado signos ya empleados por otros, como sucede, por ejemplo, en los pueblos civilizados de Europa, en cuyos alfabetos se revela de manera evidente el exotismo de su origen, y la coincidencia que en ellos se observa en cuanto a lo fundamental (sucesión de líneas, forma y valor de las letras) débese precisamente a ello” (6).

Ahora, en cuanto al material usado para escribir, y las formas que se le dieron, fueron los característicos de cada estrato de la cultura histórica y de cada ámbito geográfico: desde los “quipus” de los grupos prehispánicos de la zona andina, consistentes en un elaborado sistema de cordeles con nudos, colores y tamaños diversos (7) —cuyo uso no fue desconocido entre los antiguos náhuas, al decir de Orozco y Berra (8)—, hasta la escritura cincelada en piedra, o trazada en rollos de cuero, en vitela, en tablillas de madera, o sobre papiros, que de todos estos modos se usó en Egipto (9). Desde las líneas y el color llamativo usados por los hombres precortesianos de México, que escribieron en tiras de cuero, o en el papel hecho de la corteza del árbol llamado “amatl” (10); hasta las tabletas de arcilla, cubiertas por los signos cuneiformes de las comunidades de Mesopotamia (11). Y desde la expresión gráfica de los antiguos chinos, en bronce, cerámica, jade, tablillas, seda y papel (12), hasta el pergamino, de uso tan extendido en la Edad Media... Y siempre, como dato común en todo ello, un mismo aliento conductor del hombre, de querer

expresar su pensamiento, de pretender informar y valorar los datos y circunstancias de su momento, para un público que, naturalmente, no podía ser amplio en las primeras edades históricas, habida cuenta de lo poco extendido que estuvo, por siglos, el dominio de la lectura y la escritura.

Los libros

Como frutos del desenvolvimiento de la escritura, surgieron los libros.

Originariamente, los escritos solían ser aislados, o, en todo caso, podía haber colecciones de piezas sueltas, que no permitían que se hablase de libros en sentido estricto. Una sucesión de escritos sobre un mismo tema, aun suponiendo concatenación, era sólo un anticipo del libro propiamente dicho. Este hizo su aparición cuando se integraron conjuntos de hojas de pergamino, unidas entre sí, cuyo uso pronto llegó a generalizarse en el transcurso de la Edad Media, aun cuando hay, de ello, algunos antecedentes en obras hechas con papiro, de que es ejemplo el llamado "papiro de Timoteo", con escritos del poeta Timoteo de Mileto, de finales del siglo IV, "que se guarda actualmente en Berlín" (13).

Más tarde, gracias al invento de los chinos —transmitido a Occidente a través de los árabes— se hizo mayor uso del papel, de tal suerte que para el año 800 d. de J. C. era ya corriente el aprovechamiento de éste.

La historia del libro siguió rutas cada vez más fecundas, en la cultura, pero diferentes de las que el periódico tuvo que recorrer por su parte.

El libro fue obra de mayor meditación, de mayor volumen inclusive, más destinado a grupos selectos, a minorías determinadas en las épocas antiguas, más orientado a consignar hechos y comentarios en escala amplia, datos, informes, críticas más concienzudas y exposiciones más pormenorizadas, como algo basado en exigencias de permanencia inaplazable. El periódico, en cambio, resultó ser algo más pasajero, más transitorio, al vuelo del suceso mismo, como para dejar constancia de éste, antes de que el siguiente hiciese su aparición en el fluir de la vida social.

Dilatada fue, pues la prosapia del libro, y con ribetes de mayor nobleza, como que sus ejemplares llegaron a ser, muchas veces, verdaderas joyas de arte en el Medioevo, con letras iniciales doradas o plateadas, con dibujos a colores y lujosas ornamentaciones, o bien, en planos más modestos, tapas cubiertas de piel o cuero de breve espesor y decoraciones de "hierros en frío", o sea, con dibujos marcados a presión, sin dorados ni colores. ¿Cómo comparar eso, entonces, con los periódicos que en sus orígenes apenas podían aspirar al rango de hojas sueltas, volantes, y que, aun bien entrada la Edad Moderna, eran sólo publicaciones en las que la apariencia difícilmente tenía que ver nada con el arte?

El libro respondía a una exigencia superior de la cultura, del afán de saber a nivel elevado, mientras el periódico quiso satisfacer la curiosidad, el deseo de informarse, pero en grado más corriente, con comentarios más procelosos que los que en un libro podían esgrimirse, sobre todo antes de que el periodismo llegase, en los siglos XIX y XX, al grado de habilidad técnica, de gusto y de atingencia que en estas centurias llegó a alcanzar, pero que supuso un esfuerzo de siglos y un batallar incesante y porfiado.

Escasez de datos en las antiguas culturas

Por lo demás, no parece probable que entre los egipcios, entre los asirio-caldeos, o entre los persas, haya habido siempre tareas periodísticas, con sentido institucional, en forma de noticias escritas destinadas al público, o sus juicios, como materia vendible, de consumo inmediato, aunque sí consignaron tales pueblos informes de acontecimientos oficiales, o escribieron crónicas de gobierno, de acuerdo con los fines del Estado... ¿Pero supieron acaso de escritos nacidos al calor de un suceso, para transmitir el dato al público de cualquier especie, como una versión que respondiese a una curiosidad concreta y específica, o a título de comentarios generales?

Los egiptólogos han anotado algo de ello, al mencionar la existencia de ciertos escritos de carácter informativo y con indudable ascendencia gubernamental, en tiempos de Tutmosis III, y otros de índole satírica durante el reinado de Amosis (siglos XVI y XV a. de J. C.), aunque esto es lo único que ha sido dable hallar en la antigua literatura egipcia, cuyas perspectivas históricas fueron conocidas y ampliadas a instancias de los trabajos de investigación del sueco Akerbland, del inglés Young, y sobre todo del francés Juan Francisco Champollion, a cuyos afanes se debió el haberse podido descifrar los jeroglíficos egipcios. Un obelisco con "inscripciones sagradas", y en especial la "piedra de Roseta", localizada por las tropas napoleónicas en la desembocadura del Nilo durante su expedición de fines del siglo XVIII, fueron los materiales que hicieron posible tal conocimiento importantísimo. (13).

Pero ni los papiros de tipo funerario, o *Textos de Atáid*, ni el *Libro de los Muertos*, ni la *Historia de Sinuhé*, ni la *Historia del Campesino Elegante*, o la *Historia del Marinero Naufrago*, tienen sentido periodístico; como tampoco lo tienen los varios cuentos de que hay memoria, ni *El Viaje del Sacerdote Wen-Amón a Asiria*; o los libros meramente religiosos, al modo de libro *De los Caminos*, que servía para guiar "las almas de los muertos por el mundo tenebroso de las sombras pobladas de demonios, hasta conducirlos al eterno palacio de Osiris" (14); ni las oraciones, las fórmulas mágicas, los himnos, las exhortaciones morales, los tratados filosóficos, las narraciones amorosas, las fábulas, ni, en general, los innumerables escritos de diversas clases, muchos de los cuales fueron destruidos por Omar, en Alejandría, el año 643 d. de J. C.

Algunas descripciones, como la de Sinuhé, tienen más bien el sabor de historias o crónicas, que desbordan el carácter transitorio, en alas de la noticia inmediata, que al periodismo es propio. Y los informes guerreros, existentes desde la época predinástica, tampoco podían sufrir la comparación con meras notas de fisonomía periodística.

Otro tanto puede afirmarse, sin duda alguna, de las expresiones escritas de los demás pueblos de la Antigüedad.

Nadie dirá, por ejemplo, que el Código de Hammurabi, de la literatura asirio-caldea, hace más de cuatro mil años, puede tomarse como muestra de un periódico; ni es dable catalogar en tal casillero de cultura a la *Epo-*

ya de *Gilgamés*, estampada en doce tablas, o a la *Epopeya de la Creación* (15).

Ni por su contenido, ni por sus fines, ni por el propósito ostensible que animó a sus autores, puede hablarse de nada semejante a lo que podría ser una noticia o su comentario, en forma impresa, o mejor, en la forma de una escritura trazada por el punzón o estilo con punta cuneiforme sobre la arcilla fresca, que después se ponía a cocer para darle perpetuidad. Los ladrillos cocidos de la biblioteca más rica que ha llegado a nosotros, en Mesopotamia, que es la biblioteca de Assurbanipal —con cerca de 30,000 tablas— patentizan cómo la producción escrituraria de los hombres de esta cultura, daba preferencia a lo religioso, a lo litúrgico, a lo mágico y a lo comercial, en tanto que lo estrictamente literario fue más escaso y más mediocre, en relación con lo obtenido en Egipto o en Palestina. Las narraciones de los cronistas en Babilonia, Nínive y Assur, trataban de precisar las conquistas de sus monarcas y su bárbara piedad, o bien consignaban los sucesos más importantes de la ciudad respectiva, pero más con fines gubernamentales y de memoria histórica, que con ánimo de publicidad momentánea, que seguramente estaba reducida al rumor, a la información que corría de boca en boca, o al chismorreo propicio al agrandamiento o “amarillismo” de toda multitud, en una gran urbe.

Los asirios, señores de la guerra, tuvieron un rango cultural todavía más bajo que los babilonios o caldeos, de suerte que sus muestras de escritura no llegaron a alcanzar el nivel de sus hermanos de civilización. Hay, sin embargo, entre algunos relatos o crónicas asirias, anotaciones de hechos en las que el dato sangriento y cargado de violencia apenas es menos escandaloso que sus relieves en alabastro, en los que gráficamente exhibieron sus reyes toda la inhumanidad de que eran poseedores, con “escenas escandalosas de carnicerías” (16), apenas concebibles. La repetición esquematizada de tales informes tuvo, en cambio, la ventaja de haber aportado, para la historia, elementos nada despreciables sobre catálogos de reyes, fechas y sucesos de interés, que han ayudado a desentrañar la filosofía y la fisonomía de ese pueblo.

Pero, en definitiva, nada de todo eso podía tomarse como un antecedente seguro de las labores distintivas del periodismo, como tampoco es dable ver la aparición de este último en lo que ha substido de la literatura persa. El *Avesta*, que Alejandro Magno mandó quemar, pero cuyos textos fueron reconstruidos por orden de Artajerjes y publicados hacia el año 220 de la Era Cristiana —ahora con el título de *Zend-Avesta*, o comentarios del *Avesta*— consignan, más que prolijamente, cantos, ritos, leyendas, dichos y plegarias del reformador religioso Zaratustra, cuya ubicación cronológica no ha sido posible precisar hasta ahora, aun cuando se le sitúa generalmente alrededor del año 600 a. de J. C. (17).

¿Pero qué hay allí de informativo bajo el prisma que nos interesa, como no lo hay tampoco en el *Sha-Nameh* o *Libro de los Reyes*, del poeta Abul-Kassim Mansur, escrito de poesía épica, con no escasa dosis de belleza, o en las producciones líricas de Omar Khayyam —que integran el *Rubayat*—, o *El Rosedal* y *El Vergel*, del poeta Sadi, ambas escritas en épocas muy posteriores al *Avesta*, como que pertenecieron a una época que se encuadró ya en la Edad Media europea?

En la misma situación, con igual ausencia de muestras precursoras del periodismo, se encontró la India antigua, que contó sin embargo con una respetable tradición literaria, que fue de los poemas védicos (18), a la épica —con las dos manifestaciones descollantes, el *Mahabharata* y el *Ramayana*—; y de la literatura lírica —de que fueron ejemplos los escritos poéticos de Kalidasa y Yyadeva: *La Nube Pasajera* y el *Gita-Govinda*, respectivamente, en los siglos V y XII, de la Era Vulgar— a la novela —como la *Brihatkata*, de Gunadia—; y sobre todo el apólogo, en donde los escritores hindúes desbordaron su capacidad y elaboraron una expresión literaria que fue característica de su cultura.

La producción hindú antigua, escrita en hojas de palmera o en corteza, con una pluma que era un estilo de hierro, constituye una de las creaciones literarias de mayor rango, de más ilustre prosapia inclusive, pero no puede traerse como ejemplo, sin embargo, en ninguna de sus manifestaciones, de lo que podría titularse como algo que fuese un antecedente de lo que, andando el tiempo, sería un periódico, una gaceta, o siquiera, modestamente, una hoja informativa. Al menos no hay prueba ni indicio en tal sentido, y es preciso extender la convicción a los escritos de otros ámbitos culturales, como los semíticos, y concretamente los hebreos anteriores al Cristianismo, como tampoco es dable hallar nada parecido en las literaturas o testimonios escritos de otros pueblos de su misma estirpe, ni en los árabes posteriores, cuya vocación escrituraria se orientó más bien por otros rumbos.

La Biblia, aun conteniendo en sus libros todas las formas literarias, no puede asimilarse en modo alguno —ni por su origen, ni por su inspiración, ni por sus características morfológicas—, a la materia que se busca. Los libros llamados “históricos” de la Biblia —como el *Libro de Josué*, el *Libro de los Jueces*, los *Libros de los Reyes*, los *Paralipómenos*, y sus semejantes (19)— contienen narraciones que los sitúan en un plano que va más allá de una pura y escueta información momentánea. El periodismo no puede reconocer entre los hebreos ningún precedente; y las tareas de recopilación de datos genealógicos, así como los registros de actos públicos que los pontífices realizaban aun en tiempos de la dominación romana, según indica Flavio Josefo (20), se orientaban más bien a finalidades de carácter oficial y estrictamente propias para ellos, sin propósitos de difusión pública.

El primer periódico chino

¿Acaso, en cambio, en el Extremo Oriente, sobre todo en la gran cultura china, es dable encontrar algunos vestigios de trabajos periodísticos?

La investigación histórica en este punto es negativa por lo que se refiere a las épocas más antiguas. Las letras chinas, tan sugestivas por otros conceptos, pudieron contar con expresiones variadas de obras filosóficas, religiosas, poéticas, novelísticas o históricas, de valor destacado muchas de ellas; pero no es sino hasta ya entrada la Era Cristiana cuando es dable hallar algunos antecedentes remotos, aunque, por supuesto, la buena voluntad tiene que suplir la ausencia de un paralelismo completo.

Lo más amplio y nutrido de la literatura china, tuvo, empero, cate-

goría distinta. Y así ocurrió que los libros atribuidos a Confucio, ocho siglos antes de Cristo —que otros críticos asignan más bien a sus discípulos—, como el *Su Ching* o *Libro Canónico de los Documentos*, y los libros *King*, tienen una indudable prestancia filosófica; e igual cosa puede decirse de los Meng-Tze (Mencio), lo mismo que del libro donde se contienen las ideas de Lao-Tse, hacia el año 660 antes de nuestra Era, el "*Tao-teh-king*"; aunque el fondo y forma de todos ellos nada tienen que ver con el periodismo.

Igual concepto puede emitirse en relación con los escritos de los poetas Lieh-Tze (en el siglo V a. de J. C.) y su discípulo Wen-Tze, o del contemporáneo de este último, Chuang-Tze, que supo acoger en sus obras no pocas influencias llegadas de Persia y de la India.

Informaciones, noticias, fechas y nombres aparecen en lo escrito por Se-Ma-T'Sin, autor de unas *Memorias Históricas*, el siglo II a. de J. C., y en las obras de los componentes de la familia Pan, pero no era un móvil que pudiese calificarse de periodístico el suyo, sino más bien histórico, de crónica, como que la historia atrajo siempre a no pocos espíritus cultivados de la vieja China, e incluso a algunos funcionarios, cuya conciencia del momento que vivían, y de la opinión que después habría de formarse de ellos, era muy sensible a estos achaques. Shi-huangti, por ejemplo, el siglo II anterior a nuestra Era, se reputó "primer emperador", como pretendiendo que la historia comenzase con él; y en el siglo I a. de J. C., lo mismo que en los años siguientes, "fue usual que la historia de un soberano no se compusiera hasta después de su muerte", dice Weiss (21), quien explica tan singular costumbre del siguiente modo: "En torno del emperador se hallan siempre cuatro historiadores que escriben todo cuanto dice o hace, en hojas sueltas, las cuales echan luego en una caja. Después de su muerte se abre la caja, y todo el contenido se reúne para aliento y advertencia de la posteridad".

En los señoríos chinos de la Epoca Antigua, lo mismo que en el Imperio en general, había funcionarios cuya misión era la de ser receptáculos y transmisores de las noticias, pero siempre con intencionalidad histórica: uno se llamaba "taisse" y el otro "neisse", es decir, "un historiador mayor y otro para las cosas interiores", junto con un "waisse" o "historiador para lo exterior", y alguno más (22).

Había, pues, afán de tomar nota, de precisar los hechos y de llevar cuenta de los acontecimientos, con un propósito de verdad, que alcanzó rango de norma elevada según el ideal atribuido a Confucio, que decía: "Hay un principio cierto para reconocer el estado de perfección: el que no sabe distinguir lo verdadero de lo falso; el que no sabe reconocer en el hombre el mandato del cielo, no ha llegado todavía a la perfección..." (23)

¿Cómo extrañarse, en consecuencia, de que fuese prurito repetido y pertinaz, el de la búsqueda de los informes, de las noticias ciertas, para hacer de ellas material digno de consignarse por escrito y para su memoria eterna?

Los anales y las crónicas de carácter histórico fueron una consecuencia de esa propensión, y, en años posteriores, de algunas muestras de pe-

riodismo, aunque ya bien entrada la Edad Media europea. En Pekín, la capital de China, llegó a publicarse, en efecto, el *King-Pao* o *Tzing-Pao*, cuya finalidad era la de dar a conocer los decretos y disposiciones imperiales, como una especie de "periódico oficial", que servía a este fin. Era manuscrito, y "aparecía a intervalos muy irregulares" (24), que testimoniaban cómo no habíase tomado conciencia aún del sentido de periodicidad característico de las informaciones para el público, en forma institucional. Más tarde, el año de 750, "bajo la XIII dinastía china de los T'ang, apareció lo que con mayor propiedad puede calificarse como el primer periódico chino, llamado *Gaceta de Pekín*, que si bien en "sus comienzos y hasta el reinado del emperador Mou-Tsong" (25) se publicó con mucha irregularidad, con el correr del tiempo y en gradual sucesión, llegó a ser mensual, y "cuando desapareció en 1400, se publicaba diariamente" (26).

Esto sí tiene ya mayores visos de periodismo, y su misma permanencia es un buen indicio de la asistencia que el mundo oficial le dio para que pudiese subsistir por tan largo tiempo.

En cambio, de los demás pueblos antiguos, asiáticos, europeos, africanos o de América, no hay ninguna huella o testimonio que induzcan a creer que hayan tenido, siquiera en esa forma elemental, un principio de labor periodística.

La situación en Grecia

En realidad, la Hélade careció, asimismo, de periódicos.

Pese al hecho de que Grecia produjo los más variados géneros literarios, y que llegó incluso a la fijación de temas que son ya clásicos por el arquetipo humano que consagraron, o por la belleza con que describieron situaciones dadas, no aparecieron muestras de periodismo que supusieran la comunicación directa, inmediata y regular de una información corriente. En las primeras escalas de la historia griega, los grandes sucesos eran más bien tema que inspiraba a los aedas, cantores errantes que narraban, ante variados públicos, las aventuras de los héroes y de los reyes en forma poética. "En Grecia, dice De la Peña, la poesía precedió en mucho a la prosa y la primera forma que llegó a la perfección fue la poesía heroica, relato en verso de aventuras belicosas, cantadas después de los festines, en las moradas de los reyes o de los potentados por los aedas errantes. Las obras que poseemos de estos aedas se refieren, sin duda, a las leyendas conservadas por la tradición, a los grandes acontecimientos contemporáneos, el último combate librado, el sitio de Troya, los altos hechos de los héroes: de Aquiles, de Agamenón o de Ulises. También componían himnos o cantos sagrados en honor de Apolo especialmente; y la tradición nos ha conservado aún los nombres de tres de estos aedas o cantores: Orfeo, Lino y Museo" (27), aunque "ni la antigüedad conoció ya sus obras, ni la existencia de tales personajes es cosa demostrada" (28).

En el siglo IX a. de J. C. apareció el más genial de esos cantores que interpretaban y hacían suyas, en el verso, las inquietudes descriptivas de los grandes héroes, sobre todo los del pasado, que fue Homero, y cuya existencia, objeto de tan acerbos debates, es preciso rescatarla para las letras y

para la historia como autor de la *Iliada* y la *Odisea*, aunque haya de reconocerse que en él culmina una tradición de bardos prolongada por muchos años, que no impide apreciar cómo “el giro creador del gran poeta es manifiesto a lo largo de los poemas, los cuales no pueden ser obra de una escuela de poetas, sino de un hombre solo”, aunque “nutrido en una rica tradición” (29).

Sin embargo, como insistió en decirlo Burckhardt, los aedas o rapsodas posteriores a Homero, no sólo relataban escuetamente los hechos en cuanto tales, sino que los recubrían con velos mitológicos, y hacían de todo ello un caudal de datos que la masa del pueblo adoptaba y hacía suyos. El mito devino así en asunto más importante que el dato simple, y se perpetuó a través del tiempo en la conciencia de todos, bien que con mayor rigor entre los rústicos, y más susceptibilidad transformadora entre los hombres de las ciudades (30).

¿Pero hay de labor emparentada con el periodismo, siquiera como antecedente mínimo, habida cuenta del genio heleno, que en tantas categorías del arte y de la cultura forjó instituciones prodigiosas?

¿El suelo que supo de los poemas épicos de Hesíodo, de las producciones líricas de Alceo, de Safo, de Píndaro, de Anacreonte de Teos, de Simónides de Ceo; de las fábulas de Esopo; o del teatro de Esquilo, de Sófocles, de Eurípides o de Aristófanes; de las obras históricas de Herodoto, de Tucídides o de Jenofonte; de la filosofía de los físicos de Jonia, de Sócrates, de Platón o de Aristóteles; no produjo nada periodísticamente hablando? ¿Es posible admitir esto en un pueblo, como el griego, que tenía en la vida social —que es diálogo múltiple y correlación de ideas y comentarios— una de sus más fuertes manifestaciones de existencia, y cuyo centro era el ágora, o la plaza de cada polis?

La propensión a la vida social era tan fuerte entre los griegos, que el ágora —que significa “muy a menudo la asamblea, sin referencia alguna al lugar” (31)— existía aun en los mismos campamentos en plena guerra, de suerte que los aqueos, ante Troya, contaban con su ágora “con los altares de los dioses, donde se pronunciaban las sentencias . . .” (32) Y esto se perpetuó en toda congregación helénica, aun en las ciudades más pequeñas y antiguas, no obstante lo cual, o más bien, en razón de lo cual, no hubo periodismo en Grecia. Y es que para el griego, en efecto, la transmisión de las noticias y el enjuiciamiento de los hechos, se hacía preferiblemente en forma verbal, en pláticas, en corro de amigos, que no a través de escritos que circularan sólo con este motivo. La palabra, la expresión oral, la comunicación directa de las informaciones, eran suficientes, y no se creía necesario que se consignasen éstas por escrito.

El saber y el glosar, el inquirir e informarse, tenían en el ágora su fuente sustancial, que se completaba con las charlas de los filósofos, las reuniones en el teatro, y aun en los salones de las heteras, o cortesanas de elevada condición.

El periodismo en Roma

Bajo este prisma, la investigación histórica corrobora que fue en el ámbito romano en donde aparecieron los primeros vahidos de un periodis-

mo más firme y mejor perfilado en Occidente. Hubo, en este sentido, una originalidad mayor, y, acaso también, necesidades más perentorias que tenían que atenderse en un conglomerado humano, como el que era Roma, mucho más dilatado demográficamente que las ciudades-Estado griegas, y cuyos pasos imperiales, de conquista y proyección hacia fuera de sí mismo, lo obligaron a tener que informarse y saber de muchas cosas, que ya no podían recabarse con sola la conversación directa en la plaza pública, sino que tenían que atenderse por los periódicos, así como también, como dice Gudeman con razón, mediante las cartas, que llenaban, sobre todo éstas, la exigencia de "sustituir por medio de una comunicación escrita, la comunicación oral imposible por la ausencia" (33).

Así, en ello, como en otras manifestaciones culturales, los romanos fueron algo más que meros imitadores, porque en esta materia supieron actuar con madurez y decisión propia, lo mismo que en otros campos, aunque tenga que admitirse que en las letras en general fue poderosa la influencia de los modelos griegos (34).

Pues bien, Roma, que produjo escritores de estilo tan llamativo como Cicerón, como Tácito, como Tito Livio, como Julio César, como Virgilio, Ovidio, Horacio, Lucrecio, Séneca, Marcial o Marco Aurelio, tuvo también sus manifestaciones iniciales de periodismo que, naturalmente, no podían parangonarse en el depurado manejo del idioma ni en la hondura o belleza de los temas, con las obras de aquéllos, pero que eran los testimonios primarios de lo que, andando el tiempo, sería, como es el periodismo, cátedra, pronunciamiento de juicios, hontanar de informes, y guía ágil y expresiva de la vida de un pueblo, en nuestros días.

Los primeros ejemplares de rango periodístico aparecieron en las postimerías de la República. Antes del gobierno de Julio César, en efecto, ya "se redactaban por el Gran Pontífice documentos de carácter político, secretos los unos, públicos los otros" (35), que eran eco escrito de motivos arrancados de la vida pública. "Los primeros formaban los *Comentarii pontificum*, los segundos, los *Annales maximi*. La publicación de estos últimos (que se exponían delante de la casa del Gran Pontífice) se hacía sobre una tabla blanca llamada *Album*, y en ellos se relataban los principales hechos acaecidos en el año anterior a la fecha de su aparición" (36). La función de estos últimos era informativa, pues, pero no tenían aún el carácter de obra fluyente que sirviese al mercado inmediato de consumo, de modo que más parecían responder a una necesidad de anotación cronológica de hechos, un cierto trazo para servicio histórico, que para atender a la curiosidad pronta de los ciudadanos. "En el pontificado de Mucio Escévola fueron suprimidos los *Annales*, y hubo una especie de correspondencias privadas que recibían los principales personajes, de esclavos y libertos suyos que residían en localidades distintas, y en las que eran referidas, en forma más o menos literaria, las novedades principales" (37).

Mas el paso definitivo, emergiendo de aquellos esbozos, lo dio el conquistador de las Galias, Julio César.

El periódico, como ha dicho Weise, "debe su origen a Julio César" (38). Y nos explica porqué: "El fue quien primeramente renegó el valor de la opinión pública, y por esto, durante el año de su consulado (59 a. de

J. C.), hizo reunir diariamente, para utilidad general, las noticias de los acontecimientos más importantes. Así apareció el *Diario romano* (*Diurna urbis acta*), cuya publicación obedecía, más que al propósito de realizar una información, al de dar las noticias en tal forma que la opinión pública quedara influida en sentido gubernamental" (39).

La importancia de las comunicaciones escritas de otro tipo, sobre todo epistolar, continuó, porque del *Diario romano* no se hacía más que un ejemplar, con "escritura negra trazada sobre tablas enyesadas, que se exponía en una plaza pública de la capital para general conocimiento, y por otra, su reducido contenido sólo tenía interés local, con exclusión de todo lo ocurrido fuera de Roma... También publicaba noticias y disposiciones relativas a hechos acaecidos, pero no avisos de las autoridades sobre medidas gubernativas, ni artículos de fondo en los que se expusieran consideraciones de carácter general respecto a la situación del Estado en aquellos momentos. En cuanto a las noticias familiares, eran éstas muy reducidas, y se referían exclusivamente a las clases más elevadas. Así se explica que muchos ciudadanos copiaron del periódico local las últimas informaciones para comunicárselas al amigo ausente" (40).

No se tienen datos bastantes para determinar el tiempo que duró el periódico de Julio César, pero es seguro que marcó un rumbo, en cuanto a la práctica misma del hecho, y en cuanto a la actitud de las autoridades al respecto, aunque todo hace suponer que continuó en tiempos de Octavio.

Se puede determinar, empero, que el célebre conquistador, político y escritor que fue César, propició también otro tipo de publicaciones llamadas *Acta senatus*, que no pudieron sobrevivir a su creador, y que eran resúmenes de las deliberaciones del Senado.

Atenta la expectación que en torno a la marcha de los grandes sucesos había fuera de Roma, es evidente, como se ha dicho, que la *Diurna urbis acta* o *Acta diurna populi romani*, era insuficiente para satisfacer los deseos de conocimientos sobre informes de primera mano entre quienes vivían en provincias, y eso explica la existencia de las copias de que se ha hecho mérito, que se enviaban fuera de la ciudad prócer. Por la misma razón, había corresponsales, ya conocidos, o ya oscuros y anónimos, pero interesados en la función informativa, que procuraban captar cuanto les fuese posible, para enviarlo a sus destinatarios. "Era también habitual, dice Mommsen, que las personas distinguidas, al ausentarse de Roma, dejasen a algún subalterno encargado de registrar para su uso particular los sucesos del día y las cosas que ocurriesen en la ciudad" (41). La misión de todo estos corresponsales, sobre todo los que trabajaban a sueldo, agrega Boissier, "consistía únicamente en recorrer la ciudad y recoger en las calles lo que oían decir o lo que veían; anotaban cuidadosamente las anécdotas de teatros; se informaban de los actores silbados y de los gladiadores vendidos, y escribían los pormenores de los entierros suntuosos; apuntaban los rumores y los propósitos malignos, y, sobre todo, los relatos escandalosos que podían apropiarse. Toda esta charla distraía un momento, pero no satisfacía a aquellos personajes de la política, que deseaban ante todo estar al corriente de los negocios públicos. Para conocerlos bien, se dirigían espontáneamente a alguien que estuviera en condiciones de saberlos. Elegían algunos amigos seguros, prestantes, bien informados; por ellos se entera-

ban de la razón y del carácter verdadero de los hechos que los periódicos referían escasamente y sin comentarios; y mientras sus corresponsales pagados les dejaban por lo general en la calle, los otros los introducían en las habitaciones de los políticos de importancia y les hacían oír sus confidencias y sus secretos" (42).

Uno de esos informes periodísticos, publicado en casa de Trimalción, gobernador de una comarca romana, es típico en la materia.

Decía así: "Día 7, antes de las Kalendas de Agosto. En la tierra de Cumas, que pertenece a Trimalción, han nacido 30 niños y 40 niñas. Se han levantado de las eras, para encerrarlas en los trojes, 500,000 fanegas de trigo. Se han reunido en los establos 500 bueyes de labor. En el mismo día ha sido crucificado el siervo Matridates, por haber blasfemado contra el genio del señor. En el mismo día reingresaron en caja 10.000,000 de sesteracios, para los cuales no se encontró empleo. Y en el mismo día estalló en los jardines de Pompeyo un incendio, que se había comunicado desde la casa del colono" (43). El periódico interrumpe sus enumeraciones para dar cuenta del enojo de Trimalción por esos jardines de Pompeyo que él no conoce, y que han sido comprados con dinero suyo, sin avisársele, por lo cual proscribía que en lo sucesivo se le ha de informar, en un plazo de seis meses, de los dominios que sean adquiridos. Después prosiguen las noticias haciendo referencia a los presupuestos de los diversos servicios, sin perjuicio de que aparezcan informaciones de hechos corrientes en la vida comunitaria, incluso datos de algunos sucesos escandalosos, concluyéndose con un informe sobre la reunión de los ayudas de cámara, en tribunal de justicia, para oír y condenar a un intendente, culpable de una falta.

Tales fueron los primeros esbozos del periodismo romano, con el cual se inició en firme esta actividad en Europa, la cual, con el tiempo, habría de ser fundamental en la vida de los pueblos. No puede decirse que fuese entonces una manifestación excelsa de las letras, ni que sufriese parangón con lo que en otros niveles de la cultura romana había, pero se señaló un camino, y se dieron los pasos iniciales de la obra informativa, siquiera fuese con tal fisonomía, con tales recursos y en tales condiciones.

Los juglares

Roma, que señoreó al mundo occidental, y aun algo más de éste, cayó, víctima de sus propios errores, y bajo el impacto de las oleadas de los bárbaros.

La recia y dilatada estructura del Imperio Romano quedó dispersada, y sobre sus ruinas cruzaron los hombres de varias razas que gradualmente, y a fuerza de duras experiencias, forjaron a su vez las nacionalidades nuevas, en el crisol de la Edad Media, y con las características ambientales, criteriológicas y espirituales de ésta, prolongada por casi un milenio.

La nueva edad, la Edad Media, tuvo perfiles culturales diversos a través de su desenvolvimiento múltiple, y no es dable lanzar afirmaciones que, si convienen a sus primeras etapas, no se ajustan siempre a la realidad de las últimas de ellas. Tuvo, empero, instituciones y hechos singulares que le dieron unidad relativa, en torno al ideal de catolicidad existente enton-

ces, y esto contó mucho en la contextura y en las proyecciones sociales del Medioevo.

Para el punto que tratamos, cabe preguntarse, por lo demás, si de entre los escombros del Imperio Romano, con formas nuevas, o con inquietudes distintas, hubo esbozos de periodismo que fuesen la continuidad obligada de lo que César y otros a semejanza de él habían hecho por su parte para informar y comentar las noticias de su momento; pero la respuesta, obviamente, no puede ser categórica en un todo, porque si en los estratos de la Alta Edad Media no hay nada al respecto, entre el galopar de las caballerías bárbaras y el derrumbe cabal de las formas de vida anteriores, sí hubo, en cambio, muestras de información variada, en las postrimerías de dicha Edad. Y es que, como ha dicho Altabella, en "el Medioevo no hay clima propicio a la vigencia periodística, pero sí hay notas episódicas de una preocupación noticieril" (44) que encontró personajes diversos por medio de los cuales manifestarse: "Juglares y peregrinos, viajeros que aspan de inquietud nómada y religiosa los mapas de la época, llevan oralmente la información. Y narran y refieren noticias en los castillos, en las posadas, en los caminos, en los atrios de las iglesias, en los corrales... En fin, en los lugares donde las gentes de la época se congregan para escucharlos. Y como ellos, los comerciantes y los estudinates, los monjes y los guerreros" (45).

A tono con el auge posterior del feudalismo, la vida social quedó estrechada a límites más parcos, y la difusión de noticias no tuvo el aliciente que en el fluir del Imperio Romano se sentía. No hay rastro posible de aspectos periodísticos amplios en los siglos que siguieron a la caída de éste, aunque había, no obstante, anotaciones de datos y hechos dignos de memoria, que servían al anhelo de llevar conocimiento de los sucesos notables. Así, en no pocos escritos españoles "es frecuente hallar documentos cuyas fechas van adicionadas con la conmemoración del algún fasto histórico, que se celebraba en los momentos en que la escritura, carta o diploma se extendía" (46). Un ejemplo de ello es el siguiente: "Una escritura particular de donación en el Cartulario de Sahagún, legalizada el 9 de abril de 954, lleva esta adición a la fecha: *Regnante Serenissimo Principi Sanctio Raminiri prolis, anno post Spania reversione primo*" (47). En las Cartas Reales del reinado de Alfonso VII, llamado "el emperador", en el mismo Cartulario de Sahagún, abundan también notas que con buena voluntad pueden llamarse periodísticas, y que son sintomáticas de la tendencia que se apunta: "En una de 1136 (núm. 66) dice 'In anno quo in Legione Coronatus fui'. Otra del 27 de octubre de 1139: 'In anno et mense quo capta est Aurelia' (Oreja, villa del reino de Toledo). Un documento del 4 de Diciembre de 1144: 'In reditu fossati quod fuerat eo tempore imperator in terra Grante', y en otro del 25 de Noviembre de 1147: 'Quando predominatus imperator redibat de Almaria quam tunc eum Auxilio iannensium ceperat et iuri christianorum submiserat'. Los de 1152 se expidieron 'eodem anno quo imperator tenuit circundatam Gaea'. En otro del mismo año (18 de Diciembre) se dice: 'Anno quo imperator duxit in uxorem Reiam imperatricem', y otro del 23 de Junio de 1156 estaba expedido 'in Carrione, quando imperator dedit ibi filiam suam in conjugem regi Navarre'. Esta costumbre alcanzó hasta los tiempos de Alfonso X el Sabio, y todas las escrituras, así reales como particulares, de 1255, consignan que se expidieron 'en el

anno que don Odoart, fijo primero del rey Henric de Anglaterra, recibió caballería en Burgos del Rey Don Alfonso, el sobredicho" (48).

Lo anterior tuvo su interés, y alcanzó mérito de curiosidad histórica, y si se quiere, de información, pero siempre dentro de un círculo limitado a quienes tuviesen acceso a tales documentos.

Para el pueblo, en cambio, analfabeto en su mayoría inmensa, las crónicas corrientes, las narraciones que llegaban, venían por boca de aquellos errabundos de que se ha hecho mérito, y entre todos los cuales destacaban los juglares como quienes más decididamente propendían a ello. Su carácter andariego, su sentido natural de la difusión pública, sus habilidades en juegos, artes y manera de dar a conocer sus comentarios, les hacían más propios para esos menesteres, que cualesquiera otros personajes. Eran, quizá, supervivencias sociales de los "mimi", los "histriones" y los "thymelici" procedentes del teatro romano, que luego, en la Edad Media, "extendieron su acción por las plazas, las calles y las casas" (49), en forma tal, empero, que no siempre mereció alabanzas sobre todo de parte de los escritores eclesiásticos, que muchas veces lanzaron sus condenaciones contra ellos.

Hacia el siglo VII aparece en la Europa central, "mezclado a los nombres anteriores, algún raro ejemplar de esa nueva denominación: jocularis, usado como sustantivo, o jocator, para designar persona que divertía al rey o al pueblo. No sabemos tampoco si esta nueva denominación significó un tipo de actores sensiblemente diversos de los anteriores, o si sólo representó una ligera variedad local que irradió e impuso su nombre por las demás regiones; lo cierto es que el nombre de juglar fue el que se vulgarizó en las lenguas modernas en lugar de todos los otros, y como equivalente más o menos exacto de todos los otros. En España las primeras menciones seguras del nuevo nombre son de 1116 y 1136, en que aparecen juglares en Sahagún y en la corte de León" (50).

El juglar, según parece, era una combinación de músico, escamoteador ambulante y de los "scopas" o cantores bárbaros que recorrían de corte en corte como autores o recitadores de narraciones heroicas, bárbaras propiamente, desconocidas entre los romanos. Tales juglares que, si sus aptitudes se los permitían, desempeñaban funciones de saltimbanquis, cantaban, recitaban y tocaban instrumentos musicales varios, desempeñaron a su modo, y de acuerdo con su tiempo, una cierta función de informadores de hechos relevantes y de comentadores de los mismos, ya en plan de alabanza, ya en forma de crítica acerba. Juglares los hubo en diversos países de Europa, y su categoría apenas puede diferenciarse, como no sea por los ambientes distintos en que actuaron. En Italia, por ejemplo, estos hombres diestros en "adular" y en "divertir", que solían vagar "de ciudad en ciudad", eran llamados "giullari", pero también "scurrae", "bufones", "saltatores" y "balatrones" (51). Algunos de ellos, llamados en Francia "jongleur" o "ménestrier de bouche", y conocidos en España como "juglares de boca", tenían como característica la de ser recitadores o cantores de poesía, que se acompañaban por lo común de algún instrumento de cuerdas. Debieron incurrir algunos de ellos en actitudes de crítica extrema contra determinadas instituciones y personas, ya que una ordenanza real francesa de 1395 prohibió a los autores de canciones "et a tous autres mé-

nestriers de bouche et recordeurs de ditz" hablar del Papa, del Rey, ni de los señores de Francia, "tocante a las cuestiones de la Iglesia" (52).

Equivalentes de estos trashumantes divertidores de cortes y pueblos fueron los "goliardos" germánicos —que al gigante Goliat tenían por santo patrón—, y que venían a ser una suerte de escolares desordenados, sensuales y andariegos, que hicieron también de sus cantos otros tantos medios para dar a conocer datos y para enjuiciar, con lirismo, inescrupulosidad y no siempre criterio sano, hechos y situaciones que les repugnaban, sobre todo de carácter eclesiástico, y especialmente en el siglo XII. "Los alegres escolares sintieron gusto por la vida aventurera y desordenada y pasearon su desenfadada poesía estudiantil por todos los países, señalándose en sentido satírico y jocoso como miembros de la orden de los goliardos" (53).

Los trovadores, con rango cultural mayor, y con inquietudes estéticas más elevadas, no pueden situarse en el plano anterior de los juglares, "jongleur", "giullari" y goliardos, cuyas producciones eran notoriamente inferiores. Pero muchos de éstos suplieron, no obstante, con sus cantos y relatos, la falta de un periodismo que hiciese llegar al pueblo los informes y los puntos de vista corrientes, e incluso, en ciertos casos, desempeñaron tareas de publicidad para uso y conveniencia de quienes les pagaban al efecto. "El juglar, anota Menéndez Pidal, ganaba su mayor estima con los señores en cuanto era órgano de publicidad e influía en la opinión. Aimeric de Peguillán sabe que sus loores serán estimados del rey español porque las gentes los creen. Y como hoy se dan periodistas sin escrúpulos que explotan a los ambiciosos débiles, había juglares que alquilaban sus alabanzas y administraban los encomios y los ultrajes. . . Por el contrario, si el juglar venal tropezaba con una bolsa cerrada, o por la austeridad o por la tacañería, se vengaba" (54).

Efemérides, mensajerías y pregones

En fin, todavía en las postrimerías de la Edad Media es factible hallar algo que se emparenta de algún modo con el periodismo, especialmente escrito, y tales fueron las colecciones de efemérides o de relatos de "hechos acaecidos en las principales ciudades, día por día y año por año, siendo a veces tales relatos verdaderos modelos de estilo narrativo y a guisa de crónica o historia, sobria y concisa, veraz y ejemplar a la vez" (55), en los reinos de Aragón, Valencia y Mallorca, lo mismo que en Cataluña.

Entre esos modelos de consignación informativa pueden citarse los siguientes, que son típicos en su género: el *Llibre de coses assenyalades de la ciutat de Barcelona*, de Pere Joan Comes, el *Dietari de la Generalitat de Catalunya*, *La Rúbrica*, de Esteve Gilabert Bruniquer, y otros más.

Y ello, por supuesto, sin perjuicio de la acción oficial de los pregoneros, que por mandato de las autoridades hacían públicas y notorias las disposiciones y acuerdos de éstas, precedidos generalmente de un tambor que servía para llamar la atención del pueblo. Pero su carácter gubernamental, y por ello más constreñido en cuanto a su campo de acción, los limitaba a no pasar sino muy relativamente como informadores públicos.

En cambio, en esa etapa postrera del Medievo, en que inquietudes nuevas de toda clase se gestaban y cobraban desarrollo, y en que las relaciones culturales y económicas eran cada vez mayores entre los distintos pueblos europeos, apareció algo que se encuadra mejor dentro de las actividades de correlación de noticias, que fueron las mensajerías. La institución surgió en Alemania como una tarea de servicio para el transporte de cartas y mercancías “de comerciantes ricos y de grandes señores, así como los mensajes oficiales de las autoridades a sus representantes” (56). No era esto estrictamente una función periodística, pero sí un instrumento que al perfeccionarse, como se perfeccionó, no sólo en Alemania, sino también en el resto del Continente Europeo, pudo ponerse como auxiliar de la difusión de noticias. Y como quiera que el mundo de ese entonces se fue acortando cada vez más, en la medida en que las relaciones de unos pueblos con otros fueron siendo mayores —sin que la guerra fuese una excepción, sino una expresión dramática de la confluencia continental de intereses—, hubo material propicio y necesidad imperiosa de que las noticias se difundiesen. Tal cosa fue justamente la que provocó el que apareciesen las *Relaciones*, cuyo proceso evolutivo culminó en el siglo XV “en Italia, en Alemania, en Francia, en Inglaterra y en España” (57).

La avidez y curiosidad por tener nuevas de cuanto ocurría en varios lugares, acuciaba el interés, y a instancias suyas fue factible el que las *Relaciones* llegasen a satisfacer esos requerimientos. “De las citadas *Relaciones* manuscritas se hacían copias y más copias, que pasaban de mano en mano . . . Había incluso centros de información, con personas exclusiva y profesionalmente dedicadas a este menester. Las *Hojas de noticias*, *Relaciones*, *Avisos*, *Cartas* eran el símbolo de una época crucial de la Historia, en la que se dieron cita cronológica hechos tan importantes como el descubrimiento de América y el Renacimiento. Había *Cartas* para todos los gustos: eruditas y populares, comerciales y políticas, pintorescas y guerreras . . . Y también entonces, como en las edades antiguas, la noticia oral fue coetánea de la manuscrita, y en los lugares cercanos a las postas y a los puertos, no faltaban desocupados que iban a recoger noticias, de viva voz, de los viajeros que llegaban; informaciones que, deformadas por la transmisión de unos a otros, se esparcían por la ciudad” (58).

No fue mera coincidencia, sino hecho que se armonizaba con esa tendencia, que todavía a principios del siglo XVI, ante la gesta española en América, apareciesen *Cartas de Relación*, como las de Hernán Cortés, y crónicas que también, por lo que a ellas tocaba, se nutrían en el hondo afán de información minuciosa.

En Alemania, en los años últimos de la Edad Media, se adoptó asimismo la costumbre de que en la correspondencia particular se agregasen “gran número de referencias relativas a asuntos públicos y otras de interés general” (59), y a dichas referencias se les dio el nombre que más tarde sería sinónimo de periódicos: “*zeitungen*” (60).

BIBLIOGRAFIA

- ¹ ARISTOTÉLES: *Política*. Editorial Tor. Buenos Aires. 1938. Pág. 7.
- ² M. BLOCH: *Introducción a la Historia*. Breviarios del Fondo de Cultura Económica. México-Buenos Aires. 1957. Pág. 52.
- ³ R. J. FORBES: *Historia de la Técnica*. Fondo de Cultura Económica. México - Buenos Aires. 1958. Pág. 26.
- ⁴ ALFRED WEBER: *Historia de la Cultura*. Fondo de Cultura Económica. México - Buenos Aires. 1956. Pág. 12.
- ⁵ O. WEISE: *La Escritura y el Libro*. Editorial Labor. Barcelona. 1951. Pág. 10.
- ⁶ *Ibid.* Pág. 10.
- ⁷ MAX H. MIÑANO G.: *Breve Historia del Perú*. Biblioteca Enciclopédica Popular. Secretaría de Educación Pública. México. 1944. Pág. 54. — Y: SALVADOR CANALS FRAU: *Las Civilizaciones Prehispánicas de América*. Editorial Sudamericana. Buenos Aires. 1955. Pág. 377.
- ⁸ MANUEL OROZCO Y BERRA: *Historia Antigua y de la Conquista de México*. Editorial Porrúa. México. 1960. Pág. 321.
- ⁹ J. E. MANCHIP WHITE: *El Egipto Antiguo*. Editorial Alhambra. Madrid. 1955. Pág. 99.
- ¹⁰ MÉXICO PREHISPANICO. Editorial Emma Hurtado. México. MCMXLVI. Pág. 685.
- ¹¹ GERMAIN BAZIN: *A Concise History of Art*. Thames and Hudson. London. 1958. Pág. 40.
- ¹² L. CARRINGTON GOODRICH: *Historia del Pueblo Chino*. Breviarios del Fondo de Cultura Económica. México - Buenos Aires. 1954. Págs. 23, 67 y 68.
- ¹³ O. WEISE: *Op. cit.* Pág. 30.
- ¹⁴ WILL DURANT: *Nuestra Herencia Oriental*. Editorial Sudamericana. Buenos Aires. 1956. Pág. 207.
- ¹⁵ CARLOS H. DE LA PEÑA: *Historia de la Literatura Universal*. Octava edición. Editorial Jus. México. 1963. Pág. 51.
- ¹⁶ AGUSTÍN MILLARES CARLO: *Compendio de Historia Universal de la Literatura*. Editorial Esfinge. México. 1945. Pág. 24.
- ¹⁷ SALOMÓN REINACH: *Apolo. Historia General de las Artes Plásticas*. Editorial Nueva España. México. 1946. Pág. 27.
- ¹⁸ WILLIAM L. LANGER: *Enciclopedia de la Historia del Mundo*. Tercera edición. Editorial Sopena Argentina. Buenos Aires. 1955. Tomo I. Pág. 63.
- ¹⁹ JOSÉ VASCONCELOS: *Estudios Indostánicos*. Tercera edición. Ediciones Botas. México. 1938. Pág. 133.
- ²⁰ A. ROBERT Y A. TRICOT: *Iniciación Bíblica*. Editorial Jus. México. 1957. Pág. 114.
- ²¹ FLAVIO JOSEFO: *Oeuvres Complètes*. Paris. Société du Panthéum Littéraire. MDCCCXLIII. Pág. 829.
- ²² JUAN BAUTISTA WEISS: *Historia Universal*. Tipografía La Educación. Barcelona. Tomo I. Pág. 197.
- ²³ CONFUCIO: *Los Cuatro Libros*. José Janés Editor. Barcelona. 1954. Pág. 41.
- ²⁴ L. GABRIEL-ROBINET: *Histoire de la Presse*. Encyclopédie par l'Image. Hachette. Paris. 1960. Pág. 6.
- ²⁵ ENCICLOPEDIA UNIVERSAL ILUSTRADA EUROPEO AMERICANA. Espasa-Calpe, S. A. Madrid. 1958. Tomo XLIII. Pág. 882.
- ²⁶ *Ibid.* Pág. 882.
- ²⁷ DE LA PEÑA. *Op. cit.* Pág. 73.
- ²⁸ C. M. BOWRA: *Historia de la Literatura Griega*. Breviarios del Fondo de Cultura Económica. México - Buenos Aires. Segunda edición. 1950. Pág. 15.
- ²⁹ BOWRA: *Op. cit.* Pág. 15.
- ³⁰ JACOB BURCKHARDT: *Historia de la Cultura Griega*. Editorial Iberia. Barcelona. 1947. Tomo I. Págs. 46 y 47.
- ³¹ *IBID.* Tomo I. Pág. 101.

- 32 Ibid. Tomo I. Pág. 101.
- 33 ALFRED GUDEMAN: *Historia de la Literatura Latina*. Biblioteca de Iniciación Cultural. Colección Labor. Barcelona, 1961. Segunda reimpresión de la tercera edición. Pág. 120.
- 34 TENNEY FRANK: *Vida y Literatura en la República Romana*. Editorial Universitaria de Buenos Aires. Buenos Aires, 1957. Pág. 17.
- 35 ENCICLOPEDIA UNIVERSAL ILUSTRADA EUROPEO AMERICANA. Espasa-Calpe, S. A. Madrid, 1958. Tomo XLIII. Pág. 868.
- 36 Ibid. Tomo XLIII. Pág. 868.
- 37 Ibid. Tomo XLIII. Pág. 868.
- 38 WEISE: Op. cit. Pág. 83.
- 39 Ibid. Pág. 83.
- 40 Ibid. Pág. 83.
- 41 TEODORO MOMMSEN: *El Mundo de los Césares*. Fondo de Cultura Económica. México, 1945. Pág. 737.
- 42 ENCICLOPEDIA UNIVERSAL ILUSTRADA EUROPEO AMERICANA. Espasa-Calpe, S. A. Madrid, 1958. Tomo XLIII. Pág. 869.
- 43 Ibid. Tomo XLIII. Pág. 869.
- 44 JOSÉ ALTABELLA: *Quince Etapas Estelares de la Historia del Periodismo*, en la obra: *El Periodismo. Teoría y Práctica*. Barcelona - México, 1960. Tercera edición. Pág. 567.
- 45 Ibid. Pág. 567.
- 46 ENCICLOPEDIA UNIVERSAL ILUSTRADA EUROPEO AMERICANA. Espasa-Calpe, S. A. Madrid, 1958. Tomo XLIII. Pág. 869.
- 47 Ibid. Tomo XLIII. Pág. 869.
- 48 Ibid. Tomo XLIII. Pág. 870.
- 49 RAMÓN MENÉNDEZ PIDAL: *Poesía Juglaresca y Juglares. Aspectos de la Historia Literaria y Cultural de España*. Colección Austral. Espasa-Calpe, S. A. Madrid, 1956. Cuarta edición. Pág. 14.
- 50 Ibid. Pág. 14.
- 51 ROSARIO TOSTO: *Storia della Letteratura Italiana*. Vallecchi Editore. Firenze, 1950. Volumen primero. Pág. 84.
- 52 MENÉNDEZ PIDAL: Op. cit. Pág. 36.
- 53 CARLOS HAMPE: *La Alta Edad Media Occidental*, en la *Historia Universal* dirigida por Walter Goetz. Espasa-Calpe, S. A. Madrid, 1959. Quinta edición. Tomo III. Pág. 533.
- 54 MENÉNDEZ PIDAL: Op. cit. Pág. 47.
- 55 ENCICLOPEDIA UNIVERSAL ILUSTRADA EUROPEO AMERICANA. Espasa-Calpe, S. A. Madrid, 1958. Tomo XLIII. Pág. 870.
- 56 ALTABELLA: Op. cit. Pág. 568.
- 57 Ibid. Pág. 568.
- 58 Ibid. Pág. 568.
- 59 WEISE: Op. cit. Pág. 84.
- 60 Ibid. Pág. 85.

Capítulo II

LA IMPRENTA Y EL PERIODISMO

"La profesión del periodista es a la vez una especie de sacerdocio civil y una milicia. El instrumento que maneja puede serlo de salvación o de muerte".

Donoso Cortés

El uso del papel y la invención de la imprenta fueron los hechos determinantes que influyeron decididamente para que el periodismo alcanzase, en la Edad Moderna, un rango destacado.

El periodismo se desarrolló, a partir de entonces, hasta obtener dimensión y profundidad indudables, saltando por encima de los atisbos y antecedentes citados antes, para seguir, desde el siglo XV, una carrera asaz fecunda y llena de perspectivas. La aparición del periodismo bajo la forma impresa fue concomitante con la apertura de las rutas oceánicas llevada a cabo por portugueses y españoles, y con la dilatación de los esfuerzos económicos de los tiempos nuevos. Viajeros y mercancías, exploradores y aventureros, evangelizadores y funcionarios corrieron por los mundos recién descubiertos, y la exigencia de contar con informaciones prontas tuvo estímulos mayores, a ritmo con la multiplicidad creciente de los intereses puestos en marcha.

El periodismo respondía a una exigencia que adoptaba tales proporciones.

El uso del papel

El pergamino había servido en los años previos, cuando el escribir era lento y los materiales costosos. Pero la imprenta y la oportunidad de hacer asequibles los conocimientos a mayor número de personas, permitieron que el papel, cuyo uso era conocido de antes, fuese mejor aprovechado, sirviese para fines particulares, para la preparación de libros o para la elaboración de los periódicos en sus expresiones nuevas.

El papel, según es sabido, no fue propiamente una invención occidental, sino asiática. "El mérito de su invención, como muchos otros descu-

brimientos importantes (por ejemplo la porcelana, la brújula y la tinta), corresponde a los chinos. Cien años aproximadamente después del nacimiento de Cristo, el funcionario palaciego Isai-Loun consiguió hallar la manera de fabricar el papel mezclando trapos, corteza de árbol, fibras vegetales e hilo de cáñamo, y en 806 el Estado chino estableció la primera fábrica de papel. Los países mediterráneos conocieron la nueva materia por conducto de los árabes, quienes, en 751, hicieron prisioneros a dos obreros papeleros chinos, a los que obligaron a ejercer su oficio en territorio árabe bajo la vigilancia oficial, instalando la primera fábrica en Samarkanda y la segunda en Bagdad" (61).

De allí se extendió el conocimiento del preciado material por el ámbito que cultura y políticamente dominaban los árabes, por las comarcas del Norte de Africa, y más tarde hacia suelo europeo, por Sicilia, el resto de Italia y España. La primera fábrica de papel que en España hubo, según todo lo hace suponer, o al menos la más antigua de que se tiene memoria, fue una establecida en Játiba, hacia el siglo XII. Otras semejantes a ella hubo en la misma centuria en Valencia y en Toledo, y en el siglo XIII se encontraron otros establecimientos en Gerona y Manresa. "El documento más antiguo escrito en papel que se conoce en España es el repartimiento de Valencia, hecho por Jaime I de Aragón, en 1237" (62).

A través de Italia se conoció el papel en el centro de Europa, y a Alemania llegó antes del año 1300, y sus centros productores fueron, en esta última, Ravensburg, Suabia, Kaufbeuren, Nuremberg, Augsburg y Maguncia, poblaciones de muy intenso intercambio comercial con Italia.

El material usado, al principio para la fabricación del papel fue el lino, y después el algodón. "Aproximadamente hasta el año 1300 los trapos eran macerados en unos morteros, dice Weise, apareciendo en esta época por primera vez, en Ravensburg, los molinos para la preparación de la pasta, la que, además, se hacía pasar por tamices de alambre de latón, a fin de conseguir una mezcla más homogénea. Pronto se logró también mayor blancura en el papel, utilizando para su fabricación la cola animal y el almidón de trigo, en lugar de la cola de almidón" (63). La técnica de elaboración apenas fue diferente en los siglos posteriores, y de hecho no fue superada sino hasta el siglo XIX, ya que, por ejemplo, la técnica consistente en sumergir la pasta de papel colocada sobre una tela metálica, en las cubas o tinas, persistió hasta comienzos de dicha centuria, en que se inició la preparación por medio de máquinas, procedimiento que se implantó en Francia en 1811 y en Alemania en 1819.

Antecedentes de la imprenta

Sin embargo, el uso del papel, por importante que haya sido, no fue bastante, sin embargo, para abaratar de modo inmediato los libros, ni las demás producciones escritas que entonces se conocían. Para que la cultura escrita pudiese alcanzar amplitud mayor —en extensión dilatada— fue preciso que evolucionase, con sentido de perfeccionamiento técnico, el arte de la impresión.

Prácticamente, las expresiones de "imprimir" y "oprimir" tuvieron al principio connotación igual, significaban lo mismo, al referirse al hecho

de poderse reproducir sobre un objeto cualquiera, signos trazados con anterioridad en forma invertida sobre la matriz. En realidad, el estampado, a base de bloques completos, ya fue conocido en la antigüedad en el Extremo Oriente. Las muestras más primitivas de algo impreso, fueron unas melodías, producidas por disposición de la emperatriz japonesa Shotoku, antes del año 770, aunque no se sabe qué tipo de materiales fue usado para la obtención de los bloques —¿cobre? ¿madera? ¿esteatita?— por más que de dichas melodías hay varios ejemplares en colecciones privadas y en algunos museos de los Estados Unidos.

“El Museo Británico atesora otra famosa reliquia impresa, que se conoce como el Diamond Sutra, que fue encontrado por Sir Aurel Stein en 1900 en la cueva de una pared en Tunhuang, China, y es el libro fechado más antiguo que se conoce. Es un rollo impreso en bloque, de 16 pies de largo por 1 de ancho, que lleva una fecha impresa correspondiente al 16 de mayo del 888, a su terminación” (64).

Todos los datos concurren a afirmar que la impresión en bloque fue la típica que los chinos usaron. Hacia el año 969 se sabe que fueron impresos unos naipes; y en Tripilaka, hacia los años 971 y 983 se imprimió el canon budista, que requirió el corte de 130,000 bloques de madera. El procedimiento de imprimir se perfeccionó y llegó a sus muestras más acabadas entre los siglos X y XIII de nuestra Era; se fracasó, sin embargo, en la producción de papel moneda, y cerca del año 1100, se conoció en China la primera gran inflación.

Por lo demás, los chinos contribuyeron a la cultura también con un nuevo sistema en materia de impresión: “Durante los años 1041 y 1049, un ‘hombre corriente’ (muy a menudo erróneamente designado como herrero), Pi-Sheng, hizo tipos móviles de barro. Para imprimir, cubría una placa de hierro con una mezcla de resina, cera y cenizas de papel. Sobre esta base termoplástica, ensamblaba su tipo de barro en un marco de hierro, calentaba la base hasta que la mezcla adhesiva se fundiese y nivelaba sus tipos presionándolos en la base. El invento de Pi Sheng fue mejorado por otros, pero ni sus tipos de barro ni otra clase hecha de estaño y mantenida en su lugar por encordado sobre alambre, llegó a generalizarse, posiblemente por la carencia de una tinta adecuada” (65).

Los siguientes esfuerzos de los chinos permitieron nuevas adquisiciones, y así, alrededor del año 1300 se usaron tipos de madera; y después de metal, también móviles, que se emplearon en Corea por el año 1241. Este procedimiento llegó a un grado apreciable de perfeccionamiento, de modo que los reyes coreanos dispusieron el establecimiento de fundiciones de tipos en 1403. “Desde Corea el moldeado de tipos se extendió a China y Japón. Pero a pesar de todo el entusiasmo y del apoyo gubernamental, el tipo móvil no suplantó a la impresión sobre bloque, que continuó siendo la técnica de impresión por excelencia en China hasta los tiempos modernos.

“¿Por qué preferían los chinos la impresión en bloque al tipo móvil? Varias razones se esgrimen. Una es la forma de la escritura china; el alfabeto occidental consta de pocas letras, en tanto que los chinos usan miles de ideogramas. Otra es la gran afición de los chinos por la caligrafía, el

arte de la bella escritura, que puede expresarse mejor en la impresión en bloque. Algunos eruditos recalcan la diferente función de la imprenta en la civilización china. Para ellos, los chinos, la imprenta servía para preservar los clásicos en la versión correcta y uniformada; la imprenta occidental atribuía mayor importancia a la diseminación del saber que a su pureza prístina" (66).

Siglos antes, otros métodos de impresión fueron usados por diversos pueblos de la Antigüedad. Los asirio-caldeos conocieron los cilindros-sellos; los persas conocieron algo semejante, con los anillos signatarios e igual ocurrió en Grecia y en Roma. En las monedas y en numerosos ladrillos con escritura grecorromana, se advierte, asimismo, el uso de balas de honda con relieves que se aplicaban después al material sobre el que la escritura iba a quedar. Los emperadores romanos usaban sellos. "Se dice de Teodorico el Grande que usaba un sello en forma de cruz, formando por las letras de su nombre (Theodoricus), grabados en relieve en una lámina de oro, y que con dicho sello firmaba los escritos" (67).

Un paso adelante en el procedimiento aprovechado en Occidente fue el invento de la xilografía, o sea, la escritura obtenida mediante la impresión de planchas de madera, en las cuales estaban, en relieve, los signos que se deseaban, de modo semejante a lo que sucedía en el Extremo Oriente. ¿Llegó este método a Europa a través de los árabes, como había ocurrido con el papel, o quizás por los contactos que las Cruzadas permitieron entre el Continente Asiático y Europa? Es difícil saberlo, pero lo cierto es que en Alemania se conserva un xilógrafo del año de 1423, aunque ya se conocía el sistema desde el siglo XIII. En general se utilizaban tablas de boj que se recubrían con tinta preparada con aceite y negro de humo, para imprimir libros escolares y eclesiásticos. Los xilógrafos más antiguos reproducían imágenes sin texto, y sólo más tarde los hubo con ambos motivos, letras y figuras.

Como era de preverse, las hojas sólo podían ser impresas de un lado; pero aun así, la obtención de impresos resultó ser mucho más barata, por más que había siempre el defecto de que las letras en relieve de cada plancha no podían utilizarse en otras, de suerte que cada imagen o cada texto eran prácticamente únicos e intransferibles. Sin embargo, a mediados del siglo XV, "Lorenzo Coster, vecino de Haarlem, ciudad de los Países Bajos, imaginó separar los caracteres y hacerlos movibles, lo cual permitía, cuando se acababa un libro, componer otro con las mismas letras" (68). No obstante, los caracteres de madera se deterioraban pronto, se apolillaban, se rajaban, o quedaban desdibujadas las líneas de lo que se quería imprimir, y a la larga resultaban inservibles.

De esta suerte, el adelanto definitivo para el desarrollo de las artes gráficas, con un sentido de perdurabilidad, lo dio, a mediados del siglo XV, el alemán Juan de Gutenberg, inventor de la imprenta.

Juan de Gutenberg

El acontecimiento fue memorable para la cultura en todas sus expresiones; y tan grande, sin duda, que no pocos quisieron tomar la gloria para

sí, o por lo menos rodearon el acto con gran laudanza, mientras de los sistemas previos apenas hay conocimiento de quiénes fueron sus autores, ni qué mérito personal tuvieron en ellos. "En el primer libro datado, el de los Salmos, por Fust y Schöffer, éstos, al final, declaran la invención de la imprenta. Otro impresor de Brujas, que se alaba de haber descubierto el arte de imprimir *sin que nadie se lo enseñase*, al acabar el libro califica la imprenta de *artem mirandam* (arte admirable) y los instrumentos que usa de: *instrumenta non minus laude stupenda* (útiles no menos dignos de estupenda alabanza)" (69); pese a lo cual, "del verdadero descubridor de la imprenta, Juan Gutenberg, no tenemos un sólo libro con su sello, firma, colofón o pie de imprenta. Toda la gloria le ha sido adjudicada por la posteridad, sin que él la solicitara" (70), aunque no hay duda alguna "de su intervención en el descubrimiento, pues consta por documentos notariales y contratos, y por referencias de sus contemporáneos, que nos dan completa seguridad de que fue él quien dio el paso definitivo en el arte de imprimir (71).

Gutenberg —cuyo verdadero apellido era Gensfleisch, aunque por razones ignoradas él prefería usar el nombre de su madre— nació en Maguncia hacia 1400, dentro de "una familia que contaba con muchos maestros monederos del elector-arzobispo" (72) de dicha ciudad.

Se conocen pocos detalles de su vida, entre los cuales aparece el dato de una permanencia suya en Estrasburgo, de 1434 a 1444, y su localización en Maguncia en 1448. "Fue a partir de ese momento cuando comenzó a aplicar los procedimientos de impresión en los que era ya maestro" (73).

El invento que revolucionó la tipografía y que constituyó un hito en la historia universal, consistió en el uso de tipos o caracteres móviles hechos de metal, en vez de madera, mediante una aleación de plomo, de antimonio y de arsénico, suficientemente dura como para resistir a la presión sin deformarse. Gutenberg, que conocía el procedimiento de Coster, "imaginó grabar los caracteres en hueco" (74), y así "obtuvo moldes o matrices en los que bastaba variar una aleación de antimonio y de plomo para obtener letras móviles" y "de esa manera tuvo cuantas quiso" (75).

Empero, las dificultades económicas de Gutenberg fueron continuas, hasta el punto de que en 1434 estuvo preso por deudas, y en 1438 tuvo que abandonar Maguncia y formar sociedad con dos burgueses de Estrasburgo para un negocio que se supone relacionado con la imprenta, pero nada de esto es completamente seguro en sus detalles. Asociado con Juan Fust, durante cinco años, debió haber impreso algunos libros entonces, incluso, acaso, la famosa Biblia de 42 líneas, que algunos fechas en 1457, y que, según Pijoán, es anterior "al año 1456" (76), aunque no lleva pie de imprenta que lo confirme. Todo ello en Estrasburgo. Las dificultades entre los socios surgieron, no obstante, hubo diferencias, demandas, y seguramente embargos de los materiales por parte de Fust, quien aparece después imprimiendo por cuenta propia, mientras Gutenberg, según la tradición, volvió a Maguncia, siempre envuelto en trastornos financieros, de suerte que poco antes de su muerte, realizaba su trabajo con útiles prestados.

Gutenberg murió en Maguncia en 1467, pero a partir de su obra, la impresión de libros, de hojas sueltas y de periódicos, alcanzó un progreso

creciente e inusitado, y a poco andar hubo imprentas en muchos lugares del mundo, tanto en Europa como de América, que fueron lo que George Weill (13) ha llamado "el instrumento necesario para lo que había de ser más tarde el periódico" (77).

Los impresores alemanes hicieron que se conociese el invento de Gutenberg por muchos lugares del Viejo Mundo, y antes de que concluyese el siglo XVI, era conocida en casi todas partes. En 1464 fue llevada a Roma por Conrad Schweynheim y Arnold Pannartz; en Venecia se la conoció debido a los esfuerzos de Hohan y Wendelín de Spira, y a instancias del francés Nicolás Jenson. "En Francia, la imprenta aparece en 1470, fecha en que tres alemanes, Ulrich Gering, Michel Freyburger y Martín Krantz, se instalan en los locales de la Sorbona" (78). En España fue introducida por Enrique Botel, Jorge von Holtz y Juan Planck, germanos también, quienes comenzaron a trabajar en 1473, en Zaragoza. La difusión de la imprenta en este último país fue "muy protegida por los Reyes" (79). Se estima que el primer libro impreso en España lo fue en Valencia en 1474 y se trató de una colección de poesías en elogio de la Virgen María. La imprenta se extendió rápidamente "a casi todas las ciudades españolas importantes y también a monasterios, como los de Miramar (Mallorca) y Montserrat (Cataluña)" (80).

En fin, el inglés William Caxton, que aprendió el arte en los Países Bajos, instaló un taller de imprenta en su patria, en la abadía de Westminster.

Puede decirse que, en términos generales, los centros de impresión más importantes durante el siglo XV y también durante el siglo XVI, fueron: Mainz, Frankfurt, Nüremberg, Augsburgo y Colonia, en Alemania; París y Lyon, en Francia; Venecia y Roma, en Italia; y Basilea, en Suiza.

Las hojas de avisos

Los gobernantes europeos, que se habían valido hasta antes de los pregoneros y de plazas fijas para dar a conocer sus decisiones, leyes y comunicados, tuvieron en la imprenta, asimismo, en los años que siguieron a la invención de ésta, un auxiliar idóneo para expresar sus determinaciones ante el público; y así, una suerte de "periódicos oficiales" comenzaron a surgir en varios países, destinados a fijarse en las paredes de las plazas y calles.

Mas, explosiva como era la historia del mundo en tiempos del Renacimiento y de la Reforma, multiplicados los intereses, dilatadas las aventuras y objetivos, el afán de saber obligó a tratar de inquirir lo que ocurría en países distantes, y cuáles eran los cursos que seguían hechos tales como los descubrimientos marítimos, las guerras, las pugnas sociales, el comercio creciente y el avance de los turcos. Italia, en el centro del Mediterráneo, y con proyecciones culturales y económicas por todo éste, y por muchas partes de Europa, era punto de confluencia de personas, objetos y noticias que corrían a ritmo con el fluir de las grandes urbes marítimas, especialmente Venecia, y en el interior, por ser la sede papal, Roma. Según Valentinelli, conservador de la Biblioteca de San Marcos, "ya en los prin-

1e

cipios del siglo XV existían, con la denominación de 'notizie scritte' o 'foglie d'avissi', colecciones informativas que los notables de Venecia aprovechaban para sus operaciones comerciales, anexionando las noticias políticas y la correspondencia de negocios a las indicaciones sobre la entrada y salida de los navíos, al precio de las mercancías, a la seguridad de las vías de comunicación" (81), e inclusive se formó toda una corporación de "scrittori d'avissi", que en Roma fueron conocidos con las designaciones de 'novellanti' o 'gazzettanti', pero su actividad en relación con hechos desagradables, acrecentados con personales observadores que no pocas veces llevaban ofensas consigo, les indispuso con la Curia romana, al extremo de haberse dirigido contra ellos en 1572 dos Bulas papales, una de Pío V y otra de Gregorio XIII, en las que se imponían sanciones severas a quienes incurrieran en determinadas faltas (82). La Bula de Pío V se publicó el 17 de marzo de 1572 con el título de "Romani Pontificis providentia", aunque es más conocida con el de "Constitutio contra scribentis exemplantis editantes monita vulgo dicta 'agli avissi e ritorni'".

Gregorio XIII no sólo renovó las penas que había aprobado su antecesor, y contra quienes atacaron a su vez la Bula de referencia, sino que por su parte dictó otra, llamada "Es eat", en donde, al igual que su precedente, se prohibía toda clase de 'avissi' que "contuviera toda suerte de ofensas y se anatematizaba a los "gazzettieri" que cometiesen los delitos Previstos.

La importancia de Venecia

A instancias de los hechos sociales y políticos que tomaban cuerpo, a partir de entonces se comenzó a producir un fenómeno singular. *Las hojas de "avisos"*, dedicadas hasta esas épocas a dar cuenta de informaciones estrictamente locales y precios de las mercancías en las ciudades de fuerte tráfico, evolucionaron paulatinamente para dejar sitio a las noticias de las guerras continuas que asolaban Europa, y a los hechos políticos que tenían ya verdaderas resonancias internacionales.

El hecho no fue extraño a otra forma de informaciones necesarias, aunque de tipo privado, que fueron las *cartas* en cuyo contenido afloraban los informes de interés para los destinatarios, y que en las ciudades italianas —emporios del comercio y del fluir económico— tenían sus ejemplos más elevados. Venecia, señora del Adriático, era el centro de más descollante actividad y de mayor señorío. Sus opulentos patricios regían la vida y los recursos de miles de seres humanos, disponían lo conducente para que sus múltiples embarcaciones trajesen y llevasen mercancías de todo el mundo entonces conocido, con la firmeza y seguridad de lo institucional y de lo establecido. Venecia, que desde las Cruzadas había comenzando su gran proceso de asentamiento económico, como gran proveedora de los ejércitos cristianos, había llegado a disponer, en el siglo XIV, de 3,300 barcos y 16,000 obreros dedicados a la fabricación de naves, y nadie le disputaba, ni aun en Italia, la primacía de la riqueza comercial y naval... ¿Qué de extraño era, pues, que los señores de Venecia quisiesen estar bien informados y al tanto de lo que viva y directamente les importaba, al vuelo justo de los acontecimientos, para ajustar su conducta y sus operaciones a lo que fuese más indicado y prudente? El asunto era de tanta mayor relevancia cuanto que

los turcos cernían sus sombra amenazadora sobre el Mediterráneo y el su-
reste de Europa, por donde avanzaban peligrosamente.

Centros de información en Europa

Los centros de información, como puntos neurálgicos al respecto, se extendían en un amplio arco que iba de Hungría a Francia, con varias ciudades en las que se recopilaban las noticias que entrañaban significación profunda, de acuerdo con lo enviado por los corresponsales establecidos en Viena, en Cracovia, en Breslau, Padua, Bolonia, Roma, Génova o Lyon, y aun de más allá del ámbito románico, en el centro y norte de Europa, que también proveían de datos de atracción segura para los venecianos, como quiera que muchas ciudades nórdicas eran otros tantos centros de intercambio y mercado seguro. Junto a las ciudades citadas antes, donde se concentraban las informaciones, actuaban, en el mismo sentido, Amberes, Colonia, Brema, Hamburgo, Lübeck, Königsberg, Riga y Nuremberg.

Esta última ciudad tuvo corresponsales que fueron ejemplo en su género, y pronto repitieron su actuación otras poblaciones centroeuropeas, como Francfort, Augsburgo, Regensburg, Worms y Spira.

Todo ello, en definitiva, como expresión de las recias convulsiones políticas, militares y religiosas del momento, pero como manifestación también de las nuevas formas de vida económica que, a instancias del naciente capitalismo, transformaban la fisonomía del mundo occidental. Grandes fortunas nacieron al calor de las operaciones de un comercio creciente —multiplicados los mercados, acrecidas las tendencias bancarias, dilatadas las rutas oceánicas— y la participación que en ello tuvieron Italia y Alemania no fue corta, desde el momento en que allí estaban los grandes centros difusores de mercancías, de dinero y de noticias. Y en este universo que se desenvolvía en grande, que aleteaba de intereses, ávido de tener conocimientos de la realidad corriente para sus fines económicos, Venecia ocupó un sitio indisputado. “Esa república de patricios, que como un florón del emporio comercial, extendía su grandeza por la Europa de su tiempo, tenía como fuerza una diplomacia ejemplar. Una diplomacia que hizo de las *relazioni* de sus embajadores verdaderas obras maestras de la información. Son tradicionales, por lo precisas, sagaces y minuciosas. En ellas estaba contenido todo el acaecer de la vida, hecho y fruto de inquisitiva observación, en torno a almas y paisajes, hechos y sucesos. Venecia, por sus embajadores, hallábase estatalmente enterada de todo cuanto le interesaba. Y esa inquietud noticieril del gobierno se tranfundía insensiblemente al pueblo veneciano. Hasta tal punto, que la función de redactar e imprimir noticias estaba allí formalizada profesionalmente con agentes en numerosos lugares y países. Cerca del Rialto había una tienda de *fogli a mano*. Los encargados de este negocio recibieron sucesivamente los nombres de *menanti*, *novellanti*, *rapporristi*, *gazettanti*...” (83).

El precapitalismo

El hecho tuvo eco pronto en ambientes similares, y eso explica cómo y por qué, entre la clase capitalista en crecimiento, el afán noticioso tuviese

también categoría de necesidad inaplazable. Los hombres cuyas fortunas se habían amasado con el comercio, con la industria textil, con la minería y con las transacciones financieras, dejaron sentir su influencia, y no pocos señores de elevada jerarquía política y aun eclesiástica tuvieron en ellos sus sostenes y apoyos indispensables. "Los príncipes, cuyas necesidades de dinero aumentan sin cesar con el precio de las guerras, necesitan de ellos. Es más cómodo utilizar a estos hombres de negocios que parlamentar con los Estados generales en relación con el impuesto. Hasta ahora los hombres de negocios adscritos a las cortes de Felipe el Hermoso y de Eduardo III habían sido italianos. Pero los nacionales empiezan a substituirlos. En Austria, los Fugger consiguen la explotación de las minas de plata del Tírol, de Bohemia y de Hungría, y prepara así, fuera de las ciudades, las bases de su fortuna" (84).

Otro de estos adalides del precapitalismo fue, por ejemplo, Jacobo Coeur, en Francia, que partiendo de la nada llegó, tras especulaciones sin cuento y operaciones financieras de toda especie, a amasar una fortuna que, al tiempo de su caída, en 1451, no era menor a los 22 millones de francos de nuestros días. En iguales términos se hallaban los Rapondi; los Laurin, los Welser; y otros que distaban mucho de seguir las prácticas y estilos de vida propios de los antiguos "honestos mercaderes" fieles a la tradición de la Edad Media, pero cuyo dinero e intereses no podía ignorar ningún príncipe de la Europa central, occidental o del sur.

Los Fugger —o Fúcar, en la expresión castellanizada— aportaron a Carlos V buena parte de sus recursos financieros, y gracias a ellos contó, entre otras cosas, con los elementos que le permitieron encumbrarse hasta el solio imperial. Los Fugger tenían dominios verdaderamente impresionantes. Sus fabulosos beneficios ascendían a "más del 500 por ciento anual en los períodos de prosperidad" y "se las arreglaban para obtener durante treinta años un beneficio medio anual superior al 50 por ciento" (85). Sin embargo, su debilidad económica estribaba, no en las sumas manejadas, que eran cuantiosas, ni en la falta de extensión de sus intereses, que era amplia, sino en la ausencia de esa estabilidad que proporciona, en general, la forma de sociedad o compañía por acciones, y a que actuaban sobre la base del parentesco familiar. El éxito de los Fúcar, como de otros congéneres suyos, en las operaciones arriesgadas de la época, "dependía por entero de la sagacidad de los cabezas de familia y como los genios no se heredan, se desmoronaban por lo general en la tercera generación después de su fundación" (86).

Los Fucar y su red de información

No obstante, mientras la organización estaba en pie, mientras los Fugger vivían el auge de su talento y de sus relaciones, les era imprescindible tener un servicio de información preciso y al día. Uno de ellos, Jacobo —que nació en 1459 y murió en 1525 (87)—, a quien se llamó "el Rico", alcanzó no pocos de sus éxitos financieros gracias a sus noticias de primera mano. Una red espesa de corresponsales lo tenía al tanto de todo, y desde Augsburgo, desde sus oficinas, ante su "escritorio de oro", podía realizar las operaciones que sabía eran más indicadas y prudentes. Todo se le informa-

ba, y de todo llevaban cuenta y razón sus fieles colaboradores Antón Maggolt y Mateo Schwarz, cuya escrupulosidad les permitía consignar en libros cuanto era indispensable. De allí, asimismo, “partía un resumen de las noticias más importantes, enviado de un modo particular a los príncipes, amigos y protectores” (88). Una colección de tales cartas se encuentra hoy en la Biblioteca Nacional de Viena, aunque a la Biblioteca del Vaticano pasó la colección menos importante, si bien más antigua, de éstas. Los lugares de donde procedían tales informaciones eran “Roma, Milán, Nápoles y Génova, en Italia; Colonia, Hamburgo, Espira, Ratisbona y Viena en Alemania; Madrid, Valladolid, Toledo y Lisboa en la Península Ibérica; otras llegan de París, Londres, Lyon, Amberes y Bruselas...” (89).

Las actividades políticas, guerreras y económicas, proveían las noticias, y el concierto de cualquier transacción, en algún punto de Europa, suponía, como material insustituible, las informaciones que permitían tener un conocimiento exacto de los hechos y de las posibilidades requeridas. Esos “periódicos” informativos que los Fugger —así como los Welser— preparaban, eran llamados *Ordinari-Zeitungen*, a los que se añadían, en determinadas circunstancias, algunos suplementos que consignaban las noticias de última hora que no cabían ya en el cuerpo del texto primitivo, y por tal razón, a esos suplementos se les llamaba *Extraordinari-Zeitungen*.

Por razón de su destino, los informes de esta naturaleza no se hacían llegar a las masas, sino sólo a personas de confianza singular, y con tal motivo no se imprimían, sino que se escribían a mano.

Su importancia indudable, y el hecho de responder a una necesidad informativa con caracteres especialísimos, hizo que tuviesen eco en otras partes y bajo otras direcciones, y así aparecieron otros órganos informativos —también a escala reducida en cuanto a su público—, que en Francia se llamaron *nouvelles à la main* y en Inglaterra *new letters*, aunque en estos países fue más restringida la circulación, si se compara a tales números con los que preparaban y editaban los Fugger o los Welser alemanes (90).

Hojas volantes para el público

Así las cosas, la necesidad de saber, de adquirir noticias con frescura de actualidad, fue acrecentándose al ritmo de la intercomunicación de los hechos en Europa, y para la segunda mitad del siglo XVI, corrían, con destino a la masa, hojas impresas con informaciones de última hora. En algunos lugares, como en Estrasburgo y en Basilea, los impresores dieron en numerar las diferentes “hojas volantes”, y su repetición demostró la amplitud de sus alcances, como quiera que para 1600 habían llegado éstas a la cifra de 877.

Gradual y firmemente, el periodismo fue tomando su campo, precisando su radio de acción, fuera de comunicaciones meramente oficiosas, de crónicas reales, o de informes para grandes señores, en círculos restringidos, y así, vuelto hacia el pueblo, se puso a su nivel y adquirió poco a poco la regularidad periódica que le dio nombre. En etapas que sólo en esfuerzo desigual, pero sostenido, se iban realizando, la aparición regular comenzó

a apuntarse con certeza, y de ella hay ejemplos elocuentes: "De 1580 a 1589, indica Weise, se publicó en Colonia una amplia información sobre el curso de las controversias suscitadas entre los habitantes de Aquisgrán y el arzobispo de Colonia, al principio semanal y después semestralmente. De igual modo, a partir de 1581 aparecieron en Francfort d. M., cada seis meses, comunicaciones políticas bajo el nombre de *Relationes Historicas*, en las cuales se consignaban los más recientes acontecimientos que afectaban a la vida del Estado, o de los pueblos, siendo más parecidas a nuestros periódicos actuales las publicaciones mensuales que desde 1597 se imprimieron en diferentes ciudades del sur, tales como Augsburg y Viena" (91).

Aparición de semanarios

A principios del siglo XVII, y perfeccionados los medios de producción, se hizo factible enviar las comunicaciones a mayores distancias, y esto se tradujo en la aparición de semanarios, que respondieron a las nuevas exigencias. Muchos de los ejemplares se han perdido, pero aún es posible dar en algunos sitios, como en la Biblioteca Universitaria de Heidelberg, con números de esos semanarios, que forman una colección completa, correspondientes a todo un año, como fue el caso del periódico que con el nombre de *Relation aller Fürnemmen und gedenckwürdigen Historien*, publicó en Estrasburgo el impresor Juan Carolus en 1609, y contiene "comunicaciones de 17 diferentes ciudades de Europa" (92). "Así, por ejemplo, en el número correspondiente al 16 de marzo de 1609 se dedican 28 líneas a las noticias de Colonia, estando compuesta la publicación semanal de dos o cuatro hojas en cuarto formato" (93).

En el mismo siglo fue posible que se intercambiasen ya, a cierta escala, periódicos extranjeros, que se solían enviar o recibir al lado de las cartas ordinarias. Un dato comprobatorio se tiene en una comunicación de Alberto Eusebio Wenceslao de Wallenstein, duque de Friedland, el célebre comandante alemán que mucho se distinguió en la Guerra de Treinta Años, a Juan T'Serclaes, conde de Tilly, alemán también, por el envío de periódicos franceses, "y de igual modo se expresaba Christian de Anhalt con respecto al príncipe Luis de Anhalt, por las publicaciones holandesas que éste le enviaba" (94). "Sin embargo, ni las relaciones escritas ni las hojas impresas se redujeron a dar cuenta de los sucesos políticos, ni a los ecos de Bolsa, pues si bien en unas se consignaban las referentes a asuntos de carácter internacional, en otras se hablaba de la peste, de la carestía de la vida, de la aparición de cometas y de diferentes maravillas de la Naturaleza, de animales raros, tales como elefantes, que por primera vez habían sido vistos, en las grandes fiestas celebradas, y de los fuegos artificiales quemados en ellas, etc." (95).

En suma, que el caudal de los materiales periodísticos iba tomando su sitio, entre la información, el comentario y el entretenimiento.

Las gacetas

A través de las *hojas volantes* corría el fluir noticioso, arrancado de la vida diaria, y por más que los nombres eran variados para designar

a aquéllas, en Italia arraigó el de "gazzettas", que más tarde alcanzó carta de naturalización en otros países, como sinónimo de periódico por excelencia. Hubo "gazzettas" en Amsterdam y en Rotterdam, Países Bajos, hacia 1630; y sus semejantes llamáronse "zeitungen" en Alemania; "mercurys" en Inglaterra; "courriers" y "journaux" en Francia; y en otras partes, "avisos", "cartas" y "relaciones".

¿Pero cuál fue el origen de la expresión "gaceta" que con sus derivados posteriores, "gacetilla" y "gacetillero", tuvo más aceptación y accedió a grados de universalidad mayores?

En opinión del erudito español Fernández Guerra, la genealogía de la singular palabra se encuentra acaso en estos términos: "Séase que la forma de los *Raggangli* sugiriese a algunos venecianos la idea de poner un título significativo a la periódica relación de sucesos que echaban a volar de molde, séase que, abrazando su publicación mayor número de noticias recónditas, acertase a llenar el deseo del vulgo y éste le pusiese por sí ese nombre especial que se anhelaba, ello es que el de *Gazzetta* con que en Venecia comenzó a ser conocida, no tiene otro origen que comparar semejante papel con la *urraquilla* o *picaza*, de suyo habladora y vocinglera. *Gazzetta* es diminutivo de *gazza*, que así llaman a aquel ave los italianos; pero lo más seguro es creer que, soliendo comenzar por las noticias de Génova los indicados periódicos, la G de gran tamaño que servía de letra capital mostraba en su centro la bien entallada figura de una *urraca*. Fue costumbre durante todo el siglo XVI, en los libros impresos esmeradamente, que la primera letra de cada capítulo fuese de extraordinario cuerpo y rica de adornos, ya de aves y animales caprichosos, ya de personajes de la Historia sagrada o profana, y muchas veces el grabado procuró representar en la letra capital el ave de cuyo nombre era principio: en la S dibujó, por ejemplo, la *serpiente*; en la C la *cigüeña*, y así por el estilo. Todavía la primitiva *Gazzetta di Venecia*, correspondiente al 27 de septiembre de 1664, careciendo de título y sin más epígrafe que el nombre de la ciudad y la fecha, muestra la letra capital una gallarda I con la fábula de Júpiter y Leda. Pudo muy bien la casualidad poner al comienzo del más afamado periódico repetidamente la letra en que estaba pintada una *urraquilla*, el público reparar la coincidencia oportuna y generalizarse con esto el nombre de *Gazzetta*. Faltan datos para sostener que antes se llamó así una moneda de corto valor, y que en ese precio se vendía aquella hoja volante" (96).

Empero, los hombres que hacían esas "gacetas", no siempre pasaron a la historia, ni sus congéneres, los autores de los "avisos", los "correos", los "mercurios" y sus equivalentes.

La imprenta en Iberoamérica

Por lo que a América se refiere, la primera imprenta fue instalada en la ciudad de México, a instancias del preclaro arzobispo don fray Juan de Zumárraga, ilustre por tantos motivos, quien hacia 1535 ó 1536 parece haber traído a Nueva España a Esteban Martín, que imprimió el libro *Escala Espiritual para llegar al Cielo*, de San Juan Climaco, del que no se conoce en la actualidad ningún ejemplar (97). Más tarde, el mismo prelado celebró un convenio con el impresor alemán de Sevilla Juan Cronberger,

quien envió al Nuevo Mundo a su dependiente Juan Pablo (o Juan Pablos) con un pequeño taller en el que se imprimió la *Breve y más compendiosa doctrina christiana en lengua mexicana y castellana para aprovechamiento destos indios*, la *Regla Christiana Breve* y otros escritos más (98). Nuevos impresores llegaron posteriormente a suelo novohispánico, con talleres que hicieron de la ciudad de México, como dice Jiménez Rueda, "un centro editorial de primera importancia para la época", que desde 1539 hasta finales del siglo XVI produjo unas ciento setenta y cuatro obras seguras y unas sesenta sin fecha, o dudosas.

Mientras, el arte de imprimir se difundía por otras latitudes del Continente. En las Misiones del Paraguay, los jesuitas quisieron llevarla de Europa, pero ante la negativa de la Corona Española, construyeron la suya con tipos que ellos fundieron, adiestrando al efecto a algunos indios. "El taller comenzó a funcionar bajo la dirección de los padres Juan Bautista Neumann y José Serrano, publicando en 1700 un *Martirologio Romano*. . . Poco después el taller cesa su labor, habiendo impreso una veinte obras en total" (99). En Córdoba, Argentina, fueron también los jesuitas quienes llevaron la imprenta. "Las necesidades de la enseñanza les impulsaron a gestionar una imprenta, que pudo ser traída de Génova y fue instalada en el Colegio de Monserrat, en 1766, bajo la dirección del hermano Pablo Karer"; pero después acaece "la expulsión de los jesuitas; la imprenta deja de funcionar y es arrumbada en un sótano. "Años después, el virrey Vértiz y Salcedo logra que el taller cordobés sea transportado a Buenos Aires, a fin de atender a las necesidades del gobierno y de obtener recursos para la Casa de Expósitos. La prensa, tipos y demás accesorios llegan en 1780" a Buenos Aires. "Esta fue la imprenta llamada 'de los Expósitos', y se la solía considerar como la primera que funcionó en Buenos Aires. Ultimamente, el padre Furlong y José Torres Revello han demostrado la existencia anterior de un pequeño taller, perteneciente a Alonso de la Vega" (100).

El uso de la imprenta no fue igual en todos sitios, y su presencia respondió a las condiciones del tiempo y de cada lugar. En Lima quedó establecida alrededor de 1582, en Guatemala en 1660, en Paraguay en 1700, en Cuba en 1707, en Haití en 1736, en Nueva Granada en 1738, en Nicaragua en 1742, en Brasilea en 1747, en Chile en 1749, en Quito en 1760, en Río de la Plata en 1760, en la República Dominicana en 1763, en Uruguay en 1807, y después de la independencia en Costa Rica, Salvador y Honduras. Sin embargo, estas "fechas no tienen valor sino cuando se atiende a las circunstancias. En Chile la imprenta desapareció, después de fundada, sin dejar huella, porque seguramente bastaba con la del Perú. En Cuba se retardó su introducción porque las necesidades quedaban satisfechas con la importación de libros de España. . . Por otra parte, atendiendo sin duda al coste, muchas obras de mérito excepcional se editaban en España y no en América" (101).

Para el periodismo, la imprenta fue útil sólo hasta el siglo XVIII y el XIX, cuando las iniquidades sociales, políticas y culturales tomaban nuevos rumbos. Antes, las prensas respondían a una exigencia de carácter religioso o cultural, a nivel del libro, pero no para la difusión de informaciones o comentarios al ritmo de los hechos.

El periodismo en Nueva España

La primacía de Nueva España en lo referente a la imprenta se repitió asimismo en lo que a las actividades periodísticas tocó, primero a través de hojas sueltas, y más tarde en forma de periódicos propiamente dichos. "A mediados del siglo XVI las noticias de los acontecimientos que se sucedían dentro o fuera del territorio virreinal se daban a conocer por medio de hojas volantes que se imprimían para su venta en las calles de la ciudad. La flota que arribaba a Veracruz con el correo de la Metrópoli, proporcionaba las noticias que aprovechaban estos primeros y lejanos periodistas. Así se sabía del fallecimiento y coronación de los reyes, guerras en Europa, terremotos y calamidades. La hoja volante más antigua que se conoce es, por ejemplo, la 'Relación' del terremoto acaecido en Guatemala el sábado 10 y el domingo 11 de septiembre de 1541, impresa por Juan Pablos" (102).

No se tiene conocimiento de otras hojas sino hasta 1621 —acaso porque nadie se ocupó de coleccionarlas—, año en el que Pedro Gutiérrez editó la *Verdadera Relación de una máscara que los artifices del Gremio de Platería de México y devotos del glorioso S. Isidro Labrador de Madrid, lucieron en honor de su gloriosa beatificación*. Nuevas hojas, con fechas posteriores, son conocidas ya, incluso una, de 1637, impresa por Francisco Salvago, cuyo título era: *Verdadera Relación De los Avisos que An Traydo a esta Corte, Correos de Alemania, Flandes, Italia, Navarra, y otras partes, en este año* (103).

Sin embargo, el primer periódico fue *La Gaceta de México y Noticias de la Nueva España* que el 1º de enero de 1722 comenzó a publicar don Juan Ignacio de Castorena y Ursúa cada mes. El esfuerzo fue breve y se prolongó hasta junio de ese año, dado el impacto de críticas y calumnias de que fue objeto aquél. Con el mismo nombre de *Gazeta de México* se reanudó por el Pbro. Juan Francisco Sahagún de Arévalo y Ladrón de Guevara, a partir del 1º de enero de 1728, pero en 1741 cambió su nombre por el de *Mercurio volante*, con el que se mantuvo hasta su fin en diciembre de 1742, cuando llevaba publicados ya 157 ejemplares.

El interés de la difusión pública movió también al Dr. D. José Antonio Alzate a publicar su *Diario Literario de México, Dispuesto para la utilidad pública a quien se dedica*, a partir del 8 de marzo de 1768, aunque sólo llegó al 10 de mayo inmediato "a causa de inconformidad de la censura" (104). Efímero igualmente fue el periódico de don José Ignacio Bartoloache, el *Mercurio Volante con noticias importantes y curiosas sobre varios asuntos de Física y Química*, que se editó en los años 1772 y 1773, sin perjuicio de otras dos publicaciones más del mismo científico: sus *Observaciones sobre la física, historia natural y artes útiles*, de 1172, y su más prolongada *Gazeta de literatura de México* que pudo sobrevivir hasta 1794.

Cabe anotar, independientemente de otras publicaciones menores, la aparición del *Diario de México*, de índole noticiosa pero también doctrinal, que salió a la luz el 1º de octubre de 1805, "fundado por los abogados Jacobo de Villa Urrutia, dominicano y Carlos María de Bustamante" (105), cuyas guías de pensamiento dieron testimonio de los afanes que aleteaban ya a favor de la emancipación política, y que poco más tarde, a partir de

1810, tendría su rival en la *Gaceta del Gobierno de México*, política e informativa, que reflejaba el sentir de las autoridades peninsulares.

Esto se repitió, en proporción variada, en otras colonias del Imperio Español.

El periodismo en el resto de Iberoamérica

La tardía introducción de la imprenta en el Virreinato del Río de la Plata determinó que sus primeros periódicos, anteriores a la independencia, apareciesen sólo hasta los primeros años del siglo XIX, como fueron: *El Telégrafo mercantil, rural, político, económico e historiográfico del Río de la Plata* (1810-1802), fundado por Antonio Cabello y Mesa; el *Semanario de agricultura, industria y comercio* (1802-1807), dirigido por Hipólito Vieytes; y el *Correo de comercio* (1810), que dirigió Manuel Belgrano. (106).

En Guatemala es dable consignar, casi contemporáneamente a las primeras publicaciones mexicanas, a la *Gazeta de Goathemala* que inició sus números el 1º de noviembre de 1729 y los prolongó hasta 1731, mensualmente y con una extensión semejante a las de nuestro país, de cuatro a ocho páginas. Más tarde, casi a finales del siglo, en 1794, don Ignacio Beteta reanudó la edición de la *Gazeta* en muchos mejores términos.

En la misma línea se halla, asimismo, la *Gazeta de Lima*, bimensual, que con variable dimensión, que era a veces de ocho, a veces de doce y a veces de dieciséis páginas, no tenía un material diverso del que aparecía en los periódicos de Nueva España. Comenzó a publicarse el 1º de diciembre de 1743, y todavía en la Epoca Colonial pueden anotarse otras publicaciones de interés, tales como *El Diario erudito, económico y comercial*, editado en Lima, y *El Mercurio Peruano*.

Se ha afirmado, sin plena confirmación, que a mediados del siglo XVIII surgieron dos periódicos en la capital de Cuba, la *Gaceta de La Habana*, en 1764, y *El Pensador*, aunque de ello no hay datos absolutamente fidedignos, como sí los hay del *Papel Periódico de La Habana*, que salió a la luz el 24 de octubre de 1790. Cambió después su nombre por el de *Avisos* y fue seguido, en 1810, por otros periódicos, llamados el *Diario de La Habana*, *La Aurora* y *El Regañón* y otros más.

La tendencia arraigó también en Nueva Granada, en cuya capital apareció, el año de 1785, *El Aviso del Terremoto y Gaceta de Santa Fe de Bogotá*, seguido del más importante *Papel Periódico de Santa Fe de Bogotá*, a partir del 9 de febrero de 1791. Según es fama, el periódico bogotano fue la más importante manifestación periodística en Colombia (107), con un tiraje que para su tiempo tuvo su importancia, y que contaba con corresponsales en diversas partes del virreinato. Su editor fue el cubano don Manuel del Socorro Rodríguez, que en el periódico solía hacer objeto de comentario poético cuanta noticia le era dable poner en verso. A principios del siglo XIX, don Jorge Tadeo Lozano y don Luis de Azuola, lanzaron a su vez el *Correo Curioso*, en 1801, seguido de *El Redactor Americano*, editado por el mismo citado Rodríguez.

No puede dejar de citarse el hecho, en fin, de que varias publicaciones

españolas circulaban con relativa amplitud en Iberoamérica, en los años del dominio hispano, como ocurrió con el "Correo Mercantil de España y sus Indias", matritense, que dos veces a la semana aparecía hacia los años de 1793 y 1794. "Este periódico se vendía en Málaga, Sevilla, Cádiz, puertos habilitados para efectuar el comercio con América; y en las ciudades fabriles de Valladolid y Murcia. Y en nuestra América, en Veracruz, México y Lima. El suscriptor abonaba, en Madrid, 62 reales por año, en provincia, 112 y en cualquier lugar de América, cerca de . . . 230" (108).

Ni puede soslayarse que la actividad periodística tuvo en Ecuador un ejemplo preciso en las *Prinicias de la Cultura de Quito*, a fines del siglo XVIII, debidas a don Francisco Eugenio Espejo, indio de raza pura, cuya tarea no alcanzó eco sino hasta muchos años después; y que en Uruguay se contó con el primer periódico, *La Gaceta de Montevideo*, en 1810, aunque tres años antes, con motivo de la ocupación inglesa, se publicó el "primer periódico bilingüe de nuestro continente" (109), que fue *The Southern Star*", redactado por periodistas ingleses, al servicio de las tropas extranjeras.

La imprenta y el periodismo en Norteamérica

Acerca de la introducción de los talleres tipográficos en las colonias inglesas de Norteamérica, gérmenes, éstas, de los futuros Estados Unidos, se cuenta con estos datos:

"En 1638 fue establecida la primera prensa en Norteamérica, en Cambridge, Mass., por Stephen Daye; ayudado por su hijo Matthew. Los primeros dos productos de esta prensa, la cual pasó al dominio de la Universidad de Harvard, fueron: *Freeman's Oath* y *An Almanaco for 1639, calculated for New England by Mr. William Pierce, Mariner*". No existen copias de estos dos libros; el *Bay Psalm Book (The Whole Books of Psalms, faithfully traslated into English Metre)* de 1640, es el libro norteamericano más antiguo que existe. Otro libro interesante es la *Indian Bible*, el primer libro americano impreso sobre las Escrituras, traducido por el misionero Reverendo John Elliot al hindú. Samuel Green y Marmaduke Johnson lo imprimieron en Cambridge en 1663. Con la colonización, la imprenta se extendió. William Bradfor comenzó en Filadelfia, Pensilvania, en 1685 y se mudó a Nueva York en 1693. William Nuthead comenzó a imprimir en Jamestown, Va., en 1682, pero no se le permitió continuar y se mudó a Maryland en 1685. El primer impresor de Connecticut fue Thomas Short, quien estableció una prensa en New London en 1709; William Bradfor se supone también haber establecido una imprenta en Perth Amboy, N. J., y luego llegó a ser el primer impresor de tres Estados. El primer impresor de Rhode Island fue el hermano de Benjamín Franklin, James, en 1727; la imprenta comenzó en Carolina del Sur en 1731, Isaías Thomas, impresor de grandes éxitos y el primer historiador de la imprenta en los Estados Unidos, nos dice que en 1775, había 50 impresores en plena actividad en las trece colonias" (110).

En las postrimerías del dominio británico, el gobierno de Jorge III dispuso, entre los varios impuestos que provocaron el disgusto de los colonos, que hubiera uno dedicado a la impresión de periódicos y anuncios,

y éste fue, a su modo "uno de los principales estímulos al movimiento de la independencia norteamericana" (111).

Por lo demás, en la historia de las colonias inglesas de Norteamérica, el medio de difusión por excelencia estaba constituido, al principio, por las predicaciones desde los púlpitos. Esto fue especialmente cierto en tratándose de las comunidades establecidas en Nueva Inglaterra, ya que, al "final de sus largos discursos, los predicadores puritanos tenían la costumbre de tratar anuncios públicos y temas similares de interés general" (112). Y fue allí, asimismo, donde, aun antes de 1690, hizo su aparición, bien que efímera y sin inmediata trascendencia, el primer periódico norteamericano de que se tiene noticia, editado en Boston por Benjamín Harris, cuyo título era el de *Publick Ocurrences both Foreign and Domestick*. Harris era un inglés cuyas ideas le crearon una situación insostenible en su país, y emigró al Nuevo Mundo como tantos otros compatriotas suyos, para poder vivir con mayor libertad. Se le nombró más tarde impresor oficial del Gobierno de Massachussets, pero cuando la censura fue levantada en Inglaterra, volvió a ésta a proseguir su tarea, y se perdió de esta suerte la continuación del primer periódico. "Algunos años más tarde, el dueño de la posta de Boston, como muchos de sus colegas europeos, buscó el medio de aumentar sus ingresos con la creación de un periódico", (113) en 1704, que consistía en "una publicación muy modesta" cuyo éxito fue igualmente modesto, como lo demostraron las apelaciones del editor a los lectores, quejándose de que con sólo 300 ejemplares no podía sostener los gastos.

El primer diario norteamericano

Un paréntesis de varios años se abrió, mientras surgía otra publicación de interés en las colonias, y esto último acaeció al salir a la circulación el primer diario norteamericano, que fue el "Boston News-Letter", seguido más tarde por otro que editó James Franklin, hacia 1720 o 1721. El hermano menor de éste, Benjamín, relata el hecho, indicando que "algunos de los amigos de su hermano" trataron de disuadirle de su intención, por considerar poco probable su éxito, dado que, a su entender, un solo periódico era ya suficiente para Norteamérica" (114). Pero James Franklin se empeñó en la tarea y el periódico fue publicado. Posteriormente tuvo dificultades con la Asamblea y pasó la dirección a Benjamín. No obstante, las desavenencias entre ambos alejaron a éste de Boston y lo llevaron a Filadelfia, en donde publicó, tiempo más tarde, la *Peennsylvania Gazette*.

Entre tanto, en "Nueva York aparecía otra publicación fundada por Zenger, impresor de origen alemán, que desarrollaba una campaña muy viva contra el Gobernador Cosby. Este mandó detener a Zenger, en 1734, e hizo lo posible por impedir su defensa; pero el principal abogado de Filadelfia, anciano de cerca de 80 años, consiguió que el jurado lo pusiera en libertad", y fue ésta "la primera victoria de la libertad de prensa en América" (115).

La prensa y la independencia de los Estados Unidos

En general, las condiciones en que vivían las publicaciones coloniales eran malas y de escaso estímulo. Materiales como el papel, la tinta y los tipos, se importaban de Europa, y el retraso de las comunicaciones impedía

que hubiese actualidad en las noticias; sin embargo, el esfuerzo persistió, y desde mediados del siglo XVIII comenzaron a publicarse revistas que eran una imitación de las que en Inglaterra se editaban, aunque su vida económica era muy precaria. Al correr de los años, y a medida que el sentimiento autonomista ganaba posiciones, alguna parte de la prensa se hizo eco del sentir favorable a la liberación. No puede decirse, sin embargo, que la prensa haya desempeñado una función sustancial en esta materia, pero si es verdad que periódicos como la "Boston Gazette", que fundó Samuel Adams en 1765, fomentaron el espíritu de rebeldía y afirmación de los derechos propios.

Adams contaba con colaboradores que comenzaban a descollar en política, y su red de corresponsales en 80 poblaciones le permitió ejercer una influencia indudable. Cuando la lucha armada estalló, la "Boston Gazette" y otros periódicos de los colonos partidarios de la independencia tuvieron que trasladarse al interior, para evitar caer en manos de las tropas inglesas. El emigrado Thomas Paine, autor de obras tan célebres como "El Sentido Común" y "El Derecho del Hombre" (116), sumó su pluma a las de otros escritores que defendían la causa de la libertad contra la Corona de Inglaterra, y redactó durante 18 meses el *Pennsylvania Magazine* o *American Museum*, con el beneplácito de Franklin y después de Washington.

La guerra aguzó el ingenio de los norteamericanos, que pudieron suplir los materiales europeos de carácter tipográfico con otros hechos por ellos, y su periodismo pudo así mejorar mucho materialmente. Al concluir el conflicto, había en las colonias no menos de 43 periódicos, entre los que destacaba el *Pennsylvania Packet*, que desde 1784 comenzó a publicarse diariamente.

Había ya afición por la lectura de periódicos, interés y elementos puestos en acción, y eso explica cómo, cuando se planteó, una vez consumada la independencia, el grave problema de la orientación política que las trece ex colonias debían seguir; un periódico, "El Federalista" (117), publicado en Nueva York por Alejandro Hamilton, haya sido el heraldo principal que despertó las conciencias y movió las voluntades para que se constituyese un régimen federalista, que tuvo el apoyo o la coincidencia de pareceres de los hombres más notables del país en aquellos momentos (118).

Tal era la situación del periodismo en esta región del globo a poco de su emancipación, en donde, tiempo más tarde, habría de tener aquél uno de sus desarrollos más elevados.

BIBLIOGRAFIA

⁶¹ WEISE: Op. cit. Pág. 31.

⁶² Ibid. Pág. 32.

⁶³ Ibid. Pág. 33.

⁶⁴ ENCYCLOPAEDIA BRITANNICA. Chicago. London. Toronto. 1946. Volumen XVIII. Pág. 500.

⁶⁵ Ibid. Pág. 500.

⁶⁶ Ibid. Pág. 500.

⁶⁷ WEISE: Op. cit. Pág. 45.

- 48 ALBERTO MALET y J. ISSAC: *Los Tiempos Modernos*. Librería Hachette. Buenos Aires. 1943. Pág. 6.
- 69 JOSÉ PIJOAN: *Historia del Mundo*. Salvat Editores. Barcelona. Reimpresión revisada, 1955. Tomo IV. Pág. 87.
- 70 Ibid. Tomo. IV. Pág. 87.
- 71 Ibid. Tomo IV. Pág. 87.
- 72 PIERRE GRIMAL: *Dictionnaire des Biographies*. Presses Universitaires de France. París. 1958. Tomo primero. Pág. 658.
- 73 Item. Tomo Premier. Pág. 658.
- 74 MALET e ISSAC: Op. cit. Pág. 6.
- 75 Ibid. Pág. 6.
- 76 PIJOAN: Op. cit. Tomo IV. Pág. 88.
- 77 GEORGES WEILL: *El Diario. Historia y Función de la Prensa Periódica*. Fondo de Cultura Económica, México. 1941. Pág. 13.
- 78 JUAN ALBANI, J. FEDERICO FINO, CARLOS V. PENNA, EMILIO RUIZ Y JOSEFA G. SABOR: *Manual de Bibliotecología*. Editorial Kapelusz. Buenos Aires. 1958. Segunda edición. Pág. 11.
- 79 SANTIAGO SOBREQUES VIDAL Y GUILLERMO CESPEDES DEL CASTILLO: *Patriciado Urbano. Reyes Católicos. Descubrimiento de América*, en "*Historia Social y Económica de España y América* dirigida por J. Vicens Vives. Editorial Teide. Barcelona. 1957. Tomo II. Pág. 482
- 80 RAFAEL ALTAMIRA: *Manual de Historia de España*. Editorial Sudamericana. Buenos Aires. 1946. Pág. 325.
- 81 ENCICLOPEDIA UNIVERSAL ILUSTRADA EUROPEO AMERICANA. Espasa-Calpe, S. A. Madrid. 1958. Tomo XLIII. Pág. 871.
- 82 Ibid. Pág. 871.
- 83 ALTABELLA: Op. Cit. Pág. 570.
- 84 HENRI PIRENNE: *Historia de Europa. Desde las invasiones al siglo XVI*. Fondo de Cultura Económica. México. 1942. Pág. 385.
- 85 CLIVE DAY: *Historia del Comercio*. Fondo de Cultura Económica. México. 1941. Tomo I. Pág. 156.
- 86 Ibid. Pág. 156.
- 87 JACOBO STRIEDER: *El Advenimiento y el Crecimiento del Capitalismo en sus primeras Formas Europeas*, en la *Historia Universal Espasa-Calpe, S. A.*, dirigida por Walter Goetz. Madrid. 1959. Quinta Edición. Tomo IV. Pág. 33.
- 88 ALTABELLA: Op. cit. Pág. 571.
- 89 Ibid. Pág. 571.
- 90 ENCICLOPEDIA UNIVERSAL ILUSTRADA. Pág. 872.
- 91 WEISE: Op. cit. Pág. 86.
- 92 Ibid. Pág. 87.
- 93 Ibid. Pág. 87.
- 94 Ibid. Pág. 87.
- 95 Ibid. Pág. 87.
- 96 ALTABELLA: Op. cit. Pág. 570.
- 97 JULIO JIMÉNEZ RUEDA: *Historia de la Cultura en México. El Virreinato*. Editorial Cultura. México. 1950. Pág. 219.
- 98 FRAY JUAN DE ZUMARRAGA: *Regla Cristiana Breve*. Editorial Jus. México. 1951. Pág. IX.
- 99 JUAN ALBANI Y OTROS: Op. cit. Pág. 25.
- 100 Ibid. Págs. 26 y 27.
- 101 CARLOS PEREYRA: *Breve Historia de América*. M. Aguilar, Editor. Madrid. 1941. Segunda edición. Pág. 357.
- 102 JIMÉNEZ RUEDA: Op. cit. Pág. 222.
- 103 JOSÉ BRAVO UGARTE: *Historia de México*. Editorial Jus. México. 1947. Tomo II. Pág. 252.

- 104 JIMÉNEZ RUEDA: Op. cit. 222.
- 105 GUILLERMO DÍAZ-PLAJA Y FRANCISCO MONTERDE: *Historia de la Literatura Española e Historia de la Literatura Mexicana*". Editorial Porrúa. México. 1955. Pág. 478.
- 106 JUAN ALBANI Y OTROS: Op. cit. Pág. 27.
- 107 JOSÉ ANTONIO FERNÁNDEZ DE CASTRO Y ANDRÉS HENESTROSA: *Periodismo y Periodistas en Hispanoamérica*. Apéndice de la obra de GEORGES WEILL: *El Diario, Historia y Función de la Prensa Periódica*. Fondo de Cultura Económica. México. 1941. Pág. 310.
- 108 Ibid. Pág. 311.
- 109 Ibid. Pág. 322.
- 110 ENCYCLOPAEDIA BRITANNICA. Pág. 501.
- 111 Ibid. Pág. 501.
- 112 F. FRAZER BOND: *Introducción al Periodismo*. Editorial Agora. Buenos Aires. 1959. Pág. 35.
- 113 WEILL: Op. cit. Pág. 62.
- 114 BENJAMÍN FRANKLIN: *Autobiografía*. Editorial Iberia. Barcelona 1954. Pág. 23.
- 115 WEILL: Op. cit. Págs. 62 y 63.
- 116 THOMAS PAINE: *El Derecho del Hombre para el Uso y Provecho del Género Humano*. Filadelfia. De la Imprenta de Matías Carey e Hijos. Año de 1821.
- 117 HAMILTON, A., MADISON, J. Y JAY, J.: *El Federalista, o la Nueva Constitución*. Fondo de Cultura Económica. México. 1960.
- 118 CARLOS PEREYRA: *El Fetiche Constitucional Americano*. M. Aguilar. Editor. Madrid. 1942. Pág. 47.

Capítulo III

DE RENAUDOT A LOS PRIMEROS DIARIOS

"La prensa es la fuerza, porque es la inteligencia".

Victor Hugo.

En la historia del periodismo mundial, la presencia de figuras con mérito propio, se fue perfilando poco a poco a medida que aquél alcanzaba más altos grados de importancia y trascendencia. El caso de los anónimos autores de las "hojas de avisos", de los redactores de "hojas volantes", cartas e informes para potentados y autoridades, fue desvaneciéndose para dar sitio a la acción de personajes que dejaron su huella en la tarea de información y crítica. Uno de ellos es especialmente significativo, y su tarea ocupa un lugar que no puede ser desconocido en los anales de esta materia, ni en el acontecer de la política militante.

Ese hombre se llamaba Teofrastró Renaudot.

La historia y la anécdota tienen algo que decir de él. Esta última lo describe como uno de los hombres más feos de su tiempo; y los retratos que de él se conocen no la desmienten, aun concedido un cierto margen de exageración al respecto. La anécdota añade que sus padres se sintieron deprimidos cuando nació, dotado de un rostro demasiado largo, una nariz aplastada, y unas piernas que nunca pudieron ser elegantes.

Nació en Loudon, Francia, en 1586 (119) y a los 19 años era ya doctor en medicina en la Universidad de Montpellier. A los veintitrés años contrajo matrimonio en Loudon, allí se estableció, y allí también conoció al religioso franciscano Francois Leclerc du Tramblay, más conocido en la historia de Francia como "el Padre José", y cuya influencia decisiva y determinante en el curso de la vida pública a través del poderoso cardenal de Richelieu, hizo que se le llamase "su eminencia gris". Renaudot, valido de Richelieu, ese "genio solitario y dominador" que creó el Estado moderno en Francia, al decir de Belloc (120), así como del célebre franciscano, pudo poner en pie sus planes de servicio y trascendencia sociales, tales como Montes de Piedad, Oficinas de Trabajo y atenciones gratuitas a enfermos pobres. Y, como una cosa trae otra, Renaudot se persuadió que uno de los males más extendidos era el de que los enfermos y miserables no

sabían a dónde y a quién dirigirse para encontrar ayuda y comprensión para sus males. Gracias a su posición e influencia pudo manifestárselo al rey, Luis XIII, y por eso, al ser nombrado por éste en calidad de médico de la corte y "encargado de organizar los servicios de beneficencia, abrió una Oficina de Direcciones, que fue declarada, por real decreto, de utilidad pública". La tarea, sin embargo, no se puso en marcha pese al acuerdo real, y Renaudot, vuelto a Loudon, esperó once años, hasta que el cardenal lo llamó y le dio nombramiento de Comisario de los Pobres. "Inmediatamente, asumió la administración del hospital y organizó las comidas gratuitas. Al mismo tiempo, se creó una considerable clientela, como médico en París" (121).

Renaudot y el periodismo

Su cooperación al periodismo nació de sus actividades y de su inquietud por dar, a los enfermos, un motivo de distracción que, a su modo de pensar, bien podía consistir en que se enterasen de noticias diversas. "Un amigo suyo, llamado Hozier, mantenía una activísima correspondencia con todas las cortes de la época y con un gran número de nobles. Por él se informaba de cuantas novedades de interés general llegaban a aquél celoso contertulio. Renaudot se entretenía en transmitir a sus enfermos tales novedades, unas veces oralmente, y otras, por medio de *nouvelles a la main*.

"Y del resorte privado y particular saltó Renaudot al sistema y a la organización, tal vez por aquello de que la función crea el órgano. Así, la proyectada Oficina de Direcciones de Trabajo, que llegó a ser una realidad, necesitaba una gran cantidad de información y de reporteros —lo diremos con terminología moderna—, cuyo objeto era suministrar nombres de personas que precisaban determinados servicios. La Oficina de Direcciones, que inició sus tareas en 1629, restringida solamente al servicio doméstico, se fue ampliando más y más, asumiendo seguidamente las funciones de una gigantesca oficina que abarcaba todos los aspectos del trabajo. Y como ocurre con la piedra lanzada en la quieta superficie del lago, las ondas se fueron extendiendo mediante sucursales creadas por toda Francia. Hasta tal punto, que llegó a tener una verdadera redacción —la oficina central de París— y una magnífica red de corresponsalías —las sucursales de provincias— que le suministraban noticias, informes y confidencias. ¿Qué faltaba, pues?... El último y definitivo paso.

"Renaudot estaba dispuesto a darlo. Y cuando propuso a Richelieu la idea de fundar una *Gaceta*, ya tenía reunidos y en marcha, bajo su experta mano creadora, todos los elementos para ella. Elementos, muchos de ellos contrastados con la experiencia. Pues él mismo había adquirido una gran soltura, una práctica hábil en la redacción de noticias, gracias a sus manuscritos de *nouvelles a la main* que repartía para distracción de sus clientes. Y así, justamente así, fue como apareció, el 30 de mayo del año 1631, el primer periódico francés. Tuvo un éxito extraordinario en toda Francia. Sus tres primeros ejemplares fueron destinados —¡naturalmente!— a Luis XIII, al Cardenal Richelieu y al Padre José. Pero sus poderosos valedores no pudieron poner a su creador a cubierto de críticas, parodias e insidias" (122).

Pese a todo, la *Gaceta* se difundió, llegó a ámbitos apenas sospechados antes, y aun transpuso las fronteras del país, no obstante la oposición que algunos soberanos extranjeros quisieron ponerle a su difusión; pero Renaudot, seguro de sí mismo, les replicó a éstos que no lo hiciesen, ya que el periódico "es una mercancía cuyo comercio jamás ha podido prohibirse" porque "participa de la naturaleza de los torrentes por el hecho de que crece con la resistencia" (123)

La *Gaceta* fue un órgano informativo, pero también, como no podía ser menos, un instrumento para dar a conocer lo que al cardenal importaba, y aun sirvió para que en no pocas ocasiones el rey echase su cuarto a espaldas y redactase notas con chismes de la corte y aun rumores referentes a su esposa, la reina Ana de Austria.

Toda la oposición que se le hizo a la *Gaceta* no pudo triunfar sobre ella, y así al principio salió a la luz con cuatro páginas, a los seis meses contaba con ocho; con la circunstancia de que al año siguiente, en 1631, redactó *Le Mercure françois*. (124).

Mas la muerte de sus protectores determinó el eclipse de la carrera política de Renaudot. En 1637 murió el Padre José; en 1642, Richelieu; y al año siguiente, Luis XIII. Con ello, sus principales adversarios, Guy Patin y la Facultad de Medicina de París —que no podía perdonarle haber estudiado en Montpellier y usar medicamentos químicos en vez de sangrías—, acabaron por triunfar de él, prohibiéndosele "el ejercicio de la Medicina en París", aunque la *Gaceta* pudo salvarse, y Renaudot fue, en lo sucesivo, periodista solamente. El cardenal Mazarino, sucesor de Richelieu, le renovó la confianza, pero los avatares de la historia francesa, entre la pugna de la nobleza que perdía sitio, y la realza que lo ganaba, entre las luchas y la sangre de la guerra de la Fronda, determinaron que Renaudot quedase, en un momento dado, en 1651, privado aun de recibir noticias oficiales.

Al fin, el hombre que había forjado el más recio instrumento periodístico de su época, murió, el 25 de octubre de 1653, en el Louvre, enterrándosele con gran pompa, aunque él personalmente estaba pobre.

Seguidores de Renaudot

La obra y la tarea, empero, estaban señaladas para el futuro; y no es de extrañar que los sucesores e imitadores de Renaudot hubiesen sido innumerables. En Holanda, por ejemplo, la publicación de "gacetas" tuvo un éxito nada desdeñable, que puede medirse por la circunstancia de que circulaban no sólo en su territorio sino también en Francia, especialmente las publicadas en francés, pese a las prohibiciones —por lo visto siempre ineficaces— que en su contra se lanzaron en 1680, 1681, 1683 y 1686, en tiempos de Luis XIV. Este, no obstante ello, se hacía leer todas las gacetas de Holanda, que no pocas veces daban publicidad a temas y noticias que en Francia se ocultaban. La importancia de la prensa holandesa en idioma francés se explica tanto por la concurrencia de estudiantes de Francia que asistían a las universidades de los Países Bajos, cuanto por haber hallado refugio en éstos muchos miles de protestantes que salieron de tierra francesa al ser derogado el Edicto de Nantes (125). Y ello sin contar con que

en esos momentos, periódicos tales como la célebre *Gazette de Hollande*, las *Nouvelles de Leyde* y el *Mercure hollandais*, tenían "corresponsales en el mundo entero y daban informaciones tan numerosas como substanciales" (126).

Los periódicos holandeses en lengua francesa, sobre la base de su amplia información, fueron de gran interés político; pero desde fines del siglo XVI se les sumaron otras publicaciones de índole particular, que tuvieron acogida diversa. Nicolás de Blégny, que en su país de origen, Francia, lanzó el primer periódico médico editó más tarde, en Holanda, otro literario, que tuvo una vida efímera. El esfuerzo lo prosiguió otro francés Bayle, que desde 168 inició la publicación de las *Nouvelles de la République de Lettres*, que con un estilo que combinaba lo serio con lo jocoso, fue muy bien recibido. Duró tres años y su editor, agotado, lo suspendió. En la línea marcada por él surgieron otros como la *Bibliothèque Universelle et Historique*, publicado en 1686 por Le Clerc, y la *Histoire des ouvrages des savants*, editado por Besnage en Francia.

El primer diario de Francia

La Fronda no produjo en Francia, a mediados del siglo XVII, periódicos dignos de tal nombre, pero sí "miríadas de libelos conocidos hoy con el nombre de *mazarinadas* que durante cerca de cuatro años aparecieron cada día para alimentar, avivar la curiosidad y las pasiones de la multitud" (127). Tales hojas fueron tan profusas, que su colección ha dado lugar a una treintena de volúmenes, pero apenas hacían mella en Mazarino, que se contentaba con murmurar:

"¡Dejemos hablar, y hagamos!"

Este tipo de periodismo sintético fue, sobre todo labor de los "nouvellistes", no poco socorridos y protegidos desde la época de Mazarino. Este, a su "nouvelliste" particular, que le proveía de información varia, le tenía asignado un sueldo de 10 libras mensuales.

En medio de aquella pleamar de libelos, panfletos, sátiras y hojas impresas de todo género, sólo se salva, acaso, *La Muse historique*, editada por Loret, y que era una gaceta satírica, en verso, como convenía a su época, y antecedente de las crónicas parisinas que más tarde mucho estuvieron en uso. "Durante quince años, Loret, poeta cortesano... consignó en su periódico todos los hechos notables —políticos y literarios— todos los rumores de la ciudad y de la corte" (128). Más tarde aparecieron otras publicaciones al modo de *Le Mercure galant* de Donneau de Visé —que se convirtió en *Le Mercure de France*—, que surgió, en 1672, con una gama amplia y multiforme de noticias, entre las cuales se consignaban lo mismo nombres y promociones, que bautismos, matrimonios, muertes, espectáculos, historias galantes, sermones, poesías, canciones, noticias de música, discursos académicos y disertaciones que querían ser sabias... todo, menos asuntos políticos.

Por su parte, conviene señalar también la aparición del primer periódico literario que en Francia hubo, en 1665, publicado por Denis de Sallo, y que tuvo el modesto título de *Le Journal des Savants*".

Ya en pleno "Gran Siécle" de Luis XIV, época de auge literario y político, François Colletet editó *Le Nouveau Journal de la Ville de Paris*, que andando el tiempo habría de ser, con la *Histoire journalière de Paris*, de 1717, el origen del primer diario francés que, con el título de *Le Journal de Paris*, tuvo por programa el que, en versos burlones de Clément, decía:

*"Fournissez-vous à la boutique
Des journalistes de Paris
Tout s'y trouve, vers et physique
Calembours, morale, critique,
Et de l'encens à juste prix!
Monstres de la foire et musique;
Voltaire et l'Ambigu comique,
Courses aux jockeys et paris
Danseurs de corde et politique... (129)*

El diario —estructurado según el modelo de sus colegas ingleses (130)— tuvo un éxito enorme, considerable, de repercusiones llamativas, hasta el punto de que en sus primeros tiempos, la demanda no pudo ser satisfecha en su integridad, por las limitaciones que imponía su producción.

Más tarde apareció, como fruto de un corro de "nouvellistes", el *Journal des Débats*, en el Jardín del Luxemburgo, al que asistían, de vez en vez, algunos prohombres de la Prerrevolución, como Voltaire, Diderot y Rousseau.

La publicidad inicial y el periodismo

Es cierto que ya desde el siglo XVI, las "hojas de avisos" consignaban informes de tipo comercial que podían tomarse como antecedentes de la publicidad impresa, a través de los periódicos; y no es menos cierto que algunas gacetas, como la de Estrasburgo, en 1609, daban cuenta de los días de arribo y de salida de los barcos de Amsterdam; pero la verdad es que el anuncio logró sus pasos más firmes en Inglaterra en el siglo XVII.

"El acercamiento, dentro de los periódicos, de la política y la publicidad, dice Weill, comenzó durante la Revolución. El periodista Walker señala la aparición de algunos libros nuevos y habla, en 1649, de crear un 'Office de Entries'. Algunos 'news books' insertaron anuncios concernientes a libros, remedios medicinales, objetos perdidos o robados, caballos especialmente. Representaba esto tal novedad que se burlaron de ella, pero cuando Cromwell suprimió todos los 'newsbooks', se echaron en falta los informes comerciales que proporcionaban... Esta es la razón del prospecto de 1657 que daba a conocer la próxima publicación de un periódico semanal exclusivamente consagrado a los anuncios y, en el cual, todos los avisos se imprimían durante seis semanas, pasadas las cuales, habría que pagar de nuevo, y cuyo precio estaría en proporción, no con el número de palabras como se hizo luego, sino con la importancia de los objetos anunciados. De acuerdo con este prospecto, que contenía una lista de ocho oficinas de publicidad, el 26 de mayo de 1657 apareció el *Public Adviser* con 16 páginas por un penique. No tardó en encontrar un competidor lanzado por... Oliver Williams... que en 1660 publicó un diario político" (131).

El sistema tuvo que enfrentarse a un ambiente desdeñoso, y sólo con timidez pudo arraigar en Inglaterra. "En realidad, como añade el mismo autor, el anuncio no tuvo importancia hasta entrado el siglo XVIII, cuando la prosperidad comercial fue creciendo y los periódicos vieron en ello un recurso necesario para hacer frente a las crecientes cargas impuestas por el tiempo. Fue, realmente, el anuncio el que aseguró la existencia de los diarios. Después del *Daily Courant* de 1702, el primer periódico duradero de ese género fue el *Daily Advertiser* (1730), el cual había de subsistir hasta principios del siglo XIX".

En Francia, Renaudot fue el primero que realizó el trabajo de publicar anuncios, pero no tuvo muchos imitadores en esta materia. En suelo alemán, a su vez, se proyectó la tendencia también en el siglo XVIII, y así, en 1727, Federico Guillermo I de Prusia "ordenó que fuesen publicados en las 'hojas' todos los anuncios de 'casas que se venden, alquilan o prestan', mientras que en los periódicos políticos continuaron publicándose solamente los anuncios de libros, monopolio que fue... abolido en 1847" (132).

Contemporáneamente a ello, los periódicos comenzaron a acoger otro género de informaciones, que fueron las noticias de índole meramente familiar, cuya publicación antes habría parecido inconcebible. Al lado de guerras, problemas políticos, o discusiones religiosas, tímidamente tomaron sitio, a fines del siglo XVIII, los datos concernientes a matrimonios y nacimientos. Uno de los primeros periódicos en dar tales pasos fue *El Noticiero*, de Frankfurt, en 1772, por más que la innovación no gustó a muchos, que incluso se escandalizaron por aquella actitud que veían inadecuada.

Empero, en aquellos momentos la influencia de lo que alguien llamaría más tarde el Cuarto Poder, era limitada todavía.

Bien es cierto que a Federico II de Prusia, el Grande, persuadido acaso de la importancia que el periodismo podría llegar a tener, se le atribuye la frase de que "los periódicos no deben ser molestados"; pero así y todo, el número de los compradores o suscriptores era reducido, y con tal hecho no podía suponerse que la opinión pública fuese modificada sustancialmente por el impacto periodístico, quizá porque, entre otros factores, el analfabetismo era corriente en todos los países del mundo, y esto explica cómo, unida tal circunstancia al desmembramiento de Alemania, los periódicos apenas ejerciesen influencia en la vida del Estado y de la sociedad en general. Un caso típico fue el de la *Gaceta de Leipzig*, en 1714, que durante la época de los conflictos militares, cuando Carlos XII asoló al norte de Europa, "tenía 1,200 a 1,300 abonados; pero en 1760, a consecuencia de la guerra de los Siete Años, perdió 900, y el número de los ejemplares colocados por los vendedores ambulantes se redujo a 325" (133).

Vicisitudes de la prensa inglesa

Inquietudes de amplia índole periodística se dejaron sentir, entre tanto, por las mismas fechas, en Inglaterra.

La nación inglesa que había surgido a los tiempos modernos, entre el crepitar de las luchas religiosas; los golpes secos del verdugo que hacía rodar las cabezas de los opositoristas, en tiempos de Enrique VIII; junto con los afanes de afirmación nacionalista de Isabel I, y las conmociones de

su transformación social y económica, contó con un periodismo que no llegó a diferenciarse en lo sustancial de lo que en el Continente Europeo se hacía en el siglo XIII. Hojas volantes o periódicos del tipo informativo de los que había en Francia o en Alemania, llegó a haberlos en lengua inglesa, sin mayores relieves. Las "hojas de noticias" se publicaron profusamente durante el reinado de Jacobo I, fundador de la casa Estuardo, a principios del Siglo XVII; pero con su hijo, Carlos I, acaso todavía más autoritario que su padre, la tendencia oficial procuró la represión periodística, hasta el punto de que en 1632, la Cámara Estrellada las prohibió enteramente. Seis años más tarde se alzó un tanto la veda, y se concedió a dos personajes, Nathaniel Butter y *Nicholas Bourne*, mediante una contribución de diez libras por año, "el privilegio de publicar noticias del extranjero (exclusivamente del extranjero) en fascículos que aparecían en fechas distanciadas" (134).

La desaparición de la Cámara Estrellada y el restablecimiento del poder del Parlamento produjeron una breve era de gran libertad de prensa que se tradujo en la aparición de multitud de "hojas volantes" y de folletos que, con el nombre de "news books", y con cuatro y seis páginas según los casos, tuvieron gran número de lectores, sobre todo por las informaciones que daban cuenta de las sesiones del Parlamento largo. A tal especie correspondió el periódico de Samuel Pecke, llamado *The Heads of Several Proceedings in this present Parliament*. Al lado suyo, otras hojas publicaban informes de variada índole, aunque poco a poco fue desarrollándose la corriente periodística que en el curso del siglo siguiente, el XVIII, lo mismo que en gran parte del siglo XIX, iba a ser dominante en muchos sitios: la del periodismo de opinión, el periodismo que era expresión de las ideas políticas que se debatían y sobre las cuales se polemizaba entonces. Sin embargo, así como el rey Carlos I se había mostrado hostil al periodismo en su tiempo, el Parlamento, dominado por los presbiterianos, también quiso ser hostil a las publicaciones periódicas, y el mes de junio de 1643 dispuso el establecimiento de la censura, que abarcaba, de hecho, lo mismo a los libros que a los periódicos.

El poeta John Milton y el grupo político de los Niveladores protestaron, pero el Parlamento, en plena República Inglesa, se mantuvo inflexible. Cromwell, convertido en jefe de una oligarquía, quiso dar a Inglaterra una fisonomía puritana. Se "clausuraron los teatros", se encarceló a los cómicos ambulantes, se "prohibieron los juegos de todo género" y se "cerraron los cafés y tabernas" (135). Dentro de este clima social se explica que el Protector acabara con todos los periódicos y no dejase en pie sino a dos que tenían el favor oficial: el *Publick Intelligencer* y el *Mercurius Politicus*, que editaba Marchamont Needham.

Cromwell cayó, le siguió su hijo Ricardo, y sobrevino después la restauración de los Estuardos; pero la censura continuó y la realeza fortaleció a su vez su prensa oficial, que para el caso resultaron ser: el *Mercurius Publicus*, reabierto, y el *Kingsdom's Intelligencer*". La censura dio por resultado que floreciese una prensa clandestina, a base de "newsletters" que se hacían o en imprenta, o a mano, ello no obstante la *Licensing Act* de 1622, que ponía límites a la expresión libre de la prensa, se mantuvo —con algunos parentesis— durante los reinados de Carlos II y Jacobo II.

En tiempos del primero de ellos, comenzó a publicarse un periódico oficial que acabó adoptando el título de *London Gazette*. Al fin acaeció la revolución de 1688 que dio término a la dinastía Estuardo, y si bien la *Licensing Act* continuó algún tiempo más, el Parlamento la suprimió en 1695. Libros y periódicos pudieron publicarse entonces sin censura.

El ensayo en el periodismo Inglés

En el siglo XVIII, el periodismo británico tomó otros rumbos; acogió el ensayo como muestra más acabada de la producción que en forma impresa podría ponerse al alcance de los lectores, y a través de las páginas periodísticas se debatieron los grandes temas de la filosofía y de la moral. Era el siglo del Iluminismo. Y el Iluminismo, nutrido de tendencias racionalistas de moral natural, de deísmo y de propensiones a la exaltación del individualismo (136), volcó sus inquietudes por medio de la prensa.

Para comprender esta proyección singular y su contenido doctrinal, es preciso tener en cuenta que desde fines del siglo XVII se había significado Inglaterra por las nuevas corrientes filosóficas, con Tomás Hobbes (1588-1679); Juan Locke (1632-1704); Jorge Berkeley (1685-1753) y David Hume (1711-1776), representantes máximos del empirismo, cuyas huellas se percibieron tanto en su suelo natal, como en muchos otros lugares de Europa, no siendo raro, por tanto, que puestos de actualidad los temas de raíz filosófica, lanzados al exterior, el periodismo, por su parte, quisiese también dar cuenta de sí en la discusión.

La filosofía sale de los recintos cerrados, de los gabinetes y las aulas universitarias, y llega a los clubes, a los cafés y a las hojas periodísticas, ya que, como dice Maurois, "cafés y clubes representan, en Inglaterra, para formar el espíritu de conversación, el papel que en Francia representaron los salones, pero sus gustos son más rudos" (137).

Dentro de este prisma es posible reconocer la obra de Daniel Defoe, Joseph Addison, Richard Steele y Jonathan Swift, tanto en la prensa, como en la literatura en general. Inglaterra vivía momentos de grandes hechos, y las letras no podían ser ajenas a su momento. En tales condiciones, Daniel Defoe (1660-1731) alcanzó el nivel más alto en la novela de aventuras con su *Robinson Crusoe*, pero dejó, asimismo, una huella apreciable en el mundo periodístico.

Fue calcetero de oficio, pero se significó, en la vida pública como político y economista, y como "uno de los más grandes campeones de la libertad religiosa y política (138). Se dedicó a escribir, a tono con sus ideas, durante mucho tiempo, folletos animados por ellas, pero a instancias de uno se le procesó y condenó en 1703. Estando preso dio principio, en la cárcel de Newgate, a su *Weekly Review of the Affairs of France*, que más tarde se transformó en *A Review of the State of the English Nation*, que persistió hasta 1713. "La *Review* no era precisamente un periódico, aunque contenía mejor literatura y críticas más constructivas de lo que solía darse años antes. Para su desgracia, Defoe se vio obligado, tanto por librarse de las penalidades del hambre como para conservar el periódico, a variar sus principios; la buena obra, sin embargo, estaba hecha. Había

logrado crear una nueva clase de lector, un lector fiel y culto, preocupado por los problemas del espíritu, y a quien, a su debido tiempo, los periódicos tuvieron muy en cuenta a la hora de darle sermones puritanos" (139).

Contemporáneo suyo, aunque más periodista quizás, pero dentro de esa línea de ensayismo filosófico y moralizante, fue Richard Steele, quien puso en circulación *The Tatler*, el 12 de abril de 1709, con la impetuosidad y fogosidad irlandesa que le eran propias. Al lado suyo laboró en estas lides, Joseph Addison, sin que deba olvidarse que otra publicación que a poco surgió, *The Spectator*, el 1º de marzo de 1711, no se desvinculó tampoco de la corriente citada, y lo propio ocurrió con *The Guardian*", entre todos los cuales surgió una "amistosa rivalidad".

En contraste, mientras las publicaciones citadas antes —aun cuando, como se ha dicho, no puede afirmarse que las de Steele y Defoe hayan sido estrictamente periódicos— eran liberales, se situó dentro de cierto conservatismo político el *Examiner*, de Jonathan Swift, que alcanzó no escasa relevancia.

Jonathan Swift (1667-1745) era pastor protestante, y su actuación, aunque dejó testimonio en la literatura, sobre todo en los *Viajes de Gulliver*, se encauzó principalmente hacia la política. Su misma obra de Gulliver, que ahora pasa por simple entretenimiento para todo mundo, llevaba una intencionalidad clara, que no era otra que la transformación social de Inglaterra. Pero la ambición de este autor, su apasionamiento y su carácter agudo y sarcástico, le convirtieron en personaje poco agradable y simpático. "Swift deseaba ardientemente una mitra episcopal dentro de la secta protestante a que pertenecía y, no consiguiéndolo, se desató en terribles ataques contra sus opositores, y aun llegó a perder la razón" (140).

Su obra se resintió, pues, de su actitud política, y quien rastree en sus aportaciones periodísticas, no podrá menos que encontrar las directrices de aquélla.

El primer diario Británico

En la creación de un clima especial de periodismo, y en la forjación de un tipo de lectores, las revistas o publicaciones citadas, que solían ser semanarias, tuvieron parte sustancial, sobre todo como elementos de glosa y enjuiciamiento. Pero bajo otro prisma, el del diarismo, el de la información más escueta, el de la noticia desnuda de artilugios subjetivos, Inglaterra también dio cuenta de sí. Y en este cauce apareció el primer diario británico, el *Daily Courant*, que apareció el 11 de marzo de 1702, a instancias de una mujer, Elizabeth Mallet, que fue su editora. Al revés de muchas otras publicaciones, no era órgano de expresiones políticas. Era más bien un periódico de "tinte neutro", cuya vida pudo prolongarse hasta 1735, bien que bajo la guía de manos diversas. Por sus dimensiones, se trataba de algo breve y manuable. Era sólo "una hoja de pequeño tamaño, impresa sólo por una cara", que llevaba como indicador, este texto: "Londres, vendido por E. Mallet, junto a la taberna de King's Arms, en Fleet-Bridge", (141) y su contenido se obtenía, todo él de informaciones tomadas de un periódico

francés y dos holandeses, hechas las debidas traducciones al inglés. Ni una sola noticia nacional había en el *Daily Courant*, cuyas inquietudes parecían estar abiertas sólo al exterior.

Diez días después de su aparición, cambió el formato, como testimonio de que otra persona, el impresor Samuel Buckley, editor que más tarde lo fuera del *Spectator* (a partir de 1711), era quien lo tomaba en sus manos. Y así, al cabo de un mes de su fundación, salió el diario con las dos páginas de la hoja impresas, y para finales de 1702, contenía además "cuatro párrafos de informaciones de pasajes y casi media columna de pequeños anuncios" (142).

Progresó más tarde, y saltó a las cuatro páginas, y después a las seis.

De tan humilde manera comenzó el diarismo inglés, como etapa singularísima de las labores periodísticas, con pasos tímidos que sólo más tarde iban a ser sucedidos por tareas más concretas, más específicas, hasta llegar a las monumentales ediciones de nuestros días.

Difusión del diarismo

En Alemania se pretende que el primer diario que hubo en Europa fue el *Leipziger Zeitung*, de 1660, aun cuando hay autores, como Altabella, que le niegan tal carácter por no ser una publicación noticiosa, sino polémica (143).

Lo cierto, empero, es que casi contemporáneamente al diario londinense apareció otro, en Norteamérica en 1704, que fue el *Boston News-Letter*; y varios años más tarde surgió el primer diario en castellano, el *Diario noticioso, curioso, erudito y comercial público y económico*, en 1758; y en 1777 como ya se ha indicado antes, el *Journal de Paris*, en la capital francesa. Como afirma el mismo Altabella, el factor fundamental que determinó este progreso del periodismo, estribó en la "mejora de los medios de comunicación", y concretamente en "el creciente desarrollo del Correo", ya "que no puede comprenderse tal adelanto sin la elemental razón de ser del aumento de las postas, de su perfeccionamiento y de su cada vez más breve regularidad" (144).

BIBLIOGRAFIA

- 119 GRIMAL: Op. cit. Tome Second. Pág. 1246.
- 120 HILAIRE BELLOC: *Richelieu*. Editorial Juventud Argentina. Buenos Aires. 1942. Tercera edición. Pág. 8.
- 121 ALTABELLA: Op. cit. Pág. 574.
- 122 Ibid. Pág. 575.
- 123 Ibid. Pág. 575.
- 124 GRIMAL: Op. cit. Tome Second. Pág. 1246.
- 125 GUSTAVE HERVE: *Nueva Historia de Europa*. México. Ediciones CAF. MCMXLIV. Pág. 165.
- 126 E. TH. RIMLI: *Historia Universal Ilustrada*. Vergara Editorial. Barcelona. 1957. Tomo III. Pág. 30.

- 127 GABRIEL-ROBINET: Op. cit. Pág. 12.
128 Ibid. Pág. 13.
129 Ibid. Pág. 13.
130 CHARLES LEDRÉ: *Histoire de la Presse. Les Temps et les Destins*. Librairie Arthème Fayard, Paris, 1958. Pág. 80.
131 WEILL: Op. cit. Pág. 65.
132 WEISE: Op. cit. Pág. 88.
133 Ibid. Pág. 88.
134 WEILL: Op. cit. Pág. 39.
135 ANDRÉ MAUROIS: *Historia de Inglaterra y los Ingleses*. Editorial Surco, Barcelona 1951. Sexta edición. Pág. 33.
136 C. PÉREZ BUSTAMANTE: *Compendio de Historia Universal*. Ediciones Españolas, S. A. Madrid. 1939. Pág. 399.
137 MAUROIS: Op. cit. Pág. 385.
138 DE LA PEÑA: Op. cit. Pág. 264.
139 ALTABELLA: Op. cit. Pág. 577.
140 DE LA PEÑA: Op. cit. Pág. 264.
141 ALTABELLA: Op. cit. Pág. 579.
142 Ibid. Pág. 580.
143 Ibid. Pág. 581.

Capítulo IV

LA INFLUENCIA DE LA REVOLUCION FRANCESA EN LA PRENSA

"La prensa es una reacción espontánea; producto del pensamiento, no muere nunca."

Lamartine

Los años que precedieron a la Revolución Francesa, y los contemporáneos a ésta, fueron de gran significación en la vida de muchos pueblos. Guerras, desplomes de viejas estructuras sociales y la aparición de nuevos intereses económicos —en el alba del moderno capitalismo—, coincidieron como cambios sustanciales en el modo de pensar y en el contenido de los criterios corrientes. ¿Qué de extaño tiene, entonces, que las letras y el periodismo resintiesen tales mutaciones, y aun fuesen sus portavoces?

Periódicos que hasta antes no publicaban sino un ejemplar a la semana, comenzaron a editar dos y hasta cuatro números, mientras los diarios acrecentaban su impacto público. "En Alemania se creó entonces (1798), entre otros, la *Allgemeine Zeitung*, que durante sus cien años de existencia ha desempeñado un importante papel en la vida espiritual de aquel país, y sólo en los últimos decenios ha sido superada en importancia por el *Kölnische Zeitung* (fundado en 1762), el periódico alemán de mayor formato, y sobre todo el que ha logrado alcanzar más circulación fuera de Alemania. Los periódicos existentes entonces acrecentaron su extensión y su clientela, como ocurrió, por ejemplo, con el *Hamburgische Korrespondent* (fundado en 1714) y el *Schlesische Zeitung* (fundado en 1741), debido a que las ideas de libertad, que desde París se extendían rápidamente por toda Europa, despertaron la afición a la política y estimularon a quienes se dedicaron a enaltecer el movimiento revolucionario francés, así como las nuevas ideas de que iba acompañado" (144).

La prerrevolución en Francia

El centro de la conmoción era Francia, la Francia que hacía suyas las ideas del Iluminismo, muchas de ellas llegadas del exterior, pero que en el verbo de sus pensadores, de sus sabios y aun de sus simples divulgadores,

tomaron carta de naturalización popular, y pudieron llegar a todo mundo. Ideas que en otras partes, como en Inglaterra, por ejemplo, permanecían como materia esotérica, en Francia se ponían al nivel más común y extendido. Los filósofos ingleses se encerraban en sus libros, vivían entre ellos y no figuraban en sociedad, sino a condición de ser políticos, periodistas o libelistas "al servicio de un partido", (145), pero en Francia todas las noches cenaban de convite, y eran "el ornato, la distracción de los salones".

"Entre las casas en las que se dan comidas, no hay una que no tenga su filósofo titular, su economista después, su sabio" (146).

Eso explica y da razón de ser al arte de la palabra, al "talento de aclararlo todo"; y hace que se comprenda cómo los temas más abstrusos se arrojaban a la discusión y comentario de los participantes en las tertulias, así fuesen mujeres sin cultura, pero ávidas de saber, o varones que trataban con ligereza todas las materias posibles: "En los diálogos de Fontenelle sobre la *Pluralidad de los mundos*, el personaje central es una marquesa. Voltaire escribe su *Metafísica* y su *Ensayo sobre las costumbres* para Mad. de Chatelet, y Rousseau su *Emilio* para Mad. de Epinay. Condillac escribe el *Tratado de las sensaciones* inspirándose en las ideas de la señorita Ferrand, y da a las jóvenes consejos acerca de la manera de leer su *Lógica*. Bandeau dedica y explica a una dama su *Cuadro económico*. El más profundo de los escritos de Diderot es una conversación de la señorita de Lespinasse con D'Alembert y Bordeau. En medio del *Espíritu de las leyes*, Montesquieu colocó una invocación a las musas" (147).

En una palabra, las obras salen de los salones, y son éstos los que obtienen las primicias de lo escrito antes de que el público las adquiera.

Se forja, de esta suerte, un ambiente de curiosidad, de discusión de polémica, de debate público y festivo, que influirá en la difusión de libros y de periódicos con ideas revolucionarias, y aun cabe decir que si las publicaciones que más tarde van a lanzarse no sólo al conocimiento sino aun a la morbosidad del público tienen un cierto matiz de vulgaridad, esto encuentra ya un antecedente en las obras de los mismos filósofos que departen en los salones de la nobleza y la burguesía, como quiera que, según indica Taine, "excepto Buffon, todos echan pimienta en su salsa, es decir, indecencias o crudezas"; y éstas aparecen "hasta en el *Espíritu de las leyes*: las hay enormes, combinadas y medidas, en las *Cartas Persas*. Diderot las arroja a puñados en sus dos grandes novelas, como en día de orgía. En todas las páginas de Voltaire, crujen entre los dientes, como granos de pimienta. Las encontraréis, no picantes, sino acres y de un gusto ardiente, en la *Nueva Eloísa*, en veinte lugares del *Emilio*, y de uno a otro extremo de las *Confesiones*. Tal era el gusto de la época" (148).

Ese "gusto" informará la ligereza en los enjuiciamientos en muchos, y la falta de nobleza de espíritu en otros tantos.

La tiranía de los filósofos

Bajo la capa de la censura y la represión, pululaban en Francia las ideas, y se intercambiaban los conceptos. El país era como una marmita. Luis XV había prohibido la Enciclopedia, pero de las salas del Palacio Real

salían también las contraórdenes cortesanas que nulificaban la proscripción; y la nobleza aplaudía la difusión de doctrinas que a poco andar dejarían sus huellas de sangre. Las paradojas se repetían continuamente, y mientras los filósofos revolucionarios llegaban a ser, en general, los mimados de la aristocracia, las prohibiciones estaban en pie. . . aunque ocurría, al mismo tiempo, que algunos que osaban polemizar con ellos, eran reprimidos: Fréron, por ejemplo, “jamás pudo obtener un privilegio para *l'Année Littéraire* y, a cada momento, su periódico era suspendido, porque había osado criticar a d'Alembert, Voltaire y aun el mismo Marmontel”. (149) “En 1752, Malesherbes suprimió una obra del P. Geoffray, hostil a Diderot. En 1754 hizo censurar por su agente en Lyon, Bourgelat, colaborador él mismo de la Enciclopedia, a un P. Thomas, que había tratado de responder al artículo “College” del diccionario. Palissot y Gilbert, tropezaron con las mismas persecuciones y Gilbert murió” (150).

Los filósofos decían temer a la tiranía, pero la “verdadera tiranía era la que ellos ejercían sobre la literatura”. (151).

En esta situación equívoca, los años que precedieron a la Revolución estuvieron preñados de agitación, de confusiones y de pugnas acerbadas. La difusión de ideas políticamente revolucionarias hallaba campo propicio en los cafés —como en el célebre *Procope*—, en los libros, y en las “hojas” que circulaban profusamente, con la particularidad de que los informadores estaban situados en los puestos clave. En “el Palacio Real, bajo el árbol de Cracovia, en las Tullerías, en el Luxemburgo, se hallaban los informadores de todas las tendencias, de quienes lo menos que se puede decir es que no eran desinteresados”. (152) Los panfletos anónimos jugaron un papel descolante en estas condiciones, y Voltaire mismo no fue ajeno a su publicación, como que en ello era “maestro consumado”; y los llamaba sus “pastelitos” (153).

El afán periodístico no tenía paralelo en ningún otro país del mundo, y ya Montesquieu, en sus *Cartas Persas*, lo menciona con no exenta ironía y un cierto dejo de desprecio, al decir: “Hay una especie de libros que no conocemos en Persia, y que están muy de moda aquí; los periódicos. Al leerlos siéntese uno lisonjeado en su pereza y satisfecho de poder recorrer treinta volúmenes en un cuarto de hora” (154).

Casi todos los extranjeros que llegaron a París por ese entonces, notaron, en efecto, “el extraordinario gusto de los parisinos, aun de condición muy modesta, por la lectura”, (155) afán que el periodismo, sin duda, había ayudado a fomentar desde la época de Renaudot. “Unos años antes de la Revolución existían alrededor de 20 periódicos en París, de los cuales unos cuantos eran literarios, como *Le Mercure de France*, y otros muchos científicos, económicos y técnicos, es decir en varias maneras, filosóficos”, y cabe afirmar que una “gran parte de la lucha política prerrevolucionaria se hizo por su conducto”. (156).

La revolución y la prensa

Cuando al fin estalló la Revolución, Francia vio cómo su periodismo también reflejaba las inquietudes, los odios de partido, las persecuciones acerbadas, y la tendencia al derramamiento de sangre.

Los periódicos se multiplicaron como nunca, y cada grupo, cada individuo que estaba en posibilidad de hacerlo, lanzaba el suyo.

“De mayo de 1789 a mayo de 1793, aparecieron... y desaparecieron cerca de mil periódicos con los títulos más inesperados: (157) *Journal des Paresseux*” (que daba todo en pocas palabras), *Évangile du Jour*”, “*Ami des Impartiaux, des Jacobins, des Hommes, du Quatorze Juillet, du Faubourg Saint —Antoine, Journal du Diable, des Bons et des Mauvais, Ami du Peuple*, de Marat, *Patriote français*, de Brissot, *Révolutions de France et de Brabant*”, de Camille Desmoulins, *Père Duchêne*, de Hébert, y *Tribune du Peuple* de Babeuf, para no citar más que a los principales.

En campo puesto se hallaba *La Gazette*, órgano de la Corte... ¡que no informó de la toma de la Bastilla! y *Les Actes des Apôtres*, animada por Rivarol.

De todos estos periódicos, algunos alcanzaron vida larga; otros fueron flor de un día.

En la lista de quienes escribían para la prensa estaban los nombres de muchos que en la vida política ejercían también influencia preponderante, como Mirabeau, Condorcet, Marat, Desmoulins, Linguet, Brissot, Chénier, Babeuf, Carra, Gorsas, Robespierre, Hébert, Mallet-du-Pan, y otros más.

Marat y sus colegas

La prensa dispersada así, muchas veces sin consistencia, sin nervio ni menos profundidad, fue objeto de graves anatemas por parte de uno de los más célebres, Marat, el editor del *Ami du Peuple*, el energúmeno que animó las matanzas de septiembre de 1792, y que escribió respecto a la pululación de los periódicos: “Es una cosa graciosa el oficio de periodista entre nosotros. Un sujeto cualquiera que haya rimado una ñoñez o suministrado un mal artículo en la *Gazette* no sabiendo qué hacer, tienta fortuna fundando un periódico. Con el cerebro vacío, sin ideas, sin visión, acude a algún café para recoger los rumores que corren; las inculpaciones de los enemigos públicos; las quejas de los patriotas; los lamentos de los infortunados; vuelve con la cabeza llena de todo ese fárrago que vuelca sobre el papel y al día siguiente lleva a la imprenta, para regalo de los tontos que cometen la imbecilidad de comprarlo. He aquí el retrato de diecinueve entre veinte de esos señores” (158).

Nadie, en la Francia revolucionaria, tuvo el acendrado influjo que ejerció Marat, ni nadie tampoco hizo de la prensa, como él, un alarido de lobo, y una incitación al crimen.

Marat era un enfermo mental, un paranoico peligroso, para quien no había alteza de miras, ni vida que no fuese digna de la calumnia, y apenas fue diferente, en su obra corrosiva, de Santiago Renato Hébert, el editor de *Père Duchêne*, cuya prosa plebeya e insultante, en medio del bullir de las pasiones, logró atraer a un público que consumía hasta 600,000 ejemplares de su periódico.

Frente al torbellino revolucionario, la prensa realista tuvo que refugiarse en la clandestinidad, o que desaparecer, mientras algunos de sus periodistas caían bajo la cuchilla de la guillotina, eran asesinados, o se veían sujetos a la persecución.

Los revolucionarios se consumieron muchas veces unos a otros; y si Marat cayó en su baño bajo el puñal de Carlota Corday, Hébert fue guillotinado tras un discurso de Saint-Just; y a Camilou Desmoullins se le envió también al cadalso, por órdenes de Robespierre, por haber parafraseado a Tácito, en sus siete ejemplares de *El Antiguo Franciscano*, que exhibían las lacras de la nueva clase revolucionaria.

La libertad de imprenta

De la práctica tolerancia que antes de la Revolución había, pese a las censuras oficiales y a las represiones que apenas se aplicaban, se pasó a la consagración sucesiva de la libertad de imprenta como uno de los derechos del hombre.

En tales términos, la Declaración de Derechos del Hombre y del Ciudadano, votada el 26 de agosto de 1789, "bajo los auspicios del Ser Supremo", consagró, en varios artículos, los conceptos que en torno a esta materia se sustentaban, como fue, así, el X, que decía: "Nadie debe ser molestado por sus opiniones, aun religiosas, con tal que su manifestación no trastorne el orden público establecido por la ley". Y el XI: "La libre comunicación de los pensamientos y de las opiniones es uno de los derechos más preciosos del hombre: todo ciudadano puede pues hablar, escribir o imprimir libremente, pero debe responder del abuso de esta libertad en los casos determinados por la ley" (159)

Dos años más tarde, la Constitución de 1791 consagró también como derecho natural y civil, "la libertad de todo hombre de hablar, de escribir, de imprimir y de publicar sus pensamientos, sin que sus escritos puedan ser sometidos a ninguna censura ni inspección antes de su publicación (160).

Esta oportunidad de libertad, consagrada ahora en la ley, fue la que permitió, no sólo el ejercicio legítimo del derecho de escribir, sino también el libertinaje que llegó, como en los casos citados antes, a los peores excesos, en los que sólo unos cuantos respondieron "del abuso de esta libertad"

Al amparo de la Constitución de 1791, y tras la muerte de Robespierre, nuevos periódicos comenzaron a aparecer, aunque no por mucho tiempo. "El Directorio, el 4 de septiembre de 1797, se enfrentó a los periodistas, y sin llegar hasta la condena a muerte de aquellos que lo habían atacado, los hizo deportar".

La actitud represiva que ejercían los revolucionarios en el poder contra quienes no compartían sus opiniones o sus actitudes, tenía pues, ejemplos muy llamativos, a los que se sumó la expresión —y el gesto— de Napoleón Bonaparte, que al día siguiente del 18 brumario declaró: "Si suelto las riendas a la prensa, no permaneceré tres meses en el poder" (161) . . . Y, consecuente con ello, el Consulado, bajo su mando, redujo a trece el número de los periódicos franceses, de los cuales sólo cuatro se editaron en

París: *Les Débats*, de los hermanos Bertin (donde apareció por primera vez un folletín (162); el *Bulletin de Paris*; el *Moniteur* y *La Gazette de France*; en tanto que sólo un diario fue autorizado para los departamentos.

En la penumbra quedaban, entre tanto, los periódicos que, al calor de las guerras de Italia y Egipto, habían servido como boletines de información, y que fueron entre otros, el *Courrier de l'Armée d'Italie*, el *Courrier d'Egypte*, y sus semejantes, que siguieron en sus desplazamientos a "las legiones en marcha a través de Europa".

La prensa y Napoleón

Napoleón, hijo de la Revolución, hizo salir a Francia del caos, tomó de aquélla lo mejor que tenía, e impuso, a su vez, una autocracia que respondía a su imperiosa voluntad.

Su grandeza no la derivó de su alcurnia, sino de sí mismo, de cuanto hizo y cuanto ambicionó: "Soy uno de esos hombres, exclamó alguna vez, que lo son todo por sí mismo y no son nada por sus abuelos" (163). Y bien, para él, que en algún momento soñó con reunir en su persona el poder de los Césares, y que aspiró a la unidad de Europa, era imposible que la prensa pudiese tener sentido fuera de su égida. Al igual que Julio César, quiso orientarla, y se interesó personalmente en ella. "Un soberano, afirmaba, siempre debe confiscar la publicidad a su provecho" (164). Y añadía: "Cuántas veces llegue una noticia desfavorable al gobierno, no debe ser publicada, hasta que se esté de tal modo seguro de la verdad que no tenga que ser dicha, por ser ya conocida de todo el mundo" (165).

Un secretario le leía, cada mañana, los extractos de los periódicos, y sobre el terreno indicaba lo que debía hacerse en cada caso. Afírmase, con este motivo, que en su correspondencia con el ministro de la Policía, Fouché, más de ciento cincuenta cartas estuvieron consagradas a esta materia.

Inquisitivo, represor, vigilante de modo continuo, Napoleón temió siempre la fuerza de la prensa, y no se mostró flexible con ella sino en el postrero Imperio de los Cien Días.

El ejemplo de Francia, en el que la prensa había desempeñado tan sustancial función para difundir ideas, fue seguido por otros pueblos de Europa y de América. La política fue la tónica, y los periódicos no hicieron sino reflejar las vivencias de su momento, como órganos de expresión pública.

Es cierto, desde luego, que en los países de mayor estabilidad política, de mayor equilibrio público, como Inglaterra y Estados Unidos, desde fines del siglo XVIII y en la primera mitad del siglo XIX, la prensa repartió sus inquietudes entre la información propiamente dicha y el comentario político; pero en los otros, allí donde bullían los grandes desasosiegos del momento, allí donde las autocracias —bajo la sombra protectora de la Santa Alianza, con la mano fuerte del canciller de Austria, el príncipe de Metternich— trataban de reprimir el revolucionarismo, la prensa era más bien instrumento de lucha, órgano de combate, y vehículo para atacar o defender posiciones.

Y la suerte de cada periódico sufrió, en carne propia, los avatares de tal situación.

La prensa en España al final del antiguo régimen

El caso de España, fue típico en este sentido.

En efecto, el periodismo apenas tuvo importancia en las edades previas, en este país. Como dice Weise, "prescindiendo de las *Relaciones*, de la época de los Austrias, y de las *Actas* de las tertulias literarias, puede señalarse, como primera publicación periódica, la titulada *Correos de Francia, Flandes y Alemania*, editada por Andrés de Almansa a partir del 13 de abril de 1621, conteniendo únicamente noticias del extranjero; lo mismo que la *Gazeta* que empezó a publicarse en Barcelona en el año de 1641, con noticias de Nápoles y Roma. La *Gaceta de Madrid* se editó desde fines de 1660 y experimentó repetidas interrupciones y modificaciones en el título, hasta adoptar definitivamente el que viene llevando desde 1821" (166). Dicha *Gaceta*, al decir de Pfandl, que prometía "informar a sus lectores acerca de los acontecimientos de más trascendencia, militares o políticos, que ocurriesen en los distintos países del mundo", era "realmente una fusión de las tradicionales *Relaciones* españolas y de las *Gacetas* informativas de los países del norte" (167).

Todo eso no impedía que hubiese también como cosa corriente, "pliegos sueltos" que lo mismo contenían romances, villancicos, reglas de conducta, oraciones, "receptas", remedios caseros, que "acontecimientos novelescos" de variada índole. Eran folletos que se distribuían mucho, y su valor folklórico es muy apreciable.

El estilo de vida política que en España hubo bajo los Austrias y más especialmente bajo los Borbones, así como el ejercicio vigilante que de sus funciones hacía la Inquisición Española, pesará sin duda en la ausencia de un periodismo de tipo polémico.

No fue, pues, sino hasta la era napoleónica, con todo su caudal de vibraciones sociales, cuando el periodismo hispano comenzó a proliferar y a trascender.

Conmoción en España

Así ocurrió que, con la irrupción de las legiones napoleónicas a la península Ibérica, la estructura general sufriese un impacto severo. Hubo, claro, la resistencia violenta al invasor; pero hubo también la infiltración de ideas; la difusión de la francmasonería; el agrupamiento de los "afrancesados" que se desvían por imitar las instituciones revolucionarias ultrapirenaicas; y hubo, en fin, la lucha por establecer un régimen constitucional... Nada extraño es, por tanto, que al filo de estos acontecimientos, se discutiese, y se hiciese objeto de controversia el tema de la libertad de imprenta, o la aparición de publicaciones con ánimos de proselitismo político. La Junta Central establecida en Aranjuez el 25 de septiembre de 1808, como expresión de resistencia a los invasores franceses, se avocó a las realidades de su hora, y actuó según lo creyó más adecuado a sus fines. Entre

éstos, le pareció indispensable dictar un reglamento de juntas provinciales, uno de cuyos artículos, el 10, hizo referencia al libre uso de la imprenta, vedándolo, en razón de las confusiones desatadas, cuando el periodismo político había ya alzado cabeza con la publicación de *El Semanario Patriótico* que en aquel mismo año comenzó a redactar el poeta D. Manuel José Quintana, con la colaboración de Tapia, Rebollo y Alvarez Guerra, Interrumpida su circulación, apareció más tarde en Sevilla, bajo la guía de D. Isidoro Antillón y Blanco White, con proliferación de ideas reformistas, bien que con un lenguaje áspero que le valió una reprimenda de la Junta Central

Por ese entonces, el canónigo D. José Isidoro Morales publicó una *Memoria* para defender la libertad de imprenta, que mereció ser tenida en cuenta por las futuras Cortes de Cádiz. De hecho, sin embargo, como afirma Menéndez Pelayo, la libertad ya existía, y sobre el antecedente de *El Semanario Patriótico*, y con sus mismas tendencias, siguieron sus pasos *El Espectador Sevillano* y *El Voto de la Nación* (168).

Al establecerse, al fin, las Cortes generales y extraordinarias el 24 de septiembre de 1810, primero en la Isla de León, y después en la ciudad de Cádiz, uno de los primeros temas que quisieron dilucidar fue, justamente, el de la libertad de imprenta.

La cuestión fue provocada por el diputado asturiano D. Agustín Argüelles, le apoyó D. Evaristo Pérez de Castro. Se nombró al efecto una comisión que propusiera los términos del decreto, y el 14 de octubre presentó ésta su informe, que defendió Argüelles, ponderando los beneficios de la imprenta libre "y la prosperidad que le debía Inglaterra, al revés de España, obscurecida por la ignorancia y encadenada por el despotismo", (169) según dijo. Sucediéronse varios oradores con puntos de vista contrapuestos, y finalmente, "el 19 de octubre se aprobó el primer artículo" y se concluyó la discusión y la votación el 5 de noviembre. A resultas de ello quedó como norma positiva una "omnímoda libertad de escribir e imprimir en materias políticas", junto con la creación de un Tribunal o Junta Suprema que conocería de los delitos de imprenta.

La Constitución de Cádiz

La Constitución de Cádiz, de 18 de marzo de 1812, contuvo por su parte, varias disposiciones que hicieron referencia a la misma materia, como fueron, por ejemplo: la facultad vigésima cuarta del artículo 131, que al hablar de las atribuciones de las Cortes, señaló como propia de éstas la de "proteger la libertad política de la imprenta"; y el artículo 371, que prescribió: "Todos los españoles tienen libertad de escribir, imprimir y publicar sus ideas políticas, sin necesidad de licencia, revisión o aprobación alguna anterior a la publicación, bajo las restricciones y responsabilidad que establezcan las leyes" (170).

Con aquella fundamentación jurídica que dio pie para que en España y en Iberoamérica proliferasen las publicaciones políticas, tuvieron éstas variada fortuna.

Así aparecieron y continuaron, en España, *El Telégrafo Americano*, *El Revisor Político*, el *Diario Mercantil*, *El Robespierre Español* (que, al

decir de Menéndez Pelayo era un "papel jacobino redactado por una mujer"), el *Diario de la Tarde*, *El Duende de los Cafés*, *El Amigo de las Leyes*, *El Redactor General*, *La Abeja Española*, *El Tribuno Español* —cuyo primer número proclamó que "ninguna víctima hay más grata a Dios que la del tirano"—, y otros, todos ellos de tendencia liberal, a los cuales se enfrentaban, esgrimiendo las razones del absolutismo, *El Procurador General de la Nación y del Rey*, *El Centinela de la Patria*, *El Censor General*, *El Observador*, *La Gaceta del Comercio* y muchos otros más.

Entre los más acerbos por su doctrina volteriana y jacobina apenas disimulada, uno logró particular éxito, *El Conciso*, con un suplemento llamado *El Concisin*, bajo la dirección de D. G. Origando, y con la asistencia de D. Francisco Sánchez Barbero y el clérigo López Ramaño, con el lema singular de buscar el "exterminio de las reocupaciones, del fanatismo y del error", y con el no menos insistente propósito de "depurar la religión".

Algunos de esos periódicos traspusieron el mar, y fueron leídos ávidamente en América, Lo singular, y significativo, fue que por encima y al margen de la proclamación de la libertad de imprenta, las mismas Cortes dieron pie al quebrando de este principio. Ocurrió así que, por ejemplo, "el mismo día en que se presentó el proyecto de libertad de imprenta, acordaron las Cortes tomar medidas eficaces para que no se hablase mal de ellas" (171); y poco después, las Cortes multaron a un redactor, D. Justo Pastor Pérez, de *La Gaceta del Comercio*, por haber acusado éste a *El Conciso* de atacar solapadamente a la religión.

Y desenvueltos de este modo los hechos, aunque la ley no autorizaba ni permitía los ataques a la religión, un periódico, *La Triple Alianza*, del americano D. Manuel Alzáibar, negó públicamente el principio de la inmortalidad del alma, y aunque alzó escándalo y hubo contraversias y acusaciones, nada se hizo por parte de las autoridades al respecto.

La prensa en la independencia hispanoamericana

La corriente, vertida hacia América, en lo tocante a publicaciones de aliento político, halló cauce amplio al amparo de las prescripciones de la Constitución de Cádiz, de suerte que en diversos sitios de la América Española cobraron vigor los periódicos en que se debatían —con más o menos claridad, o con disimulo, según los casos— lo mismo el tema central de la independencia de las colonias, que, en segundo plano, las cuestiones vivas de los derechos políticos y de la forma de gobierno. El Padre Henríquez, considerado como el fundador del periodismo en su patria, en el diario *La Aurora de Chile* (172) glosaba la situación dominante en los números publicados en febrero y noviembre de 1812, con no escasa influencia del pensamiento de Rousseau. Y la tendencia seguía cursos semejantes en otras partes. En la Nueva España, mientras el ya citado *Diario de México*, publicado por D. Javier de Villaurrutia y D. Carlos Ma. de Bustamante, acogía las ideas de autonomía, sorteando peligros por el hecho de editarse en plena capital del virreinato, a su vez, la "Gaceta de México", órgano del gobierno, defendía las tesis peninsulares.

Periódicos de combate, de ideas, de propaganda a favor de la independencia, resultaron ser, bajo este prisma, *El Despertador Americano*,

editado por Hidalgo en Guadalajara en 1811, bajo la dirección de don Francisco Severo Maldonado —que cambió pronto de criterio y editó, pocas semanas después, *El Telégrafo de Guadalajara*, de sabor realista—; los periódicos que con ingeniosa habilidad hizo, con tipos de madera, el doctor José María Cos, en Zitácuaro, *El Ilustrador Nacional* y *El Ilustrador Americano*; o *El Correo Americano del Sur*, editado por Morelos en la ciudad de Oaxaca, y cuyas existencias duraron sólo el breve tiempo que sus protectores pudieron concederles. Fue en ese entonces también cuando se promulgó la Constitución de Apatzingán, en 1814, por los insurgentes dirigidos por el citado Morelos, que en su artículo 40 prescribía que “la libertad de hablar, de discurrir y de manifestar sus opiniones por medio de la imprenta, no debe prohibirse a ningún ciudadano, a menos que en sus producciones ataque el dogma, turbe la tranquilidad pública u ofenda el honor de los ciudadanos”. (173).

Ya circulaban, desde 1811, entre otros periódicos de la capital, *El Mentor Mexicano*, *El Fénix*, *El Ateneo*, el *Semanario Político*, de don Andrés Quintana Roo; y otros de clara influencia oficialista, como fueron, el *Centinela contra los Seductores* y *El Español* (174) Contemporáneos suyos fueron: el *Verdadero Ilustrador Americano*, del eclesiástico y bibliófilo. D. José Ma. Beristáin y Souza, de ideas realistas, y opuesto al de Cos; el *Semanario Patriótico Americano*, insurgente, editado en Sultepec por Quintana Roo; *El Despertador de Michoacán*; *El Pensador Mexicano*, de Fernández de Lizardi, del cual tomó este su pseudónimo; *El Misceláneo*, primer periódico editado en Mérida de Yucatán, que sostenía corresponsales en Tabasco y Veracruz; *El Aristarco Universal* y *El Redactor Meridano*, de don Lorenzo de Zavala, así como otros cuya circulación y alcances eran poco dilatados. Cuando el movimiento trigarante se puso en marcha, en 1821, apareció en Querétaro, asimismo, el *Ejército Mexicano de las Tres Garantías*, cuya finalidad proselitista era manifiesta, lo mismo que *El Mexicano Independiente*, editado en Iguala con material llevado de la ciudad de Puebla (175).

La prensa sudamericana y la Independencia

El espíritu del fragor guerrero, o de la afirmación de las doctrinas, fue común al periodismo de las restantes latitudes iberoamericanas. Un ejemplo de ello fue, con un tono acentuadamente polígrafo, el *Correo del Comercio*, que Manuel Belgrano hizo publicar desde el 3 de marzo de 1810, y en cuyas planas aparecieron datos geográficos, consejos a los campesinos, y colaboraciones de Vicente López, el autor de la letra del himno argentino. (176). Esta publicación es considerada como el antecedente lógico de la *Gaceta* de Mariano Moreno, de junio de 1810, en donde las directrices de Rousseau aparecen inocultablemente. “El primer número de la *Gaceta*, apareció el jueves 7 de junio de 1810 y constaba de 12 páginas. El último salió a la luz el miércoles 12 de septiembre de 1821: había vivido once años. Durante su, para aquellos tiempos, prolongada vida, la *Gazeta* cambió de nombre muchas veces: *Gazeta Ministerial del Gobierno de Buenos Ayres*; *Gazeta del Gobierno*; *Gazeta de Buenos Ayres* y, por último, *Gaceta de Buenos Aires*, con el cual se extinguió” (177).

Colaboraron en esta célebre publicación, Bernardo Monteagudo, el

Deán Funes, Pedro José Agrelo y el ya mencionado Padre Camilo Henríquez.

No fue ajeno a estos menesteres de la brega periodística uno de los primeros difusores de los Derechos del Hombre, el neogranadino Antonio Nariño calificado de "el Precursor" (178), quien en fuerza de persecuciones corrió mundo, y al llegar a Santa Fe de Bogotá, entre 1810 y 1811, se dio a una campaña periodística en *La Bagatela*, por medio de la cual combatió los males políticos que él veía, y a resultas de la cual fue encumbrado, posteriormente, a Presidente de la Federación Neogranadina, bajo la presión del pueblo. Desde 1806, poco antes, Manuel del Socorro Rodríguez publicó *El Redactor Americano*, en el que, a la vuelta de sus primeras inclinaciones por el realismo, acabó acogiendo las ideas de emancipación corrientes en sus días. Se le encargó más tarde, a instancias de la Junta Suprema, la publicación del periódico *La Constitución Feliz*, pero su falta de ímpetu revolucionario le impidió seguir en el cargo, en donde fue sustituido por Caldas y Camacho, que editaron el *Diario Político de Santa Fe en Bogotá*, Caldas tenía consigo una experiencia periodística que había surgido con la impresión del *Semanario del Nuevo Reino de Granada*, que pudo editar desde 1808 hasta 1811.

En la orientación de los periódicos de la época, se recogieron los propósitos que el *Diario* citado expuso, y que no eran otros que: difundir las luces, instruir a los pueblos, señalar los peligros que los amenazan y el camino para evitarlos, fijar la opinión, reunir las voluntades", a fin de que se pudiesen "afianzar la libertad y la independencia" (179).

Al amparo de la Constitución de Cádiz, la libertad de imprenta dio alas a las publicaciones de la más diversa especie, y así ocurrió que en Cuba aparecieron, contemporáneamente a ella, más de doscientas publicaciones, por más que no alcanzaron rango notable sino unas cuantas, como *El Esquife*, *El Diario Cívico*, *El Censor Universal*, *El Reparón* y *El Patriota Americano*. Otros periódicos surgieron, pero sus tendencias eran menos acentuadas en lo político, y más dadas a lo noticioso e informativo.

Venezuela y Colombia

En Caracas, hubo imprenta quizá desde 1764, (180) la primera imprenta grande de importancia fue llevada por el precursor de la independencia, D. Francisco de Miranda, como instrumento para difundir sus ideas, pero el fracaso del célebre personaje impidió que aquélla pudiese ser utilizada de inmediato, aunque tiempo más tarde la adquirieron unos ingleses, Mateo Gallagher y Jaime Lamb, que la llevaron a Venezuela, y en ella, tras haberse convencido a las autoridades españolas de que se permitiese su establecimiento, se editó a partir del 24 de octubre de 1808, la *Gazeta de Caracas*, hasta concluir su vida en 1813. Otros periódicos venezolanos, contemporáneos suyos, fueron: *El Publicista*, de sabor realista, y *El Mercurio Venezolano*. En aquel apareció publicada la Declaración de Independencia del país, suscrita el 15 de junio de 1811.

En las tierras vecinas de Colombia, la política, transfundida en el periodismo, dejó su huella en *El Argos Americano*, en Cartagena, bajo la dirección de José Fernández Madrid, y el *Aviso al Público*, del Padre Pa-

dilla, de Bogotá, ambos aparecidos en 1819, y en cuyas páginas se disputaban las formas de gobierno, y las conveniencias de que se acogiesen tales o cuales directrices públicas. No eran, en esto, distintas de tantos otros, que optaban por la polémica como sustancia primera, y relegaban lo noticioso —muchas veces meramente localistas— a segundo y aun a tercer plano en sus atenciones. Lo mismo puede decirse, sin mayores enmiendas, de la *Gazeta de Cartagena de Indias*, del *Boletín de Tunja*, de la *Gazeta Ministerial del gobierno local de Antioquia*, *La Aurora* de Medellín, y otros más. Punto más destacado tuvieron, en cambio, la *Gazeta Ministerial de Cundinamarca*, publicada por Nariño a partir de 1811, y *El Observador Colombiano*, de Pedro Gual; y en sitio aparte y en pugna, el *Boletín del Ejército Expedicionario* que el general español Morillo llevó consigo, al desembarcar con las tropas peninsulares, así como una *Gazeta* que buscó contrarrestar los efectos de la propaganda insurgente.

La obra del Padre Henríquez, iniciador del periodismo en Chile, se significó a favor de la autonomía política con su notable publicación ya citada, *La Aurora de Chile*, secundado en ello por Juan Egaña, en 1812, aunque más tarde, por los cambios de las circunstancias políticas y militares, Henríquez se vio obligado a vivir en la Argentina, bien que no por ello perdió la afición, de suerte que en un plazo de cerca de 12 años, publicó, entre Santiago y Buenos Aires, cerca de diez periódicos de importancia. *La Gaceta del Rey*, editada en la principal ciudad chilena, fue el punto opuesto de *La Aurora*, pudiendo mencionarse a *El Monitor Araucano* como otro testimonio de la actividad periodística chilena, hartamente menor, en estos capítulos, de lo que hubo en otras partes, ya que incluso por varios años, y en plena guerra, no se publicó periódico alguno.

Durante el conflicto de independencia, y por mandato de Bolívar, el 27 de junio de 1818, se editó en la selva de la Guayana, "uno de los primeros periódicos publicados en Venezuela, el *Correo de Orinoco*; en Angostura, del cual se encargó Francisco Antonio Zea, y su objeto principal era refutar las afirmaciones que contra Bolívar y los suyos aparecían en la *Gaceta de Caracas*, bajo la dirección de José Domingo Díaz (181). El *Correo de Orinoco* se siguió editando hasta el 4 de agosto de 1821.

El caso cubano

La libertad de imprenta concedida por la Constitución de Cádiz, restablecida en 1820, tras la revuelta de Riego, permitió que en Cuba floreciese también el periodismo polémico, ya en manos cubanas propiamente dichas, ya en manos de iberoamericanos residentes en la isla, como ocurrió, por ejemplo, con *El Argos* que editaron en La Habana el ecuatoriano Vicente Rocafuerte, el colombiano José Fernández Madrid y el argentino José Antonio Miralla. Dicho periódico comenzó a publicarse el 5 de julio de 1820 y semanalmente se editó, con muy contadas excepciones, hasta casi un año después. Tesis políticas, estudios de sistemas gubernativos y proclamas, ocuparon en buena parte las páginas de esta publicación que no era ajena a las inquietudes proyectadas aún por el revolucionarismo francés. y con un lenguaje no pocas veces exaltado, que contrastaba con el de mayor moderación que exhibían, por su parte, los redactores de *El Observador Habanero*, aparecido casi en coincidencia con el anterior, el 15 de ju-

nio de 1820. En *El Observador* se estudiaban y debatían temas políticos, pero también se enjuiciaban hechos que tocaban a la vida comunitaria, en sus aspectos de servicio públicos, y temas de carácter económico.

Fue contemporáneo de ellos *El Indicador Constitucional*, cuya vida se prolongó hasta 1823, cuando la Constitución española fue abrogada y retornó el absolutismo para todo el Imperio Español. Liberal, volcada su atención también hacia la política, no desdeñaba lo noticioso, aunque, como era común a muchas otras publicaciones, lo informativo se ceñía generalmente a los grandes hechos políticos que entonces emergían a la consideración universal; tenía producciones literarias y datos que le llegaban de México y de otros puntos de Iberoamérica.

BIBLIOGRAFIA

- 144 WEISE: Op. cit. Pág. 89.
- 145 HIPÓLITO TAINE: *Los Orígenes de la Francia Contemporánea*. Editorial Mayo. Buenos Aires. 1944. Pág. 243.
- 146 Ibid. Pág. 243.
- 147 Ibid. Pág. 243.
- 148 Ibid. Pág. 247.
- 149 PIERRE GAXOTTE: *La Révolution française*. Americ-Edit. A. Rayard & Cie. Paris. 1938. Tomo primero. Pág. 85.
- 150 Ibid. Pág. 85.
- 151 Ibid. Pág. 85.
- 152 GABRIEL-ROBINET. Op. cit. Pág. 16.
- 153 R. G. ESCARPIT: *Historia de la Literatura Francesa*. Breviarios del Fondo de Cultura Económica. México-Buenos Aires. 1948. Pág. 76.
- 154 CARLOS DE SECONDAT MARQUES DE MONTESQUIEU: *Cartas Persas*. Editorial Siglo Veinte. Buenos Aires. 1944. Pág. 178.
- 155 ESCARPIT: Op. cit. Pág. 76.
- 156 Ibid. Pág. 76.
- 157 GABRIEL-ROBINET: Op. cit. Pág. 17.
- 158 ALTABELLA: Op. cit. Pág. 582.
- 159 MALET: Op. cit. Pág. 13.
- 160 ÉMILE CHENON: *El Papel Social de la Inglesia*. Editorial Jus. México. 1946. Pág. 226.
- 161 GABRIEL-ROBINET: Op. cit. Pág. 19.
- 162 Ibid. Pág. 18.
- 163 DIMITRI MEREJKOVSKY: *Vida de Napoleón*. Colección Austral. Espasa-Calpe Argentina, S. A. Buenos Aires-México. 1944. Quinta edición. Pág. 11.
- 164 GABRIEL-ROBINET: Op. cit. Pág. 18.
- 165 Ibid. Pág. 18.
- 166 WEISE: Op. cit. Pág. 91.
- 167 LUDWIG PFANDL: *Introducción al Estudio del Siglo de Oro. Cultura y Costumbres del Pueblo Español de los Siglos XVI y XVII*. Editorial Araluce. Barcelona. 1942. Segunda edición. Pág. 202.
- 168 MARCELINO MENÉNDEZ PELAYO: *Historia de los Heterodoxos Españoles*. Biblioteca de Autores Cristianos. Madrid. MCMLVI. Tomo II, Pág. 798.
- 169 IBID. Tomo II. Pág. 801.
- 170 FELIPE TENA RAMÍREZ: *Leyes Fundamentales de México*. Editorial Porrúa. México. 1957. Págs. 76 y 102.
- 171 MENÉNDEZ PELAYO: Op. cit. Tomo II, Pág. 801.

- 172 MARIUS ANDRÉ: *El Fin del Imperio Español en América*. Cultura Española. Barcelona. 1939. Pág. 71.
- 173 TENA: Op. cit. Pág. 35.
- 174 MIGUEL VELASCO VALDÉS: *Historia del Periodismo Mexicano*. Librería de Manuel Porrúa, S. A. México. 1955. Pág. 29.
- 175 Ibid. Págs. 29 y sgts.
- 176 FERNÁNDEZ DE CASTRO Y HENESTROSA: Op. cit. Pág. 317.
- 177 Ibid. Pág. 317.
- 178 PEREYRA: Op. cit. Pág. 525.
- 179 FERNÁNDEZ DE CASTRO Y HENESTROSA: Op. cit. Pág. 324.
- 180 JULIO FEBRES CORDERO G.: *Tres Siglos de Imprenta y Cultura Venezolanas*. Universidad Central de Venezuela. Facultad de Humanidades y de Educación. Instituto Venezolano de Investigaciones de Prensa, Caracas. 1959. Pág. 203.
- 181 FERNÁNDEZ DE CASTRO Y HENESTROSA: Op. cit. Pág. 333.

Capítulo V

EL PERIODISMO DE OPINION

“Si es realmente cierto que la literatura refleja las costumbres de una época, esta verdad es especialmente aplicable al periodismo”.

Hutin.

Las polémicas políticas tras la emancipación mexicana

La consumación de la independencia en las colonias españolas tuvo su influjo en las corrientes periodísticas. Dejaron de existir, prácticamente los órganos cuya misión era la de defender la causa del Rey, salvo en Cuba y Puerto Rico —únicas dependencias españolas que continuaron siéndolo hasta fines del siglo XIX—, y la actividad periodística se orientó hacia el planteamiento de los nuevos problemas que inevitablemente salieron a luz al alcanzarse la emancipación política: monarquía o república, ¿república federal o unitaria? ¿masonería escocesa o yorquina? ¿liberalismo o conservatismo? ¿apoyo al gobierno establecido o revolución? Cada una de estas expresiones políticas tuvo su representante periodístico, a todo lo largo y ancho de las tierras iberoamericanas, desde México hasta la Argentina.

El *Diario Liberal*, editado en México desde abril de 1823, reflejaba la vida del Congreso, mientras la *Gaceta Imparcial de México* y luego *El Aguila Mexicana*, eran los conductos por los cuales daba cuenta de sí el Gobierno Imperial y la corriente iturbidista, en contraste con *El Sol*, editado por el masón español, radicado en México, Manuel Codorniu, que acaso tenía el apoyo de la logia que llevaba el mismo nombre que el periódico. Caído el Imperio, la dura pugna trabada entre centralistas y federalistas hizo que se desbocase una prensa múltiple y de toda catadura, que seguía a unos o a otros, y que multiplicaba las labores de las imprentas, como quiera que sólo en la ciudad de México había 68 periódicos y 45 en los Estados, hasta 1835.

El Observador de la República Mexicana, en 1827, era expresión viva de la masonería escocesa, en contraposición a *El Amigo del Pueblo*, alentado por los yorquinos.

A veces, junto a este periodismo político, de combate, que era el domi-

nante, hacían su aparición publicaciones de menor rigor polémico, como ocurrió con *El Iris*, publicado en México en 1826 por el cubano José María de Heredia, en unión de los italianos Claudio Linati y Florencio Galli, con "notables trabajos, históricos y literarios" (182). Periódicos de literatura soez, como *El Toro* o como *El Cardillo*, circulaban con cierta profusión, mientras los temas políticos se exhibían en todos los tonos posibles, sin que la libertad de imprenta fuese entendida, por muchos, sino como un libertinaje que no tenía freno ni reconocía límites: "Las imprentas —dice un autor tan insospechable en esta materia como es don Lorenzo de Zavala, cuya ecuanimidad no era su rasgo más distintivo— vomitaban calumnias, injurias, apóstrofes indecentes. Ni la vida privada, ni las flaquezas domésticas, ni los miramientos debidos al bello sexo, ni el respeto que exige benevolencia pública, nada se respetaba en los periódicos y papeles sueltos de la época" (183).

Nada de lo que ocurría, empero, en los planos de la vida pública, con cierto rango, de importancia, era ajeno a la prensa, y el fluir de los hechos dejaba en ella su testimonio inequívoco. Así, la pugna de los federalistas contra el gobierno de Bustamante, en su primer período, halló cauce adecuado en la publicación que alentaba el ecuatoriano Vicente Rocafuerte, asistido por Andrés Quintana Roo, Mariano Palacio, Manuel Crescencio Rejón y Juan Rodríguez Puebla, llamada *El Fénix*, publicación bimensual de paginación variable, en lucha clara contra *El Registro Oficial*, que tenía el aliento del gobierno, y en especial del ministro Alamán.

Los años en que medió el siglo pasado, permitieron, junto a manifestaciones de periodismo literario, al modo del *Semanario de las señoritas mexicanas*, *El mosaico mexicano*, y otras, un ligero paso adelante en la presentación tipográfica de cierto periodismo, según ocurrió con *El Siglo XIX*, que con variada fortuna prolongó su existencia hasta la época del emperador Maximiliano —y que tuvo en don Ignacio Cumplido a su iniciador ilustre— y con *El Monitor Republicano*, que cerró sus ediciones en los años primeros del gobierno porfirista. Por ese entonces, por los años cuarentas, se editó *El Tiempo*, de ideas monarquistas (184), en el que escribían Alamán, Sánchez de Tagle y otros. Sostuvo una propaganda favorable a su causa, violentamente combatida por el federalista *Don Simplicio*, en el que aparecían las firmas de los liberales Ignacio Ramírez, Guillermo Prieto y Manuel Payno. La polémica se encendió de nuevo, al insistir *El Universal*, desde fines de 1848, en la conveniencia de que se estableciese una monarquía en México, con un príncipe de la Casa de Borbón, en lo cual fue contradicho por *El Siglo XIX*.

La Constitución de 1857, poco más tarde, consagró la libertad de imprenta en su artículo 70 (185).

La prensa mexicana en la segunda mitad del siglo XIX

La Guerra de Tres Años y el Segundo Imperio marcaron a su vez un compás de espera apenas cubierto por publicaciones efímeras; aunque posteriormente, vuelta la República, el periodismo encontró sus dos expresiones entonces típicas, la política y la literatura, con la reaparición de *El Monitor Republicano*, *La Revista Universal*, *El Correo de México*, *El*

Sufragio Libre, y *La Iberia*, o los primeros intentos de periodismo socialista en el país, con *El Socialista*, aparecido en 1871, entre cuyos colaboradores apareció curiosamente Guillermo Prieto, y que duró hasta 1888; *La Comuna*, que se extendió de 1874 a 1875 y *La Huelga de 1875*; y sobre todo *El Hijo del Trabajo*, editado por José Ma. González, de 1876 a 1884.

Con la importación en 1871, de la primera máquina tipográfica, el periodismo alcanzó nuevas formas, y aparecieron, así, *El Federalista* —con Justo Sierra (186) y Manuel Gutiérrez Nájera—, *La Libertad y La Tribuna*, con Ignacio Manuel Altamirano, con lo cual quedó así abierta la posibilidad de más amplios campos de acción para el periodismo, aunque políticamente se resentía éste de la sombra que la dictadura porfirista proyectaba; más desde el punto de vista técnico y de la mayor profesionalidad de la tarea, es indudable que hubo avance, como lo prueban las apariciones de periódicos que bien distantes estaban de aquellos que, varios decenios antes, había apostrofado Zavala; periódicos como *La Prensa*, dirigido por José Ma. Vigil y con la jefatura de redacción de Juan de Dios Peza; *El Diario del Hogar*, de Filomeno Mata, que tanto se distinguió en su lucha contra el régimen dominante; *El Partido Liberal*, de José Vicente Villada; *El Mundo* —primer periódico vespertino—, sustituido por *El Herald*; *El País*, del batallador polemista católico Trinidad Sánchez Santos (187); pero sobre todo desde el punto de vista de su mejoramiento técnico, de su habilidad periodística, de la importancia dada al reportaje, y de sus excelentes servicios informativos, el más notable fue *El Imparcial*, editado con apoyo porfirista por D. Rafael Reyes Spíndola, en 1896, con un éxito que no habían conocido hasta antes los periódicos mexicanos.

Los últimos años del siglo XIX y los primeros del actual, señalan, al lado de eso, una cierta exacerbación en la tarea opositora al régimen del general Díaz o los afanes de renovación social, con testimonios de que fueron ejemplo lo mismo *El Hijo del Ahuizote*, satírico, que los periódicos católicos *Restauración* y *La Democracia Cristiana*, o el liberal anarquista *Regeneración*, de los hermanos Flores Magón, con la circunstancia de que estos últimos repetidamente tuvieron que recurrir, como otros periodistas, al clandestinaje, poco antes de que estallase la eclosión revolucionaria. El porfirismo se mostró hostil a la prensa independiente, y a la venal la subvencionó para tenerla de su parte (188).

La prensa de opinión en Hispanoamérica.

Durante casi todo el siglo XIX, Hispanoamérica contó con una prensa de combate, de afanes polémicos, de opinión. Es cierto que hubo excepciones, y que ya comenzaron a circular, con variada fortuna, publicaciones de tipo informativo, o de carácter literario, o de modas, pero lo común fue el sentido político y social del periodismo, al que no desdeñaban llegar incluso algunas de las figuras de mayor relieve político; y aun es posible distinguir, en esta situación, y en plano paralelo, la lucha entre determinada prensa, de carácter independiente, contra no pocas dictaduras, y en veces, la presencia de periódicos sostenidos por éstas, para acallar o refutar a sus opositores.

El caso de Cuba

Este juicio genérico tuvo, en el caso de Cuba y Puerto Rico, matices

especiales, porque en ambas islas, sujetas a España hasta 1898, la vida periodística se vio continuamente afectada por los propósitos de independencia, y por la represión que las autoridades coloniales ejercieron para nulificar las veces de quienes demandaban la separación política. Así, desaparecida la libertad de imprenta a resultas de la abrogación de la Constitución de Cádiz, en 1823, los órganos publicitarios de Cuba —como el *Diario de La Habana*, *El Puntero Literario*, *La Moda*, *La Revista Bimestral Cubana*, *La Aurora de Matanzas* o *El Noticioso y Lucero*, y otros—dijeron lo suyo pero con sordina, u optaron por el campo de las letras, en tanto que desde fuera de la isla, periódicos como *El Habanero*, del sacerdote Félix Varela, o *El Mensajero Semanal*, del mismo Varela y José Antonio Saco, *La Verdad*, y más tarde *Patria* —en donde escribió destacadamente José Martí lo mejor de su producción periodística (189)— y algunas más, sostuvieron el fuego de la exaltación patriótica desde suelo norteamericano. Varias publicaciones, como *El Triunfo*, *El Trunco*, *El País* o *La Lucha*, recogieron los anhelos de emancipación en plena Cuba, y resintieron más de un acto persecutorio, mientras en la trinchera opuesta, el *Diario de la Marina* y *La Prensa*, defendían el punto de vista oficial.

La situación en Sudamérica

Y así como en Cuba se usó de la prensa para alcanzar objetivos políticos, en otras latitudes de la América continental sucedió otro tanto. Simón Bolívar, el libertador por antonomasia de gran parte de Sudamérica, no fue una excepción. Dispuso la creación de la *Gazeta de Santa Fe de Bogotá*, en 1819, que sustituyó su nombre, poco más tarde, por el de "Correo de la Ciudad de Bogotá, cuya vida se extendió hasta 1823; y él mismo no sólo auspició la acción de la prensa, sino que contribuyó a redactar ese periódico. Nariño y Santander usaron también de la prensa, una vez independiente Colombia, y sus mutuas invectivas llegaron a planos bastante extremados, de suerte que voces moderadas, como las de Pedro Acevedo o de Leandro Miranda, apenas se dejaban escuchar. Posteriormente surgió *El Tiempo*, en 1855, con aliento liberal, que prolongó su actuación hasta 1872, teniendo entre sus colaboradores a José Ma. Samper, Camacho Roldán y Manuel Pombo. Al lado suyo estaban otros periódicos liberales, como *El Federalista*, *El Liberal* y *El Mensajero*, y en campo opuesto, los conservadores *La Opinión*, *La Voz del Catolicismo* y *El Conservador*. El periodismo colombiano como profesión y técnica mejoró sensiblemente, en la segunda mitad del siglo, y de ello fue ejemplo *La Nación*, de Bogotá, que comenzó a publicarse en 1886, y *El Correo Nacional*.

En la vecina Venezuela, sujeta a tantas convulsiones y dictaduras, arraigó *La Opinión Nacional*, editado por la familia Aldrey, en Caracas, a partir de 1880.

En la Argentina, Bernardo Rivadavia propició la publicación del famoso órgano de expresión *La Crónica*; y su compatriota Domingo Faustino Sarmiento no olvidó usar de la prensa, antes y después de su acceso al poder, en defensa de sus ideales (190). Contemporáneos o casi contemporáneos suyos fueron: *El Americano*, de Pedro Feliciano Cavia y Santiago Vázquez; *El Zonda*, y *El Argos*, favorables a las ideas republicanas y liberales. En *El Zonda* escribían Alberdi, Gutiérrez, Sarmiento, Viola y otros argentinos,

cuyos artículos inquietaron al dictador Juan Manuel Ortiz de Rosas; éste, por su parte, tras acabar con la prensa que le era hostil, una vez llegada a su plenitud la autocracia que instauró, erigió la suya, en suelo nativo y aun fuera de él, para defensa de su acción y de sus intereses. Tales fueron, en ese caso: *El Defensor de la Independencia Americana, O Americano*, el *Courrier du Havre*, la *Presse* y la *Gaceta Mercantil*. Al fin, caído Rosas, la nueva era vio la difusión del mejor periódico que en ese país se publicaba entonces, *El Nacional*, del que fue redactor jefe Bartolomé Mitre, y después Sarmiento. En 1870, el mismo Mitre, que llegó a ser Presidente de su país, "adquirió la propiedad de *La Nación* órgano de prensa que bajo su poderosa dirección, iba a desarrollarse hasta convertirse en una de las cifras del actual periodismo hispanoamericano" (191).

El ecuatoriano Vicente Rocafuerte, ya en México, con *El Fénix de la Libertad*, o ya en su patria de nacimiento— hizo del periodismo un vehículo para sus ideas, al igual que otro ecuatoriano posterior, Juan Montalvo, cuya pluma, animada de impulsos liberales, dejó testimonio de su virulencia con motivo del asesinato de su gran rival, Gabriel Moreno, que al caer bajo la acción homicida de varios agresores (192), dio ocasión para que Montalvo, lleno de orgullo, exclamase: "¡Mi pluma lo mató!" (193). Y ello, por supuesto, sin perjuicio de que el mismo García Moreno, de tan discutida y relevante personalidad, hubiese usado asimismo de la prensa en su carrera política.

Otros ejemplos de prensa Sudamericana

Pueden citarse también en esta época, periódicos como *El Amigo de la Patria* y *La Gaceta del Supremo Gobierno de Guatemala*, de José Cecilio del Vallé; a poco de haberse separado el istmo centroamericano de México; los chilenos *La Clave* y *El Valdiviano Federal*, de Melchor José Campos y José Miguel Infante; *El Mercurio*, en que también hizo sus armas Sarmiento; *El Nacional*; *El Progreso*; que fue el primer diario de Chile; *El Ferrocarril*, editado por Juan Pablo Urzúa; y *La Voz de Chile*, liberal, así como *La Patria*, de Valparaíso, que duró de 1863 a 1894.

En Perú pueden anotarse órganos de prensa del tipo de la *Gaceta de Lima*, que seguía la política del prócer José de la Riva-Agüero; y ya entrado el siglo XIX, en sus filas es dable encontrar a uno de los más destacados periodistas hispanoamericanos: a Manuel García Prado, que fue, al mismo tiempo, poeta de particular relieve; colaboró en *El Correo del Perú* con obras de corte literario, pero a partir de la lucha de su patria con Chile, se tornó periodista de combate y de lucha, y en *Páginas Libres*, a partir de 1894, vertió lo mejor de su producción.

En Uruguay destacaron: *El Iniciador*, liberal, que se prosiguió en *El Nacional*; y junto, una serie apreciable de periódicos en varios idiomas, que eran testimonio del cosmopolitismo que iba desenvolviéndose en la antigua Banda Oriental. La activa vida literaria en Montevideo, que contrastaba con la de Buenos Aires en tiempos de Rosas, muchas veces más acallada, no podía dejar de traducirse en un fervor periodístico más acentuado. Empero, la acción penetrante de Rosas dio cuenta, por asesinato, de Florencio Varela, que en suelo uruguayo publicaba el *Comercio del Plata*.

Fue también en el curso del siglo pasado, cuando apareció el periódico que, con el correr del tiempo llegó a ser el decano de la prensa uruguaya, *El Bien Público*, fundado por el destacado escritor José Zorrilla de San Martín.

Traspuesto el siglo anterior, y como floración de nuevas inquietudes y nuevos recursos, el periodismo de la actual centuria, sin que en muchos casos haya dejado de ser polémico, y vehículo de ideas políticas o sociales, ha llegado a un plano de más acusada modernidad, de mayor perfección técnica, que lo sitúa, con ejemplos muy significativos —lo mismo en México que en Argentina, en Perú como en Chile, Colombia o Venezuela, y otros países— entre los más descollantes en nuestro momento.

El periodismo de opinión en Europa

Decir que el periodismo, en el siglo XVIII y en gran parte del siglo XIX fue un periodismo de opinión, no quiere decir, en modo alguno, que haya sido intérprete exclusivo de una corriente política. Significa, más bien, haber servido a las ideas dominantes, a los puntos de vista de grupos que, en la vida pública o en la cultura y el arte, querían exponer su criterio y ganar una posición.

En Europa puede decirse que, salvo excepciones muy claras y precisas —en suelo inglés sobre todo— la situación fue así; y lo ocurrido en los Estados Unidos fue semejante a lo acontecido en la Gran Bretaña.

El periodismo francés

Eso significa que la noticia, en la era que reseñamos, contó; pero contó generalmente como base para el juicio, y el juicio solía tener una fundamentación doctrinal a la que el periódico se apegaba. Tal fue la situación en que se hallaron, en Francia, en el curso del siglo pasado, el *Nobiteur*, *Le Journal des Débats* y el *Conservateur* (194). La prensa francesa tuvo que enfrentarse, empero, como la de casi todos los países europeos, en los que se cernía la influencia de la Santa Alianza desde la caída de Bonaparte y con la restauración de los Borbones, las limitaciones a la prensa fueron frecuentes. Sin embargo, la circunstancia de que la Carta Constitucional aprobada por Luis XVIII consagró dicha libertad, abrió las puertas a un cierto auge del periodismo polémico y literario. Nombres famosos de hombres de letras hicieron armas en los periódicos, y hubo momentos de gran conmoción a instancias suyas; nombres como los de Chateaubriand, Benjamín Constant, Royer-Collard, Bonald, Barante, Lammennais, Cousin, Guyot, Villemain o Lamartine, que, como dijo Silvestre de Sacy, eran muestra de cómo "Francia se precipitó toda entera hacia las discusiones de la tribuna y de la prensa" (195).

Los altibajos de la situación dejaron estelas de polémicas, de persecución y de recio combate de ideas. Y si con Luis XVIII el estado de cosas permitió cierta tolerancia, con su hermano, Carlos X, la censura y las represiones exacerbaban los ánimos hasta producirse la revolución de julio de 1830 que hizo posible, con Thiers como cabeza directora desde los planos periodísticos, la caída no sólo del régimen sino también de la casa reinante. La nueva monarquía, la "monarquía burguesa" de Luis Felipe de Orleans, reconoció en una nueva Carta que todo francés tenía el derecho de publicar y de hacer imprimir sus opiniones, conformándose con las leyes" (196), aunque en la práctica, los desafueros de la misma prensa llevaron a no pocos

ministros del rey a iniciar procesos contra otros tantos periodistas. Sólo en un año, en 1833, hubo 411 procesos de prensa, con 143 condenas que consistían, unas, en prisión, y otras en multas de mayor o menor cuantía.

Fue entonces cuando descolló también y causó conmoción, "L'Avenir", el célebre periódico de Felicité de Lammennais, hombre de pasiones violentísimas, de gran exaltación, que se rodeó de discípulos que desempeñaron un papel muy destacado en momentos cruciales para la Iglesia de Francia—entre ellos, los abates Rohrbacher, Gerbet, Lacordaire, el conde de Montalembert, y otros— y que representó la vigorosa corriente del "catolicismo liberal" de su época. Pero extremadas sus tendencias, y acogidas ideas que en Roma se consideraron inadecuadas, el radicalismo de Lammennais desembocó en la apostasía, a la que llegó sin que el grueso de sus discípulos quisiese seguirle.

La prensa de Francia en la segunda mitad del siglo XIX

Una catarata de publicaciones se desbordó por Francia a partir de la revolución de 1848, como jamás se había visto en el país. Fue la era de *La République*, *La République française*, de *La République universelle*, de *La République rouge*, de *La Vraie République*, de *La République possible* y aun de la *République des Femmes*... Así como de *Le Peuple constituant*, *L'Ami du Peuple*; *Le Bon Sens du Peuple*; *Le Peuple*, de Proudhon; *Le Peuple souverain*, *Le Triomphe du Peuple*, y otros congéneres suyos. Y no menos significativos, en cuanto a las tendencias y doctrinas, fueron: *Le Pere Duchene*, que trataba de revivir pasadas inquietudes revolucionarias. o bien *L'Événement* de Victor Hugo, y *L'Ere nouvelle* de Lacordaire...

Para atraerse clientela, no se titubeaba en proponer numerosas ventajas a los abonados. Así, *Le Bien-Être* les prometía: 1º una pensión de retiro al fin de treinta años de abono; 2º los gastos de inhumación en 3ª clase a todo abonado que falleciese; y 3º una indemnización de 100 francos a la viuda del difunto!" (197).

La eclosión periodística se vio restringida cuando las leyes de 1848 organizaron un nuevo acoso, volviéndose a exigir caución para que se pudiese publicar un periódico. Esta situación continuó de algún modo en el Segundo Imperio, pese a lo cual no cesó la actividad periodística francesa. Apareció entonces *Le Figaro*, de Henri de Villemessant, a partir de abril de 1854, que supuso una continuación de la tarea renovadora que técnicamente había comenzado un gran periodista de los años previos, Émile de Girardin, fundador de *La Presse*. Poco más tarde fue voceado *Le Petit Journal*, de Polydore Milhaud, que con folletones anexos, llegó a tirar la cifra nunca vista antes de 300,000 ejemplares.

En fin, a raíz de los acontecimientos que implicaron la caída del Segundo Imperio, la victoria prusiana y el alzamiento de la *Commune* en París, surgieron, en la capital, periódicos tales como *Action*, *Le Bonnet rouge*, *Le Réveil du Peuple*, y otros semejantes a éstos.

La prensa alemana

En Alemania, a su vez, como se sabe, no hubo unidad política sino hasta la acción enérgica de Bismarck, en las postrimerías del siglo XIX; pero

si había una cierta conciencia nacional, cierto espíritu de comunidad y correlación, que aleteó vivamente lo mismo ante las invasiones napoleónicas, que más tarde en los intentos de solidaridad germánica hechos en 1830 y 1848, que no pudieron, sin embargo, llegar a nada permanente por ese entonces. El divisionismo político no fue impedimento, sin embargo, para que la prensa de lengua alemana adquiriese fuerza y desarrollo, sobre todo en la era contemporánea a la Revolución Francesa de 1789. Ese año se estableció en Alemania, entre otros periódicos, el *Allgemeine Zeitung*, que tuvo muy destacado papel en la vida social, sin perjuicio de la tarea que, por su parte, realizaba el *Kölnische Zeitung*, más antiguo, que circulaba ya desde el año de 1762, y que con el correr del tiempo llegó a niveles de difusión y capacidad muy notables.

La afición a la política, la inquietud por los asuntos públicos, determinaron que periódicos que antes vivían una vida de relieve escaso, aumentasen su circulación por los puntos de vista doctrinarios que comenzaron a acoger. Tal fue el caso del *Hamburgische Korrespondent*, fundado desde 1714, que a fines de la centuria acrecentó su interés, o del *Schlesische Zeitung*, un poco posterior, que salió a luz en 1741. "Desde entonces, apunta Weise, la importancia de la prensa ha ido creciendo de una manera lenta pero continua. La aparición del corso Bonaparte despertó ya un gran interés; pero la excitación fue mucho más viva cuando, después de su caída, los gobiernos refrenaron y sometieron todos los impulsos de libertad. La activa participación de los ciudadanos en la vida del Estado se deduce claramente del hecho de que tan sólo en Jena aparecieron en esta época una serie de periódicos liberales, como *Isis*, de Oken, y *Nemesis*, de Luden; *Des deutschen Burschen Fliegende Blätter*, de Fries, y *Der Volksfreund*, de Wieland". "Con razón escribía el profesor Oken a un amigo suyo que 'los periódicos crecen como los hongos'. Sin embargo, pronto formularon reclamaciones diferentes Estados federados, protestando de la influencia que ejerciera Jena sobre del gobierno de Weimar, y Metternich, con sus partidarios, enemigos de la libertad, se indignaron por el cinismo con que se fustigaba la situación del Imperio" (198).

La prensa alemana gozó de libertad hasta 1819, año en el cual el consejero ruso Kotzebue fue asesinado por un estudiante alemán de Jena, apellidado Sand, y ese hecho se tomó como pretexto para acabar con dicha libertad, por acuerdo de la Dieta. El resultado no se hizo esperar, y casi en seguida desaparecieron muchos de los periódicos que sostenían ideas de tipo constitucionalista. La situación continuó en estos términos varios años, hasta que en 1830 cobró nuevos ímpetus el afán revolucionario y la prensa política. "Entonces se fundaron algunos periódicos nuevos, tales como la *Deutsche Tribune* y la *Bayrische Volksbatt*, en tanto que los existentes se convirtieron en diarios, como ocurrió con la *Vossische* y el *Spenersche Zeitung*. Además, se introdujeron en ellos algunas innovaciones que contribuyeron a su rápido desarrollo, entre las que se destaca en primer término la publicación del 'folletón', que ya había aparecido en Francia hacia el año 1800, y luego las críticas literarias y teatrales, las relaciones de viaje, y por último, la inserción de cuentos y novelas" (199).

La prensa germana comenzó a mostrarse más independiente, menos sujeta a la influencia francesa, y la inquietud política dio ocasión a que

los llamados "artículos de fondo" llegasen a ser de mayor aceptación que nunca. De hecho, esa prensa sirvió también para que tomaran cuerpo otras corrientes culturales, y fue factible así que el romanticismo germánico hallase cauce, en el siglo XVIII, en revistas de tipo especial como *Athenäum*, que hacia 1795 era el principal órgano de esta tendencia (200), y de que fue ejemplo también, en la misma línea, el *Zeitung für Einsiedler*, que apareció en 1808 (201); mientras en otro orden de ideas se desenvolvía una cierta prensa de contenido social y político, al modo del *Die Neue Rheinische Zeitung*, que contó incluso, con la colaboración de Carlos Marx. Ni es de extrañar, tampoco, que puestas a nivel de gran discusión las ideas, se hiciese del periodismo una expresión de combate. El estatismo prusiano, ya bien perfilado desde principios del siglo XIX, fue decisivo para que el célebre polemista católico José Görres, hiciese la defensa de su religión, ante las actitudes oficiales que iban en contra de ella. Una revista célebre, *Der Katholik*, vino a ser el vehículo por el que se difundieron los puntos de vista de los católicos que en Alemania buscaban dar un mensaje y dar cuenta de su posición ante la circunstancia que su patria vivía. (202).

Hacer de la prensa una expresión viva de proselitismo, fue convicción profunda; y no en balde el obispo alemán Ketteler, tan significado en el campo de las ideas sociales, indicó que si San Pablo tuviese que emprender de nuevo su misión apostólica, "fundaría un periódico" (203).

Estas fuerzas religiosas fueron tanto más importantes cuanto que ayudaron a fortalecer la resistencia católica frente al absorcionismo estatista que alentó Bismarck en Prusia, y que alcanzó su punto cumbre de persecución con la llamada "Kulturkampf" (204).

La prensa de Italia

En Italia, lo mismo que en otros países europeos, la prensa reflejó los grandes hechos y fue testigo de las grandes crisis políticas en que afloraba la pugna entre el absolutismo y el constitucionalismo, se precisaban las tendencias nacionalistas, aparecían los movimientos varios del socialismo, y se debatían, igualmente, las tesis religiosas.

Lógico resultó, en ese cuadro de acción, que José Mazzini, que "soñaba con una Italia libre, unida y republicana" (205), fundase la sociedad secreta llamada *La Joven Europa*, de la que fue dependencia básica *La Joven Italia*. Para difundir sus ideas publicó un periódico con este último nombre, destinado a llegar al pueblo de toda la península. La lucha fue violenta, y muchas represiones se produjeron, y aunque la policía realizaba detenciones continuas, "el periódico de Mazzini continuaba penetrando en los diferentes Estados de la Península Italiana" (206). Mazzini coincidía en el ideal de la unidad de la nación con muchos otros miles de italianos, y eso explica el éxito de su publicación, por encima de los obstáculos. El arte, y en consecuencia las letras y el periodismo, tenía que convertirse, según decía, en arma de propaganda, ya que él "aferra l'idea giacente nell'intelletto, la versa nel cuore e l'affida agli affetti, la converte in passione e trasmuta l'oumo di contemplatore in apostolo" y en combatiente (207). En muchas partes de la península, la censura coartaba la acción de la prensa, si bien al mediar el siglo se aligeraron las leyes represivas en los Estados Pontificios,

y multitud de diarios y revistas comenzaron a aparecer, una vez que llegó al solio pontificio el cardenal Mastai Ferretti, que tomó para sí el nombre de Pío IX. En otros países italianos, en cambio, la actitud gubernamental se mostró menos flexible.

Toda Italia era campo de agitación política, y la prensa se hacía eco de ella, según tiempos y lugares. Nada extraño fue, pues, que los periódicos piemonteses fueran órganos de expresión de la lucha contra los austriacos, dominadores del norte, y que a través de ellos y de los grupos políticos se incitase a la guerra, como sucedió en 1848 y en los años posteriores, hasta la unificación de Italia y su desenvolvimiento ulterior bajo la Casa de Saboya. A esta época corresponde, igualmente, la aparición en Italia de la más célebre revista publicada por los jesuitas, hoy ya más que centenaria, *La Civiltà Cattolica*, cuyo primer número publicado en Nápoles salió a luz el 6 de abril de 1850, y a partir de octubre, en Roma. Fue el sacerdote Carlos M. Curci, predicador y apologista —que, por cierto, “después de defender a la Compañía y a Pío IX”, se rebeló “contra el poder temporal del Papa” y salió de la Compañía, “para volver a reconciliarse y renovar su profesión a la hora de la muerte” (208)—, quien tuvo la idea de poner en marcha ese órgano de prensa de mucho peso en el mundo católico.

El ambiente ruso

La historia de la prensa en la Rusia zarista de la Epoca Contemporánea tenía ya antecedentes en los años anteriores. Según parece, fue en la era anterior, en la Edad Moderna, cuando surgieron los primeros diarios manuscritos, de los que ya circulaban algunos en 1621 y que “llevaban el nombre de *Vesti* (Noticias), *Vestovoyé pisma* (Correspondencia), *Vedomosti* (Boletín)”, o que ostentaban a veces el nombre holandés de *Kouranty*. . . A fines de 1702 comenzó a aparecer el primer diario ruso impreso, el *Vedomosti*, y seguidamente empezaron a publicarse numerosos diarios y revistas” (209).

Sin embargo, a lo largo del siglo XIX no hubo propiamente un auge libre de la prensa, sino más bien una historia de censura, de represión, que apenas dejaba resquicio al pensamiento de oposición o de rebeldía. Así se mantuvo un ambiente de rígida e inflexible negación a la libertad durante los reinados de Alejandro I y Nicolás I, que disminuyó sensiblemente al llegar al trono el hijo de este último, Alejandro II.

Hombre de temperamento bondadoso, de tendencias más suaves que sus predecesores, Alejandro II dispuso la liberación de los siervos y acordó otras medidas de reforma social, entre las cuales entró la de permitir un mayor goce a la libertad académica en las Universidades, y “la derogación de las restricciones a la prensa” (210), aunque esto no impidió, desde luego, que en términos generales se mantuviese la estructura social del país. Las reformas fueron, sin embargo, fermentos de renovación, y otras inquietudes, otras metas sociales, otros objetivos políticos comenzaron a alzarse en Rusia, cada vez más dispuesta a cambiar su antigua fisonomía. La mano del gobierno se dejaba sentir, no obstante, y cuando algún revolucionario intelectual, como Nicolás Chernishevski, osaba crear situaciones de agitación a través de la prensa, —para el caso en el periódico mensual

El Contemporáneo—, se cernía sobre el culpable la amenaza del destierro a Siberia, y su proscripción de toda la prensa autorizada, que incluso no podía nombrarlo: y así, a Chernishevski se le llamaba simplemente el "autor de Estudios sobre el período gogoliano de la literatura rusa" (211).

Dejó huella también como periodista y polemista de ideas renovadoras, Dimitri Pisarev; y si hubo otros que siguieron sus huellas, no es menos cierto que la acción de la prensa tuvo un radio más estrecho y encanijado a partir del asesinato de Alejandro II, con los sistemas de represión puestos en pie por su hijo, Alejandro III.

La prensa española

Por lo que a España toca, la etapa constitucionalista, que se extendió de 1820 a 1823, permitió la aparición de diversas publicaciones, muchas de las cuales no tuvieron mayor relieve, concluyendo su efímera vida al llegar a su término la Ley de Cádiz y retornarse al absolutismo. La prensa quedó reducida a los temas localistas, y *El Restaurador* se convirtió en el órgano del pensamiento oficial. En los últimos años del gobierno de Fernando VII, varios periódicos, como *El Vapor*, la *Gaceta* y sobre todo *El Artista*, acogieron las producciones literarias del romanticismo hispano, debidas a personalidades de esta tendencia, que iban desde Espronceda hasta Federico de Madrazo.

"El periodismo adquirió nuevos vuelos durante el reinado de Isabel II. Aumentó el número de publicaciones de modo extraordinario en toda la Península, se renovaron las técnicas materiales y literarias y colaboraron en la obra periodística los mejores escritores españoles" (212). *El Diario de Barcelona* cobró nuevos alientos; y al mediar el siglo destacaron por su parte: *El Constitucional*, *El Republicano*, *El Popular*, *El Telégrafo* (republicano como los anteriores) y aquellos otros donde colaboró el célebre filósofo y polemista Jaime Balmes: *La Civilización* y *La Sociedad*. En Madrid descolló el diario *El Español*, fundado en 1835 por Andrés Borrego, en cuyo cuerpo de redacción había plumas brillantes, como las de Larra, Zorrilla, González Bravo, y otras. Políticos, con propensión al liberalismo, fueron: *La Iberia* y *La Igualdad*. Una publicación de gran relieve político, que mucho ayudó a la caída de Isabel II fue *La Democracia*, fundada por el tribuno Emilio Castelar, en 1863. Y en el campo carlista militaron, a su vez, *La Esperanza* y *El Pensamiento Español*.

Con ideas nuevas, de mayor categoría técnica y artística, comenzaron a editarse otros periódicos como *La Carta Autógrafa*, iniciada en 1848, que después cambió su nombre por el de *La Correspondencia de España*; el *Faro de Vigo*; el *Norte de Castilla*; *El Semanario Pintoresco Español* (que fue la primera publicación ilustrada), a partir de 1836; *El Museo de Familias* (comenzado en 1843); *El Museo Universal* (desde 1857); *La Vanguardia*; y *El Noticiero Universal*, fundado por Francisco Peris Mencheta, fundador de una agencia de noticias que llevó su nombre.

El Imparcial, fundado en 1867 por Eduardo Gasset, llegó a ser "el diario más popular de Madrid" (213), cuya amplia circulación recursos y manejo de la publicidad, le permitieron editar hasta 130,000 ejemplares. De toda España, fue probablemente Cataluña donde se editaron más periódicos.

cos, calculándose que en lengua vernácula salían, hacia 1890, no menos de sesenta de ellos, lo cual se acentuó en los años siguientes, hasta llegar a sumar 800 en 1920. En otras provincias surgieron publicaciones de interés como *El Noticiero Sevillano*; *La Correspondencia*, de Valencia; *El Comercio*, de Gijón; y *El Heraldo de Aragón*, de Zaragoza.

El establecimiento de la Asociación de la Prensa, a fines del siglo, dio gran estabilidad a la prensa hispana, que pudo proyectar su presencia a la centuria actual con gran empuje, de suerte que en los primeros años de ésta surgieron órganos periodísticos de gran relevancia como *La Gaceta del Norte*, de Bilbao; *ABC*, fundado por Luca de Tena; tres diarios madrileños, *El Liberal*, *El Imparcial* y *El Heraldo de Madrid*; así como el católico *El Debate*, y *El Sol*, que fue instrumento de la generación del 98.

La prensa de tipo social

Las grandes conmociones sociales que hicieron su aparición en Europa no fueron ajenas al periodismo. Epoca de teorías, de doctrinas revolucionarias, de búsqueda de fórmulas en favor de un orden más equitativo, el siglo XIX vio multiplicarse las corrientes de proselitismo y de intentos para persuadir al mayor número, usándose en no pocos casos de órganos periodísticos que resultaron otros tantos intérpretes y voceros de tales teorías y doctrinas.

Entre los muchos ejemplos que pueden citarse al respecto, es posible citar los siguientes: *The Christian Socialist*, salido a luz en Inglaterra por acuerdo de una sociedad que tenía por objeto, en 1850, "crear asociaciones de trabajadores", y de la que fueron jefes Charles Kingsley y F. D. Maurice. Estos tuvieron cierta influencia en la vida pública británica, porque, en efecto, merced a sus esfuerzos se llegó a dictar una legislación más tutelar "con respecto al bienestar de las masas trabajadoras y al reconocimiento de la personalidad legal de las asociaciones cooperativas" (214). En Francia, dentro del marco del pensamiento socialista utópico, los saint-simonianos publicaron diarios excelentemente informados, como *El Productor*, *El Organizador* y *El Globo* (215), que hicieron una propaganda muy activa de sus convicciones. Luis Blanc, otro socialista, célebre, no sólo publicó su conocido libro *L'organisation du travail*, sino que fue también activo periodista al servicio de sus ideas. En Inglaterra, el cartismo de los primeros años del gobierno de Victoria, tuvo varios periódicos, y el de mayor difusión llegó a ser el *Northern Star*, que dirigía el famoso político irlandés Feargus O'Connor (216).

A la misma clase correspondieron los periódicos del movimiento preconizado por Fourier, que fueron: *La Reforma Industrial*, *El Falansterio* y *La Democracia Pacífica*, que suscitaron una importante corriente de adhesión a las ideas de aquél. No menos interesante fue también el periódico *El Popular*, que editó Esteban Cabet, apóstol de un cierto comunismo rústico y feliz, cuyas ideas sintetizó en su libro, *Viaje a Icaria*, que despertó algunos entusiasmos, pero también la represión del gobierno orleanista de Francia.

La labor periodística de quienes dieron cauce al socialismo científico, se vertió a través de libros, folletos y artículos periodísticos, que hicieron llegar sus ideas a muchos grupos humanos en diversas partes de Europa.

Marx, como se ha visto ya, publicó sus primeros artículos en Colonia, Alemania, en el *Neue Rheinische Zeitung*, de que fue jefe de redacción, antes de tener que emigrar a Francia, perseguido por la policía. En este órgano de prensa, como antes en la *Gaceta Renana*, Marx dio cuenta de sí, y allí, lo mismo que en sus conferencias y en sus actividades entre los obreros industriales, dejó ver los primeros lineamientos de su sistema. Cuando abandonó Alemania, y previas recomendaciones especiales, Marx arribó a Francia colaboró con otro emigrado judío alemán, al igual que él, que era el gran poeta Enrique Heine, con quien lo unían cierta comunidad de ideas y de vínculos políticos. En Francia quedó como redactor de la revista *Los Anales Franco-Alemanes*, fundada en París por Arnoldo Ruge, revolucionario también que guardaba relación continua con las sociedades secretas de la Alta Venta de Italia, y era jefe de la *Joven Alemania*, rama de la *Joven Europa* fundada por Mazzini (217). Los *Anales* no tenían al principio "el carácter social-económico del comunismo, sino el político republicano, pero Marx se fue infiltrando hábilmente en la dirección, hasta que llegó a suplantarlo a Ruge; el cual, despedido, se retiró de la revista" (218).

En la redacción de ésta halló Marx a otro alemán, Federico Engels, que fue su amigo de toda la vida y su más inteligente y cercano colaborador y aun continuador de su obra. La cooperación de Marx y Engels en los *Anales* dio a éstos la categoría de un instrumento formidable al servicio del socialismo científico, hasta el punto de que se alarmaron las autoridades francesas, y Marx salió expulsado del país, refugiándose en Bruselas en compañía de Engels.

BIBLIOGRAFIA

- 182 FERNÁNDEZ DE CASTRO Y HENESTROSA: Op. cit. Pág. 342.
- 183 LORENZO DE ZAVALA: "Ensayo Histórico de las Revoluciones de México desde 1808 hasta 1830". París. 1831-32. Pág. 30.
- 184 MARIANO CUEVAS: "Historia de la Nación Mexicana". Buena Prensa. México. 1953. Tomo II. Pág. 392.
- 185 TENA: Op. Cit. Pág. 607.
- 186 JUSTO SIERRA: "Periodismo Político". Obras Completas del Maestro Justo Sierra. Tomo IV. Universidad Nacional Autónoma de México. 1948. Pág. 6.
- 187 LUIS ISLAS GARCÍA: "Trinidad Sánchez Santos". Editorial Jus. México. 1945. Pág. 58.
- 188 JOSÉ BRAVO UGARTE: "Historia de México". Editorial Jus. México. 1944. Tomo III. Pág. 382.
- 189 JOSÉ MARTÍ: "Páginas Escogidas". Selección y Prólogo de Alfonso M. Escudero, O.S.A. Colección Austral Espasa Calpe Argentina, S. A. Buenos Aires. 1953. Pág. 22.
- 190 ALBERTO FERNÁNDEZ LEYS: "Sarmiento y el Periodismo". Edición de la Escuela de Periodismo. Universidad Nacional de La Plata. La Plata. 1962. Pág. 17.
- 191 FERNÁNDEZ DE CASTRO Y HENESTROSA: Op. cit. Pág. 386.
- 192 RICARDO PATTEE: "Gabriel García Moreno y el Ecuador de su Tiempo". Editorial Jus. México. 1962. Pág. 381.
- 193 PEREYRA: Op. cit. Pág. 720.
- 194 ENCICLOPEDIA PRÁCTICA JACKSON: W.M. Jackson, Inc. Editores. México. 1962. Cuarta edición. Tomo XI. Pág. 146.
- 195 GABRIEL-ROBINET: Op. cit. Pág. 20.
- 196 Ibid. Pág. 21.

- 197 Ibid. Pág. 26.
- 198 WEISE: Op. cit. Pág. 89.
- 199 Ibid. Pág. 90.
- 200 R. E. MODERN: "*Historia de la Literatura Alemana*". Breviarios del Fondo de Cultura Económica. México-Buenos Aires. 1961. Pág. 184.
- 201 Ibid. Pág. 187.
- 202 BERNARDINO LLORCA: "*Manual de Historia Eclesiástica*". Editorial Labor. Barcelona. 1946. Segunda edición. Pág. 746.
- 203 WEISE: Op. cit. Pág. 94.
- 204 WEISS: Op. cit. Tomo XXIV. Pág. 94.
- 205 PIETRO ORSI: "*Historia de Italia*". Biblioteca de Iniciación Cultural. Colección Labor. Barcelona. 1960. Tercera edición. Pág. 280.
- 206 Ibid. Pág. 280.
- 207 TOSTO: Op. cit. Volumen III. Pág. 296.
- 208 RICARDO G. VILLOSLADA: "*Manual de Historia de la Compañía de Jesús*". Editorial Aldecoa, Madrid. 1941. Pág. 504.
- 209 UNESCO: "*LA Formación de Periodistas. Estudio Mundial sobre la Preparación del Personal de Información*". París. 1958. Pág. 224.
- 210 MARC SLONIM: "*La Literatura Rusa*". Breviarios del Fondo de Cultura Económica. México-Buenos Aires. 1962. Pág. 96.
- 211 Ibid. Pág. 97.
- 212 J. VICENS VIVES, J. NADAL Y R. ORTEGA: "*Los Siglos XIX y XX*", tomo V de la "*Historia Social y Económica de España y América*". Editorial Teide. Barcelona. 1959. Pág. 463.
- 213 Ibid. Pág. 466.
- 214 RAYMOND G. GETTELL: "*Historia de las Ideas Políticas*". Biblioteca de Iniciación Cultural. Colección Labor. Barcelona. 1950. Reimpresión. Tomo II. Pág. 229.
- 215 PIJOAN: Op. cit. Tomo V. Pág. 116.
- 216 ARTHUR BIRNIE: "*Historia Económica de Europa. 1760-1933*". Fondo de Cultura Económica. México. 1938. Pág. 180.
- 217 JOAQUÍN CARDOSO: "*El Comunismo y la Conspiración contra el Orden Cristiano*". Editorial Buena Prensa. México. 1950. Pág. 222.
- 218 Ibid. Pág. 222.

Capítulo VI

EL GRAN DESARROLLO DEL PERIODISMO

“Quizá lo que necesitamos más que nada sea el valor de sostener nuestras propias convicciones, reconocer que la noticia no es simplemente el registro de hechos comprobables y opiniones atribuibles a determinadas personas, sino una crónica del mundo en que vivimos, concebida en términos de valores morales”.

Ashmore.

El enorme, impresionante y decisivo desarrollo que el periodismo alcanzó en el curso del siglo XIX, y con mayor volumen y razón en el siglo XX, fue producto de la multiplicación de los intereses políticos y socioeconómicos de un mundo cada vez más vinculado entre sí, cada vez más comunicado, y cada vez más interdependiente. Confluyeron también al desenvolvimiento citado, hechos de carácter técnico que facilitaron la tarea periodística y, finalmente, una más amplia difusión de la cultura escrita, en consonancia con la lucha emprendida para abatir el analfabetismo.

El afán de saber y el afán de informar llegaron hasta planos no conocidos antes, y el periodismo requirió, para el mejor desempeño de sus funciones, de un profesionalismo que en los años últimos se ha ido acentuando con una firmeza reveladora de la importancia de esta tarea social de tan dilatadas proyecciones.

Mejoramiento técnico

Interés supremo tuvieron, para la celeridad de las informaciones, los inventos de: la telegrafía, —realizada por Morse en 1835, pero con antecedentes en Lesage y Soemerin, y perfeccionado por Thompson, Hipp, Siemens, Estienne y sobre todo Marconi—, la telefonía —ideada por Antonio Meucci, pero en la que trabajaron también Reis, Manzetti y Gray, y de modo destacado, Bell—, y la radiotelefonía —en la que el genio de Marconi volvió a manifestarse una vez más—, así como los modernos medios de transportación terrestre, marítima o aérea de personas y objetos, que contribuyeron mucho para que las noticias pudiesen recibirse apenas con diferencia de unos cuantos minutos.

El telégrafo, cuya primera línea se tendió en 1844 entre Washington y Baltimore, pudo ser utilizado casi en seguida al servicio de la prensa. En 1845, en efecto, el *Morning Chronicle* lo utilizó para informaciones locales, y dos años después fue posible utilizar el telégrafo para retransmitir un discurso de la reina Victoria de Inglaterra. Gordon Bennett, en su periódico, el *New York Herald*, pudo presentar hasta 10 columnas de noticias llegadas por este medio. Una decena de años más tarde, se estableció el primer cable entre Inglaterra y los Estados Unidos, y su aplicación, como la de la telegrafía en general, hizo posible el fortalecimiento y desarrollo de las agencias de noticias, del trabajo de los corresponsales permanentes y de la labor de los enviados especiales.

De equiparable importancia para el gran desarrollo del periodismo contemporáneo, fue el invento del teléfono, que por primera vez quedó establecido en Boston, en 1876. La primera línea telefónica internacional unió a París con Bruselas, en 1886, y más tarde las líneas cruzaron todos los países, con lo cual los corresponsales, especialmente norteamericanos, pudieron ganar en tiempo la primacía de la información más rápida.

Pero, independientemente de tales aportaciones sustanciales de los anteriores medios de comunicación eléctrica, es indudable que el concurso de la técnica en general al auge de la tipografía marcó, por su parte, rumbos definitivos al periodismo.

Mil pliegos en una hora

En este cuadro de realizaciones impresionantes, lo hecho por Frederik Koenig fue fundamental para las artes gráficas. Agudo, perspicaz, dotado de una voluntad que le permitió superar las mil dificultades que le salieron al paso, este inventor alemán pudo incorporar a la tipografía el uso del vapor, y dio ocasión a que el más célebre periódico de la Gran Bretaña, *The Times* —fundado el 1º de enero de 1785 por el escocés John Walter con el nombre de *The Daily Universal Register*, pero que a poco cambió su designación por la citada antes— pudiese revolucionar sus sistemas, sus procedimientos de impresión, quedando a la cabeza del periodismo de principios del siglo XIX.

Koenig no era realmente un improvisado, ni un talento carente de experiencia. En Alemania “fue tipógrafo durante casi cinco años, en la casa impresora Breitkopf y Härtel” (219) y asistió a las clases de la Universidad de Leipzig y recorrió gran parte de los países alemanes “con el fin de aprender exhaustivamente el oficio de impresor” (220). Se instaló en 1803 en Eisleben y más tarde en Turingia, Alemania, interesado en los sistemas de “estereotipia”, aunque ya para entonces había logrado algunos adelantos en el uso de una máquina movable de imprimir dentro de la cual podían colocarse los tipos y los cilindros para la tinta, y que contenía un dispositivo para poder sacar los impresos de la prensa. Pero como no tuvo en su país de origen ningún estímulo, decidió marcharse a Inglaterra que por entonces era el centro de transformaciones técnicas de gran relevancia en el curso de la Revolución Industrial. Establecido allí, se dirigió a John Walter, de *The Times*, en una carta fechada el 8 de diciembre de 1814, por medio de la cual le pedía ayuda para su invento.

Koenig había ideado una máquina de vapor que imprimía por un solo lado; pero Walter, que entendió con sagacidad las ideas del alemán, le encargó dos máquinas dobles impresoras, a fin de que el diario pudiese imprimirse por ambas caras. Koenig se puso a trabajar, y un año y medio después pudo realizar lo que se le había encomendado. *The Times*, hasta ese entonces editaba solamente de 3 a 4,000 ejemplares cotidianamente, y su impresión se hacía, como en todas partes, a mano. Para tirar 300 ejemplares en una hora, era indispensable el trabajo de dos hombres. Koenig intentó lo que para muchos era utópico: imprimir miles de ejemplares en poco tiempo. Mas, supuesto el hecho de que tal innovación podría desplazar a los obreros que hacían la labor al modo tradicional, el propietario de *The Times*, para evitar dificultades, dispuso que la obra de instalación se hiciera en secreto: "En la noche del 28 de noviembre de 1814, los prensistas del famoso diario inglés trabajaron como siempre. Pero en otro local cercano, Koenig, acompañado de Bauer y otros amigos —al frente de los cuales, expectante y emocionado, hallábase Walter—, estaban pendientes de la máquina movida a vapor. A las seis de la mañana, y a la vez que repartía entre los obreros los primeros ejemplares, impresos por el nuevo procedimiento, Walter les anunció la gran noticia: ¡*The Times* ya estaba impreso! Les exhortó a que depusieran toda actitud violenta y les prometió, si se mostraban pacíficos, que seguirían disfrutando de sus jornales hasta que encontraran una ocupación parecida" (221).

Los ejemplares de ese número, el 29 de noviembre de 1814, daban a conocer en un anuncio a sus lectores, que una máquina nueva había obrado el prodigio, y que 1,100 pliegos del diario podían imprimirse en una hora.

Desgraciadamente, Koenig no obtuvo gran provecho de su invento, se le hio objeto de críticas y ataques, y su patente fue discutida, y no sacó ventaja alguna sino hasta que abandonó Inglaterra para retornar a Alemania.

La estereotipia

Por esas mismas fechas, la estereotipia, que ya tenía antecedentes de importancia desde principios del siglo XVIII —en cuyo invento se menciona al holandés Van der Mey—, logró nuevos avances con los inventos que en este sentido realizaron Tillock y Foulis en Glasgow, Escocia; y después, con la estereotipia en yeso, debida al británico Lor Stanhope y al alemán Hoffman. El sistema fue perfeccionado más tarde por los italianos Chirio, Mina y Giozza, de Turín, a lo largo de un plazo que fue de 1829 a 1842. "Pero el perfeccionamiento que habría de ser definitivo en la estereotipia lo debemos muy presumiblemente al francés Genoud, quien introdujo la pasta de papel con blanco de España en sustitución de la pasta de yeso de París. Este procedimiento, hoy muy usado en la impresión de periódicos, ha tenido una aceptación casi general por la perfecta copia del original, que permite obtener con gran facilidad, mediante la ayuda de prensas" (222).

La adaptación de la estereotipia a la impresión se hizo a instancias del hijo de John Walter, y su continuador al frente de *The Times*, quien con la ayuda de un fundidor italiano "logró aplicar dicho sistema a las máquinas rotativas" (223).

Las rotativas

Las rotativas comenzaron a ser ideadas desde fines del siglo XVIII. Se sabe, por ejemplo, que en 1790 se concedió en Inglaterra una patente a William Nicholson, inventor de una máquina que podía imprimir sobre papel, lino, algodón, lana y otros productos, usando de formas, tipos y planchas que se aplicaban "fuertemente sobre una superficie cilíndrica al modo que las letras corrientes se aplican sobre una piedra plana", según decía el documento oficial. En un principio, el intento era estampar telas, pero después se comprendió que podía utilizarse también para imprimir periódicos, como ocurrió, en efecto, en 1813, al perfeccionarse una máquina de esta clase por el inglés James Thompson.

Varios años más tarde, en 1847, Joly y Normand idearon una "máquina a reacción" para imprimir las dos caras de una hoja de papel, pero la carencia de tintas adecuadas que secasen con oportunidad y prontitud, impidió que se obtuviese todo el fruto que era de esperarse. Otros trabajos de perfeccionamiento tuvieron la misma dificultad, hasta que el invento de Genoud, ya citado, solucionó el problema. Con este perfeccionamiento se pusieron las bases que permitieron la creación de nuevas rotativas con rendimiento más satisfactorio. Posteriormente hubo otros adelantos, debidos a Marinoni, en Francia; Applegath y Walter en Inglaterra; y Hoe, en los Estados Unidos. Cuando se efectuó la Exposición de Filadelfia en 1876, el influyente diario norteamericano *The New York Times* exhibió su prensa de tipo Walter, que tiraba 17,000 ejemplares por hora.

Conviene poner cierto énfasis en la obra de Hippolyte Marinoni, porque su máquina a reacción de dos y cuatro cilindros, permitió que pudiesen imprimirse 6,000 ejemplares en una hora, pero obtenidos nuevos procesos de mejoramiento, Marinoni aceleró el proceso, y eso permitió que *Le Petit Journal*, de París, el diario de mayor difusión en suelo francés, llegase a imprimir sus 300,000 ejemplares en dos horas (224).

En las etapas finales, las rotativas han alcanzado un adelanto de tal especie, que cientos de miles de ejemplares pueden ser impresos en pocos minutos. La mayor rotativa del mundo quedó instalada en septiembre de 1962 en el diario sueco *Aftenposten*: es tan grande que sobre el techo del edificio donde se halla, se ha instalado una pista para el aterrizaje de un helicóptero. Esta rotativa, que es la más rápida del mundo, pesa 850 toneladas.

Los linotipos

Otro invento revolucionario y esencial en la carrera de la celeridad y la precisión tipográficas fue el correspondiente al linotipo —como se dice en México; o linotipias, como se dice en otras partes del mundo hispánico— debido al alemán Otomaro Mergenthaler, que logró pleno éxito en Cincinnati, Estados Unidos, con su "linotype".

Su antecedente más inmediato fue el trabajo del norteamericano Westcot, que en la Exposición de 1876 presentó una máquina destinada a componer los tipos por ella misma mediante la presión de unas teclas. Lá

máquina era aún deficiente, y su fisonomía cabal no se alcanzó de modo pleno sino hasta que Mergenthaler realizó su inventó. El linotipo sustituyó al lento procedimiento que los cajistas hacían, puesto que éstos formaban las líneas uniendo letra por letra: el linotipo se encargó de componer no tipos sino matrices, reunir las en líneas, separarlas mecánicamente, llevarlas a la caldera de fundir y limpiarlas de toda amalgama. La máquina se encarga de formar las columnas de líneas, y el operario sólo tiene que oprimir el teclado correspondiente.

La rapidez con que trabaja un linotipo permite que un trabajador pueda escribir entre 6,000 y 8,000 letras por hora, o sea, cuatro veces más pronto que si lo hiciera a mano.

En la actualidad hay linotipos que disponen hasta de ocho cajas diferentes para componer.

Nuevos procedimientos

Si a lo anterior se agregan los múltiples inventos ocurridos en los últimos años, que permiten impresiones en varias tintas; inventos para la transmisión de informes que llegan ya escritos a través de los teletipos; paso de fotografías por medios eléctricos; y multitud de máquinas y aparatos que facilitan la labor informativa, puede comprenderse que, con tan grandes adelantos técnicos, con el apoyo de una publicidad extraordinaria, con un sentido profesional que ha llegado a ser muy acusado, y con una masa de lectores no sospechada antes, la prensa mundial represente una fuerza social, política y económica de enorme magnitud.

La libertad de imprenta

El valor de la prensa en todos los países se acrecienta de día en día, y nada escapa, en términos generales a su inquietud y a sus preocupaciones. Sin embargo, si la prensa en los países libres tiene una mayor oportunidad de movilizarse y de actuar, aun concedidas las limitaciones que imponen los intereses económicos, sociales y políticos puestos en juego, no hay duda que en ellos se goza de un margen de información y de crítica que en otras partes del mundo, bajo el dominio de regimenes totalitarios de toda clase, no existe o no ha existido en modo alguno. En Inglaterra o en Francia, en Estados Unidos o en el Canadá, en Bélgica o en Austria, en Italia o en el Japón, los cuadros de vida democrática permiten el contraste y el acceso a las fuentes de información, pero tales estímulos quedaron cercenados en la Alemania de Hitler, en la Italia de Mussolini, y en los diversos países comunistas, en donde la hegemonía sobre la prensa fue y sigue siendo completa, y en donde la "verdad oficial" fue y es la única que prácticamente prevalece.

Fuera de las naciones sujetas al totalitarismo, la práctica y las leyes han consagrado el principio de la libertad de imprenta, sin más limitaciones generales que la defensa de la moral, del orden público y de la vida privada. La censura previa no existe, en principio, en ellas y se la considera incompatible con el desenvolvimiento normal de los órganos de prensa. No

obstante, en algunas partes se perciben sombras que se ciernen sobre la libertad de los periodistas, ya por el monopolio del papel en manos de organismos determinados, ya por la acción corruptora de las subvenciones, ya por la acción trastornadora de determinadas propagandas, ya por seguirse el camino fácil del escándalo y el sensacionalismo morboso que desdibuja la libertad para convertirla en libertinaje, ya, en fin, por la existencia de poderosos "trusts" que dominan los recursos periodísticos.

Así, en los Estados Unidos, la prensa goza de libertad, no en virtud del texto primitivo de la Constitución de 1787, sino a resultas de las "enmiendas" primera y décimacuarta de que aquélla fue objeto en 1791.

La primera dispone que el Congreso no podrá promulgar ninguna ley que limite la libertad de palabra o de prensa. (225). La otra prohíbe que se restrinjan los derechos de los ciudadanos de los Estados Unidos sobre sus personas, casas, papeles y efectos, como tampoco se podrá privar a ninguna persona de su libertad sin el debido procedimiento jurídico. (226). Hay, sin embargo, como protección contra un abuso de la libertad, sanciones para quienes incurran en escritos difamatorios, sediciosos u obscenos, o en publicidad falsa o en la publicación de secretos militares.

La derogación de la "Licensing Act", en Inglaterra, dio pie para que se instaurase la libertad de prensa en forma tal que se incorporó a las prácticas continuas de su vida pública, aun sin necesidad de que hubiese una ley determinada. En la Gran Bretaña no hay un estatuto de la prensa que garnitice su libertad, pero ésta tiene un margen dilatado como en pocos países del mundo. El Estado sólo puede intervenir, legalmente, para castigar las injurias y difamaciones.

La Revolución Francesa, según se vio ya, consagró la libertad de imprenta desde sus dos primeras Constituciones, y si bien la prensa tuvo altibajos riesgosos en el curso del siglo último, no es menos cierto que en la actual centuria las leyes han consagrado aquella libertad. Los ordenamientos más recientes en la materia no son sino una ratificación de los principios del movimiento de 1789; aunque se cuenta, empero, con algunas leyes que sancionan delitos concretos cometidos a través de los periódicos.

Situaciones equivalentes son las que, en general, existen en casi todos los países demócratas, por más que en algunos de éstos, como en Venezuela, se ha establecido el principio de que es indispensable, para ejercer la profesión de periodista, el tener grado académico otorgado por algún plantel de tipo universitario.

En el campo internacional conviene tener presente que un documento de la más alta importancia, la "Declaración Universal de Derechos Humanos"—aprobada y proclamada por la Asamblea General de las Naciones Unidas el 10 de diciembre de 1948 (227)— contiene, igualmente, normas de aliento democrático sobre el ejercicio de la libertad de expresión; tales son, por ejemplo, el artículo 18, según el cual: "Toda persona tiene derecho a la libertad de pensamiento, de conciencia y de religión; este derecho incluye la libertad de cambiar de religión o de creencia, así como la libertad de manifestar su religión o su creencia, individual y colectivamente, tanto en público como en privado, por la enseñanza, la práctica, el culto y la ob-

servancia". Y a continuación, el 19: "Todo individuo tiene derecho a la libertad de opinión y de expresión; este derecho incluye el de no ser molestado a causa de sus opiniones, el de investigar y recibir informaciones y opiniones, y el de difundirlas, sin limitación de fronteras, por cualquier medio de expresión".

Estatuto legal de la prensa en México

En México, la situación de la prensa se haya estatuida por el artículo 7º de la Constitución de 1917 y por su ley reglamentaria correspondiente.

El artículo 7º de referencia dice:

"Es inviolable la libertad de escribir y publicar escritos sobre cualquiera materia. Ninguna ley ni autoridad puede establecer la previa censura, ni exigir fianza a los autores o impresores, ni coartar la libertad de imprenta, que no tiene más límites que el respeto a la vida privada, a la moral, y a la paz pública. En ningún caso podrá secuestrarse la imprenta como instrumento del delito.

"Las leyes orgánicas dictarán cuantas disposiciones sean necesarias para evitar que, so pretexto de las denuncias por delitos de prensa, sean encarcelados los expendedores, 'papeleros', operarios y demás empleados del establecimiento de donde haya salido el escrito denunciado, a menos que se demuestre previamente la responsabilidad de aquéllos". (228).

Esa situación de amplitud en el goce de la libertad, tiene en cambio, en el artículo 130 de la misma Constitución, muy serias limitaciones, ya que, según el párrafo décimotercero de éste:

"Las publicaciones periódicas de carácter confesional, ya sean por su programa, por su título, o simplemente por sus tendencias ordinarias, no podrán comentar asuntos políticos nacionales, ni informar sobre actos de las autoridades del país o de particulares que se relacionen directamente con el funcionamiento de las instituciones públicas".

Este precepto llega a niveles de mayor radicalismo persecutorio en el artículo 16 de la Ley Orgánica del artículo 130 constitucional, que señala: "Las publicaciones periódicas de carácter confesional, ya sea por su programa, por su título o simplemente por sus tendencias ordinarias, no podrán comentar asuntos políticos nacionales, ni informar sobre actos de las autoridades del país, o de particulares, que se relacionen directamente con el funcionamiento de las instituciones públicas.

"Las infracciones serán castigadas con las penas que señala el Código Penal.

"Bajo el nombre de publicaciones periódicas de carácter confesional quedan comprendidos los manuscritos, impresos y en general todo periódico, pliego u hoja que se venda, exponga o distribuya en cualquier forma, ya al público en general, ya a los afiliados a determinadas religiones, sectas. y en que por medio de la palabra escrita, del dibujo, grabado, litografía, fotografía, rotograbado o por cualquier otro medio que no sea la palabra hablada, se propaguen o defiendan, franca o encubiertamente, doctrinas religiosas.

“No será obstáculo para la aplicación de las penas correspondientes la circunstancia de que las publicaciones de que se trata no salgan a la luz pública con toda regularidad” (229).

Normas de tipo secundario, de carácter punitivo, se refieren a los delitos en que pueden incurrir los periodistas, tales como calumnias, difamación, etc.

Los diarios de mayor circulación

¿Cuáles son, en nuestros días, los órganos de prensa de mayor difusión y fuerza dentro del gran desarrollo que el periodismo ha alcanzado, en el campo mundial?

De acuerdo con las estadísticas que en su excelente estudio sobre el “Panorama de la Prensa Mundial” presenta Tomás Cerro Carrochano, los diarios de mayor tiraje en el mundo son los siguientes:

1.— <i>Asahi Simbun</i> (Japón)	8.150,000	ejemplares
2.— <i>Mainichi</i> (Japón)	7.466,000	”
3.— <i>Pravda</i> (URSS)	5.500,000	”
4.— <i>Daily Mirror</i> (Inglaterra)	4.526,000	”
5.— <i>Daily Express</i> (Inglaterra)	4.040,000	”
6.— <i>Yomuri</i> (Japón)	3.700,000	”
7.— <i>Bild Zeitung</i> (Alemania Occ.)	2.800,000	”
9.— <i>New York News</i> (Estados Unidos) (edición ordinaria)	2.014,592	”
10.— <i>New York News</i> (Estados Unidos) (edición dominical)	3.564,865	”
11.— <i>Daily Herald</i> (Inglaterra)	1.523,334	”
12.— <i>Izvestia</i> (URSS)	1.400,000	”
13.— <i>France Soir</i> (Francia)	1.320,000	”
14.— <i>News Chronicle and Daily Dispatch</i> (Inglaterra)	1.267,341	”
15.— <i>Evening News</i> (Inglaterra)	1.225.013	”
16.— <i>Daily Sketch</i> (Inglaterra)	1.223,948	”
17.— <i>Daily Telegraph</i> (Inglaterra)	1.108.514	”

Europa Occidental, como continente, es la región del mundo que ostenta el mayor número de publicaciones de toda especie, diarios y revistas, y el mayor consumo de papel. Sus diarios llegan a 2,928, con tiro conjunto de 94.355,500 ejemplares.

Situación de la prensa en Inglaterra, Alemania y Francia

a) En Inglaterra, los principales diarios, por orden de edición de ejemplares, son: el *Daily Mirror*; el *Daily Express*; el *Daily Mail*, el *Daily Herald*; el *News Chronicle and Daily Dispatch*; el *Daily Sketch*, el *Daily Telegraph*, *The Times*, *The Guardian* y el *Daily Worker*. De sus diarios vespertinos, el de mayor difusión es el *Evening News*, que depende del *Daily Mail*. Entre las revistas dominicales, la de circulación más amplia es *News of the World*, que ha llegado a tener alguna vez un tiro de 7.241,396 ejemplares (230).

b) La situación de la prensa en Alemania ha sido variada en los últimos años. Al régimen democrático establecido por la República de Weimar, que dio margen amplio a la libertad de prensa, sucedió en 1933, el dominio del nazismo que en este ámbito se tradujo en un severo dominio sobre los periódicos, a través del Ministerio de Información que dirigía Josephus Goebbels. La era de exaltación del Estado llegó a puntos culminantes, en donde toda libertad auténtica fue suprimida. La línea marcada por el gobierno era inflexible, y desde el punto de vista de la prensa confesional ocurrió que no pocos periódicos "y aun las hojas parroquiales tuvieron que publicar artículos tendenciosos en favor del régimen so pena de desaparecer" (231). Una censura estrecha impedía la difusión de noticias verídicas dentro del país y respecto del exterior. Tal clima de opresión y persecución en todas sus formas fue denunciado por el Papa Pío XI en su encíclica "Mit brennender Sorge" (232) que alertó al mundo sobre la situación que privaba en la Alemania hitlerista. La prensa, en definitiva, para subsistir, fue eco del pensamiento y de las guías gubernamentales. Sobrevino después la guerra, cuyo desenlace se tradujo en la caída del hitlerismo.

Con la ocupación militar de Alemania por los aliados, hubo prohibición para todos los periódicos que hasta entonces se publicaban. Cualquiera nueva edición necesitaba ser autorizada. Poco a poco, sin embargo, los rusos, los ingleses, los franceses y los norteamericanos fueron dando licencias y comenzó con vida muy precaria, un nuevo tipo de periodismo democrático alemán, que sólo andando el tiempo pudo robustecerse, sobre todo en la Alemania Occidental, porque en la República Popular Alemana, la prensa corrió la misma suerte de sometimiento al régimen comunista que en los demás países de hegemonía marxista. De esta suerte, en 1955 Alemania Occidental llegó a contar con 1,464 diarios y con 4,884 revistas, aunque el número tan elevado de dichos diarios no corresponde siempre a entidades diferentes, sino que hay diarios básicos que tienen ediciones regionales a las que proporcionan gran parte de su material y de su publicidad.

c) A raíz de la Segunda Guerra Mundial, la prensa francesa sufrió serios cambios. Multitud de publicaciones anteriores a aquélla no se editaron más, y otros diarios y revistas ocuparon su sitio. En medio de niveles no siempre parejos, es a partir de 1952 cuando el periodismo francés ha vuelto a colocarse entre los primeros del mundo. Para 1957, los diarios de mayor tiraje llegaron a ser, en París: *France-Soir*, *Le Parisien Libéré*, *Le Figaro*, *L'Aurore*, *L'Equipe*, el comunista *L'Humanité* y *Le Monde*. En provincias, con tirajes cada vez mayores: *Ouest-France*, *Le Progrès*, *La Voix du Nord*, *Sud-Ouest*; *Le Dauphine Libéré*; *La Dépêche du Midi*, *La Nouvelle République*, *L'Est Républicain* y *Le Provençal*. Todos estos diarios tienen una distribución cotidiana de más de 200,000 ejemplares. En un plano inmediatamente inferior, con más de 150,000 ejemplares, se hallan: *Le Monde*, *Paris-Press* y el católico *La Croix*. Hay otros ocho diarios con más de 100,000 ejemplares cada uno; 23 con más de 50,000; y 42 con más de 20,000.

Revistas francesas de gran fuerza, son: *Paris-Match*, que edita 2.300,000 ejemplares; *Selection* (con 1.300,000); y después: *Ici-Paris*, *Journal du Dimanche*, *Radar*, *Le Pèlerin*, *Jours de France*, *France Dimanche*, *Lui Detective*, *Le Hérisson*, *La Presse*, *Noir et Blanc* y *Réalités*.

Pueden citarse entre los periódicos de fuerte impacto, con contenido ideológico: la *Vie Catholique Illustrée* y el comunista *L'Humanité Dimanche*. Algunas revistas de índole femenina con tiraje superior al millón de ejemplares, son *Écho des Françaises*, *Nous Deux*, *Écho de la Mode*, *Femmes d'aujourd'hui*, *Modes et Travaux* y *Marie Claire*.

Italia y otros países europeos

d) El caso de Italia, es en cierto modo, equiparable al de Alemania, aunque acaso con un rigorismo menos extremado y radical. El fascismo, anterior al nazismo, tuvo al frente a un político, como Benito Mussolini, que había sido periodista, y había dirigido *Il Popolo d'Italia*, y que, aun habiendo hecho la exaltación del Estado, en la práctica ostentó menos rudeza que su colega alemán, aun cuando el control sobre los organismos periodísticos fue igualmente completo, que no en balde Mussolini había proclamado, desde el 7 de abril de 1926, en la instalación del nuevo Directorio Nacional del Partido Fascista: "Estamos, pues, en un Estado que controla todas las fuerzas que obran en el seno de la nación. Nosotros controlamos las fuerzas morales y las fuerzas económicas..." (233).

Destruído el fascismo y ocupada Italia, su nuevo rumbo político se orientó, tras la ocupación aliada, hacia la república, y con particular influencia, al principio, de la Democracia Cristiana encauzada por Alcide de Gasperi, que puso las bases para la recuperación del país.

De esta suerte, en la actualidad, y dentro del ámbito periodístico, Italia ha resentido un progreso muy importante, y sus diarios tienen un tiraje total de 5.100.000 ejemplares. El progreso de la prensa italiana se ha manifestado no sólo por el número de sus ediciones y el alcance de éstas, sino también por el hecho de producirse en Italia tanto papel cuanto maquinaria tipográfica. En los días que corren, sus principales diarios son: el muy prestigiado *Il Corriere della Sera*, que se edita en Milán y que se fundó en 1876; *Il Popolo*, de los demócratas cristianos; el comunista *L'Unità*; el socialista *Avanti*; *Il Secolo d'Italia*, del Movimiento Social Italiano, *Il Quotidiano*, de la Acción Católica, y otros. En el Vaticano se edita, como órgano oficioso de la Santa Sede, *L'Osservatore Romano*, que tiene además una edición aérea aparte de la ordinaria. Entre las revistas italianas de rango importante se encuentran: *Oggi*, *Europeo*, *Epoca* y *Tempo*.

e) En España el régimen legal de la prensa está regulado por la Ley de Prensa de 1938 y por el Fuero de los Españoles, promulgado en 1945. La primera nacida al calor de la lucha que escindió dramáticamente al país, consagró, a favor del Estado una potestad amplísima concebida, dentro de los términos de su artículo 1º, en esta forma: "Corresponde al Estado la organización, vigilancia y control de la institución nacional de la prensa periódica. En este sentido compete al ministro encargado del Servicio Nacional de Prensa —hoy Dirección General de Prensa— la facultad organizadora de la misma". (234). En la práctica esto se tradujo en un sistema de sujeción de los organismos periodísticos y en el funcionamiento de la censura, aunque en los últimos años ambos hechos han amenguado.

Según las estadísticas, los 106 diarios que en España aparecen, editan 2.450.000 ejemplares cotidianamente. Hay en el país, por otra parte, la

costumbre de que los diarios ordinarios no se publiquen los lunes, día en el cual aparecen *hojas* que los suplen; y en cuanto a revistas, se publican 2,302 en todo el territorio hispano.

f) En el grupo de países escandinavos se encuentran, proporcionalmente, cifras de las más altas en el mundo en cuanto a labores periodísticas. En Suecia, para una población de poco más de 7 millones de habitantes, se publican 160 diarios; en Noruega, 96; en Dinamarca, 131; en Finlandia, 70; y en Islandia, 5. En Suecia y Noruega, el porcentaje de ejemplares de los diarios es casi de dos por cada habitante.

Otras cifras de interés por lo que ve al periodismo europeo, son las siguientes: Suiza, con 127 diarios, edita 1.500,000 ejemplares; Portugal, con 28 diarios, publica 530,000 ejemplares; Holanda, con 162 diarios, —casi todos vendidos en forma de suscripciones— tira 2.713,000 ejemplares; Grecia, con 66 diarios, lanza 550,000 ejemplares; Bélgica, con 40 diarios, edita 3.343,000 ejemplares; y Austria, con 35 diarios, publica 1.200,000 ejemplares.

La prensa norteamericana

Ningún país del mundo tiene, en materia periodística, los volúmenes de toda especie que en los Estados Unidos se hallan. El gran desarrollo de su prensa es impresionante, ya se le vea desde el punto de vista técnico, ya desde el aspecto de la importancia económica y social, ya desde el punto de vista de los ejemplares que se ponen al alcance del público. Ha sido también en este país donde han surgido formas especialísimas de periodismo, que muchas veces se han copiado en otras partes del mundo. En Estados Unidos, por ejemplo, fue donde el sensacionalismo en la presentación de las noticias, incluso en planos de verdadero escándalo, inició su auge con la acción de James Gordon Bennett, director de *The New York Herald*, que después tendría émulos suyos en el francés De Villemessant y en el norteamericano Pulitzer; nació en Norteamérica, el vocablo que llegaría a tener en todo el mundo carta de naturalización para designar esta especie de periodismo vociferante, que fue "amarillismo", originado en los dibujos del *Yellow Kid*; y fue, en fin, en Estados Unidos, donde las historietas cómicas, la publicidad en escala enorme y el derroche de recursos para ganar una noticia, marcaron rumbos y dieron, al periodismo, su perfil inequívoco, poderoso y audaz.

Pese a la amplitud de otros medios de difusión, la prensa escrita sigue siendo básica en la orientación y en la atención públicas. Según una encuesta realizada por la Psychological Corporation, "de 4,000 personas consultadas en 196 ciudades y pueblos de distintas regiones del país, el 85 por ciento lee uno o más diarios todos los días, en comparación con el 74 por ciento que escucha radio, el 40 por ciento que lee libros y el 12 por ciento que frecuenta el cine" (235). Sin embargo, mientras el promedio de tiempo dedicado a oír radio es de 85 minutos diarios, la lectura de diarios consume un promedio de 35 minutos por persona.

Dentro de esta singularísima perspectiva, ocurre que, en el nivel cotidiano, la prensa de los Estados Unidos alcanza proporciones muy destacadas que se convierten en las siguientes cifras: 1,755 diarios, 544 periódicos do-

minicales y 8,268 semanarios, con tirajes que corresponden a tales tipos de publicaciones, respectivamente, en esta forma: 57.805,445 ejemplares diarios; 47.044,349 en el segundo grupo; y 18.725,952 para el tercero. Es característico del periodismo norteamericano el que algunas de sus publicaciones diarias tienen una gran cantidad de páginas, hasta el punto de que el *News York Times* ha llegado a lanzar ediciones de hasta 400 páginas, con un peso de dos kilos.

Otro dato saliente en él es la existencia de "cadenas" periodísticas, que, al modo de la *Hearst*, la *Scripp-Howards*, la *Gannett* y la *Knight*, dominan a varios diarios y ejercen un gran influjo social.

De las publicaciones diarias, las más importantes son: *New York News*, que en 1957 llegó a tirar 2.014,542 ejemplares, y 3.564,865 los domingos; y después, con ediciones de más de 500,000 cada uno: el *Chicago Tribune*, el *New York Mirror*; el *Philadelphia Bulletin*, el *New York Times*, el *Philadelphia Inquirer*, el *New York Journal-American* y el *Chicago Sun Times*. Con cifras menores, pero de más de 300,000 ejemplares diarios, se encuentran: *Los Angeles Times*, *Chicago American*, *Detroit News* y *Los Angeles Examiner*.

En lo que ve al género de revistas, el tiraje es, en muchos casos, verdaderamente mayúsculo, como sucede con las siguientes, cuyo tiro se menciona a continuación: *Reader's Digest* (11,390,918 ejemplares), *Life* (5.961,154), *Ladies' Home Journal* (5.614,599), *TV Guide* (5.470,177), *Saturday Evening Post* (5.449,193), *Look* (5.378,464), *McCall's Magazine* (5.303,239), *Better Homes and Gardens* (4.371,237), *Good Housekeeping* (4.379,237), *Family Circle Magazine* (3.942,945), *American Home* (3.259,925) y *Woman's Day* (3.111,942).

La prensa canadiense

La circunstancia de que en el Canadá se hablen dos idiomas, el inglés y el francés, influye para la doble situación que la prensa tiene allí. Hay, en efecto, un total de 94 diarios canadienses, pero de ellos 82 se editan en lengua inglesa, y el resto en lengua francesa. Una proporción semejante hay en lo que se refiere a revistas semanarias, de las que existen, en total, 860, y de ellas son 736 en inglés, y 127 en francés. Mas dado que desde las postrimerías de la Segunda Guerra Mundial se produjo una fuerte inmigración europea de varios orígenes al Canadá, se siguió la aparición de revistas en lenguas ucraniana, alemana y polaca.

Dato particular de este país es el de ser el primer productor de papel en el mundo.

La prensa latinoamericana

Una visión de conjunto de la obra periodística en América Latina arroja los siguientes resultados: medio centenar de Escuelas de Periodismo; y 853 diarios con una circulación de 13.434,214 ejemplares. La baja circulación relativa de periódicos en América Latina —si se la compara con Europa Occidental, Canadá, Japón o los Estados Unidos— es consecuencia, tauto

de la dispersión en que se hallan las poblaciones, cuanto a los grandes índices de analfabetismo que algunas naciones latinoamericanas resienten.

Por lo que ve al número de diarios, la situación en orden decreciente es ésta, según los países: Brasil (230), México (173), Argentina (129), Perú (53), Chile (45), Cuba antes del establecimiento del actual régimen marxista (44), Colombia (39), Venezuela (27), Uruguay (26), Ecuador (23), Panamá (12), El Salvador (7), Bolivia (6), Costa Rica (6), Nicaragua (6), Honduras (6), Haití (6), Guatemala (5), República Dominicana (5) y Paraguay (5). En la circulación diaria total de ejemplares en América Latina pueden consignarse estos números: Brasil (3.169,046 ejemplares), Argentina (3.027,381), México (1.707,686), Colombia (1.088,431), Chile (957,600), Cuba, con la aclaración anterior (718,394), Venezuela (631,412), Uruguay 589,850, Perú (491,866), Ecuador (225,530), Bolivia (115,000), Panamá (111,373), Costa Rica (108,323), El Salvador (105,022), Guatemala (92,200), Nicaragua (83,300), República Dominicana (73,000), Paraguay (63,700), Honduras (46,000) y Haití (34,800 ejemplares cotidianos). (236).

Las anteriores investigaciones fueron recabadas por el Centro Internacional de Estudios Superiores de Periodismo para América Latina, establecido en Quito, Ecuador, en 1960, equiparable al Centro Internacional de Enseñanza Superior, que funciona en Estrasburgo, Francia, para el ámbito europeo.

El bloque comunista

La difusión del dominio comunista en el mundo, especialmente después de la Segunda Guerra Mundial, cambió la fisonomía y las características generales de la estructura social de los pueblos del este de Europa, de China, de Corea del Norte, del Vietnam del Norte y de Cuba.

Empero, la base de proyección y aun de dirección de este movimiento ha estado en la antigua Rusia, convertida desde 1917 en Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas, por la acción de los bolcheviques dirigidos por Lenin, Trotsky, Kamenev, Zinoviev y otros revolucionarios de formación marxista (237). La situación de la prensa soviética en la actualidad es típica, y da el modelo que, con los matices propios de cada región, tienen a su vez las demás naciones que se hayan dentro del ámbito comunista; y tal panorama cuenta con el siguiente perfil, claramente manifestado y rotundo: "En Rusia todas las formas de periodismo, como dice Frazer, están regimientadas estrictamente, hecho que concuerda desde el principio con la política soviética. Lenin dijo cierta vez que el diario 'no sólo es un propagandista colectivo y un agitador colectivo, sino también un organizador colectivo', y Stalin definió a la prensa como 'el arma con cuya ayuda el partido habla a la clase trabajadora en su propio idioma día tras día y hora tras hora'.

"Aunque no existe libertad de prensa en la U.R.S.S., ésta no carece de diarios y revistas. En efecto, en la Unión Soviética hay unos cinco mil periódicos y cerca de un millar de revistas. Los diarios van desde *Pravda* e *Izvestia*, que tiran millones de ejemplares, hasta los pequeños periódicos locales de pueblos y distritos rurales. Estas publicaciones no sólo aparecen en idioma ruso sino también en los de las principales nacionalidades mino-

ritarias que componen la Unión Soviética. Además, las revistas no sólo son de carácter general sino especializado. Existen publicaciones para agricultores, para personal militar, para escritores, para ferroviarios, para adolescentes, y para niños menores de diez años de edad. Todas por supuesto, hablan con una sola voz, la voz que dimana del Kremlin" (238).

La única verdad y el único conocimiento posibles, dentro de este mundo, son los que se aprueban desde los mandos supremos de la política general.

Reflejo especialísimo del periodismo soviético, o del periodismo de otros países de igual ideario en sus labores de proselitismo internacional, son las publicaciones que a precio mínimo, o gratuitas, se distribuyen con gran profusión, y de las que son ejemplo, entre las que circulan en América Latina para estos fines: *Unión Soviética*, *La Mujer Soviética*, *Siglo Veinte*, *China*, y muchas otras más, sin contar con los boletines de información que las embajadas realizan, o de las subvenciones que se otorgan a periódicos y revistas indígenas.

La prensa en Asia

En el Continente Asiático la prensa ofrece los más vivos y rudos contrastes, como producto natural de las heterogéneas condiciones que allí se viven. En esa parte del mundo en la que hay conglomerados de muy elevada condición cultural, como el Japón, o que viven, en cambio, en un estado de analfabetismo crónico, no era posible que la prensa dejase de reflejar las vivencias sociales, de suerte que, a través de ella, puede medirse la variada importancia que la cultura escrita tiene entre tales pueblos.

En estas condiciones, en el Archipiélago Japonés, con un número de iletrados mínimo, se editan los diarios de mayor circulación en el mundo, como ocurre con el *Asahi Shimbun*, de Tokio, y el *Mainichi*, de Osaka, con tirajes de más de 8 ó de más de 7 millones de ejemplares cotidianos. La capacidad periodística nipona es de las más altas en cualquier sentido, pese a las dificultades de un idioma que cuenta aún, no obstante la gran simplificación de que ha sido objeto, con cerca de 1,400 signos. Conviene mencionar, por su extraordinaria significación, el hecho de que el *Asahi Shimbun*, queriendo extender su radio de acción hasta los últimos puntos del Japón, ha puesto en marcha un sistema de transmisión por ondas radiotelegráficas ultracortas que permite imprimir el periódico simultáneamente en la ciudad de origen y en las poblaciones receptoras, que están alejadas incluso mil kilómetros entre sí, efectuándose la impresión mediante rotativas offset ultrarrápidas.

En el Japón se publican, además de los periódicos en lengua vernácula, cuatro diarios en inglés; y funcionan dos agencias de prensa que son: la *Kyodo News Service* y la *Jiji Press Ltd*, sumamente eficaces.

A su vez, en la India hay multitud de periódicos, muchos de los cuales son diarios. Debido a las dificultades idiomáticas, nacidas de la multiplicidad de idiomas que allí se hablan, la mayor parte de los grandes diarios se editan en lengua inglesa, aunque los hay también en idioma hindú, urdú, bengalí, gujerati, tamil, mahrati y teluga. Cuentan con las informaciones

extranjeras que les proporcionan las agencias internacionales, pero también con los servicios de dos agencias nativas, que son la *Press Trust of India* y la *United Press of India*.

Filipinas dispone de 22 diarios que se publican, la mayor parte de ellos, en Manila. Los idiomas que se usan al respecto, son fruto de la tradición histórica del país, pues 9 se editan en inglés, 4 en chino, 3 en español y 2 en tagalo. Se haya establecida, asimismo, una agencia noticiosa, que es la *Phillippine News Service*.

La situación de la prensa en la China continental es diferente, en nuestros días, a la que había antes de 1949, en que se instauró violentamente el régimen comunista. Bajo el dominio integral del gobierno, todos los medios de difusión —prensa, radio y televisión— son simples instrumentos de propaganda. Una verdadera "muralla china" de propaganda circunda a la nación, y no existe prensa independiente, por lo cual el pueblo está sujeto a los dictados que quieran imponérsele, y expuesto a no saber ni poder comentar sino lo que desde las cumbres del poder se manda y dispone.

En los demás países asiáticos, la prensa sigue el ritmo de sus condiciones culturales, siempre ensombrecidas por el espectro del analfabetismo. Esto puede afirmarse no sólo de lo que hay en el Extremo y en el Medio Oriente, sino también del Cercano Oriente, hecha excepción, acaso, de Turquía, y sobre todo del Líbano, cuyo índice cultural es el más alto entre los pueblos de cultura árabe. En el Asia Menor, debido a antecedentes explicables, se editan diarios en las lenguas de los antiguos países dominadores, es decir, inglés y francés.

Caso aparte, geográfica, cultural y socialmente hablando, es el de Oceanía, en la cual los dos centros sustanciales, Australia y Nueva Zelanda, tienen una prensa muy apreciable. En Australia, los puntos de mayor interés periodístico, por sus ediciones, son Sidney (que tiene 4 diarios), Melbourne (4 también), Brisbane, Adelaida y Perth (con dos diarios en cada población). Los periódicos no diarios suman 672, con un tiraje de 3 millones de ejemplares. La creciente inmigración llegada de varias partes de Europa ha determinado que se publiquen periódicos en lenguas distintas de la británica.

En grado menor se halla Nueva Zelanda, que cuenta con dos diarios, con tiraje inferior a 100,000 ejemplares.

La prensa africana

De todos los países africanos, son dos los que tienen mayor desenvolvimiento periodístico: Sudáfrica, que tiene 19 diarios, y Egipto, que cuenta con 46, aunque el número de ejemplares editados es mayor en la primera nación, como quiera que llega a 750,000, mientras en Egipto es de sólo 500,000.

Fuera de tales sitios, la prensa africana se debate en situaciones no siempre propicias, aunque sí estimulantes. Hay, desde luego, la rémora del analfabetismo, pero hay también el interés de superar las condiciones tradicionales, y esto acucia y da incentivo a la búsqueda de nuevas fórmulas de mejoramiento cultural y humano. Así, en la reunión efectuada del

24 de enero al 6 de febrero de 1962 en París, por expertos en los medios de información, se elaboraron recomendaciones que fueron puestas después a consideración de la Comisión Económica de las Naciones Unidas para África que tuvo lugar posteriormente en Addis-Abeba, y los representantes africanos aprobaron por unanimidad el "conceder la prioridad que convenga, en los programas de desarrollo económico y social, a las medidas recomendadas en el informe de la UNESCO, con vistas a la expansión o al mejoramiento de los medios de información".

Eso significa que se ve en la prensa y en los otros medios de difusión, elementos esenciales para el presente y el porvenir inmediato de un Continente que ha asistido, en los últimos años, al nacimiento de multitud de países. Los periódicos tienen, pues, sitio eminente en las tareas renovadoras, ya editados en inglés o en francés, o ya en lenguas indígenas, de que son ejemplos típicos: la cadena de prensa bantú, en Sudáfrica, y el periódico *Mambo Leo*, que es el más antiguo periódico en lengua swahili, en Tanganika, que ha salido a la circulación desde el año de 1923, con un tiraje actual de 36,000 ejemplares. Las dificultades que tiene la prensa africana en general siguen siendo muy apreciables, y pueden resumirse, como lo dijo Pierre Vilain, periodista francés director de la revista *Ageterraine*, de Mbaraba, Uganda —misionero seglar al servicio de la Iglesia Católica—, en los siguientes puntos: a) la mayoría de la población no sabe leer; b) la mayoría de la población vive del producto de su plantación, sin salario fijo; c) las distancias son considerables y las poblaciones esparcidas; y d) los medios de comunicación son precarios o a veces inexistentes, cuando uno se aleja de los grandes ejes.

Pese a todo, la prensa desempeña una tarea que va creciendo gradualmente en importancia, y, vale decir también que ello se efectúa dentro de un ámbito de libertad más o menos amplio, salvo en algunos lugares donde el nacionalismo exagerado, o el sentido fanático impulsado por algunas autoridades, ha producido actos de persecución contra minorías religiosas que alcanza seguramente a sus publicaciones. Tales son los casos, para no citar sino los más relevantes, del Sudán, dominado por un grupo musulmán que ha hecho objeto de persecución a la población cristiana del sur, y el Congo, donde las diferencias políticas y tribales han dejado una estela de sangre.

África, sin embargo, es reserva humana de enorme significación.

Las agencias informativas

Desde que el telégrafo, el teléfono y la radiotelegrafía se perfeccionaron, el periodismo mundial contó con el auxilio inapreciable de las agencias de información que, en forma de redes de acción localizadas en multitud de sitios, podían, a través de las noticias enviadas por sus corresponsales, servir a diarios y revistas que, de otro modo, acaso no podrían disponer de la variedad infinita de datos que pudieron llegarles de toda la redondez de la Tierra.

Lo ideal, por supuesto, sería que cada periódico estuviese en posibilidad de obtener las noticias mediante la presencia de sus propios elementos, para que la información respondiese mejor a la fisonomía de cada publica-

ción. Y es que, por objetivo que sea el corresponsal de una agencia cualquiera, por impersonales que sean sus informes, es inevitable que su criterio, su cultura, su formación y su idiosincracia nacional, influyan en su manera de captar la noticia y de transmitirla. Tal como están las cosas, es imposible, sin embargo, que ningún diario o revista, por poderosos que sean, dispongan de todo el cuerpo de enviados que tendrían que estar presentes en todos los países del mundo para que la obtención de datos fuese simultánea, continua y eficaz. En todo caso, se recurre, como complementación indispensable, a los enviados especiales, o a la labor de corresponsales en sitios estratégicos, pero nada más. El resto —que es enorme— lo cumplen, como función insoslayable, las agencias noticiosas.

Las agencias norteamericanas

Los Estados Unidos dieron cuenta de los primeros esfuerzos en la caza de noticias, cuyo envío dependía de las postas, de los viajes en embarcaciones fluviales o marítimos, y de las palomas mensajeras. "Los precursores de la obtención de noticias fueron Samuel Topliff y Harry Blake. Topliff estableció la primera 'mesa de noticias' en Boston a principios del siglo XIX, vendiendo información sobre la bolsa y el movimiento marítimo.

"Blake recorría el puerto de Boston en un bote a remo para interceptar los paquebotes que llegaban de Europa y después vender, o tratar de vender, todo asunto noticioso que lograrse reunir". (239).

Tiempo más tarde, los diarios más importantes de Nueva York unieron sus esfuerzos para obtener algunas clases de información. Sin embargo, en 1828 "tropezaron con la fuerte competencia de David Hale y Gerard Hallock, quienes compraron el *Journal of Commerce* y no tardaron en trasplantar a Nueva York los métodos iniciados por Topliff y Blake. Con ellos, sin embargo, el bote a remo cedió su puesto a un yate llamado *Journal of Commerce*, que hacía viajes regulares, alejándose treinta o cuarenta kilómetros más allá de Sandy Hook al encuentro de los barcos que llegaban. Además también establecieron un semáforo telegráfico en Sady Hook que retransmitía a Staten Island las noticias desde el yate por señales, desde donde se las despachaba a Manhattan". (240) Ambos periodistas establecieron también un servicio de postas desde Filadelfia, para la obtención de noticias nacionales.

Por su parte, D. H. Craig utilizó palomas mensajeras para enviar las noticias que obtenía de los barcos procedentes de Europa, soltándolas entre 70 y 80 kilómetros del puerto.

Estos métodos se utilizaron hasta el advenimiento definitivo del télégrafo.

Hacia 1848, la comunidad de reporteros portuarios de Nueva York y Boston financió veleros rápidos que iban también al encuentro de los barcos europeos, a fin de procurarse, igualmente, las noticias que éstos traían, y "así nació la gran agencia de los Estados Unidos: *La Associated Press*" (241), que habría de llegar a convertirse en la empresa noticiosa de mayor poderío en el mundo.

Fue el *Times* de Londres el primer periódico que tuvo un servicio or-

ganizado de corresponsalías a su servicio. Disponía de una serie de agentes que desde la India le enviaban informes, mientras otros tenían sus sedes en Alejandría y Malta, desde donde enviaban los datos que arribaban a través de Francia. "Pero el sistema le costaba al diario más de 10,000 libras esterlinas por año" (242), y esto hacía imposible extender el servicio a todas partes, y menos aún que pudiese ser imitado por órganos de prensa de poderío económico más endeble. Las comunicaciones crecientes, y la urgencia de contar con una información certera y rápida, sobre todo de carácter financiero y comercial, capaz de pesar en el curso de las operaciones bursátiles mundiales, o de influir en el gran tráfico mercantil, llevó a la creación de las grandes agencias de prensa, y después a las empresas meramente noticiosas.

Havas y Reuter

La primera en Europa fue la agencia *Havas*, establecida por Charles Havas, antiguo comerciante portugués radicado en París, en 1835, que compró una "oficina de correspondencia", la Oficina Bornstein, a la cual convirtió en *La Correspondencia Garnier*, que distribuía, entre la prensa parisina, las informaciones obtenidas de diversas hojas europeas. "En 1840, Havas ideó vincular a Londres con París en lo tocante a noticias financieras, mediante un servicio de palomas mensajeras: éstas dejaban la primera de las ciudades citadas a las 8 de la mañana y llegaban a la segunda a las dos de la tarde" (243). La empresa tuvo éxito y Bruselas quedó unida al circuito. San Petersburgo fue el siguiente punto de enlace, y así, para 1860, esto le permitió a Havas enviar sus informes a 200 periódicos franceses de provincia.

Un empleado del servicio Havas, traductor, de origen judío alemán, Israel Beer Josaphat, fue pronto rival de su antiguo patrón. Nacido en Cassel, Alemania, de una familia en la que se contaban rabinos, banqueros, universitarios y comerciantes, se bautizó en Berlín, tomó el nombre de Julius Reuter y más tarde estableció una librería que, con la razón social *Reuter y Stargardt*, subsistió en Berlín hasta 1930. Beer, con ambición, se trasladó a París, donde publicó panfletos democráticos, y entró al servicio de Havas, pero poco tiempo después pensó en competir con éste. Y así, a partir de 1849 comenzó a enviar extractos de la prensa francesa a su país de origen, sobre todo noticias de Bolsa y de tipo comercial. "Su hallazgo esencial fue el de combinar la utilización del telégrafo eléctrico... cuyas primeras líneas ya estaban establecidas en la Europa Occidental, con palomas mensajeras que antiguamente habían servido ya a los Fugger, a los Medicis, a los Thurn y Taxis, a los Rothschild, al *Times* y a Charles Havas" (244).

En Berlín, entre tanto, el médico Bernard Wolff fundaba la primera oficina telegráfica de Europa, ayudado por su primo, el ingeniero Werner Siemens. Transmitía noticias desde la capital prusiana hasta Colonia, Amberes y Bruselas. Reuter entró en relación con Wolff y la red distribuidora de informes se amplió, sobre la base del telégrafo, allí donde lo había, o de las palomas donde éstas podían suplir a aquél. En Londres, Reuter trabajó también en la recopilación y difusión de noticias de Bolsa, y más

tarde en noticias de carácter general, convirtiéndose, así, en el fundador de la *Agencia Mundial Británica de Noticias Reuter's Ltd.*

La lenta transmisión de las noticias hasta fines del siglo XVIII y principios del siglo XIX, estaba superada definitivamente, y el periodismo podía dirigir sus ojos a todas partes del mundo. El telégrafo, los cables submarinos, los ferrocarriles y el teléfono, permitieron el arribo de los informes a poco de haber acaecido, hasta las mesas de redacción de todos los diarios de la Tierra. Antes, apenas unos años antes, la situación era muy otra: la noticia sobre la victoria de Nelson en Abukir, en 1798, tardó dos meses en llegar a Londres; la de Waterloo, requirió cuatro días para ser publicada en el *Morning Chronicle*, y aun la muerte de Napoleón, en 1821, no se dio a conocer sino varios días después en la prensa inglesa.

Ampliadas, pues, las funciones de las agencias, que cobraron vuelo, y ya con aliento propio, o ya con apoyos y financiamientos oficiales —sobre todo en Europa—, llegaron a constituirse en puntos de sustentación del periodismo contemporáneo, al que le fue dable, por ellas, llegar a los lugares más insospechados. De hecho, sin embargo, la inmensa mayoría de las agencias mantuvieron cierta autonomía, o completa autonomía en sus labores propias, y no hubo, antes de 1914, agencias estatales sino en la Rusia Zarista y en el Imperio Austro-húngaro.

De esta suerte, las oficinas de información de esta clase se desarrollaron y llegaron a constituir empresas sumamente poderosas, aunque en los últimos decenios se ha presentado en los países totalitarios el fenómeno de auspicarse, por parte de los gobiernos de éstos, no sólo el dominio integral de los periódicos, sino también de las agencias distribuidoras y receptoras de noticias.

Las principales agencias

Con tales antecedentes, puede formularse la lista de las redes noticiosas más importantes en los últimos años, en los siguientes términos:

a) La *Agencia Havas*, supervivió hasta la última guerra mundial, modernamente reemplazada por la *France Press*, en Francia, que según su estructura es una empresa estatal;

b) la *Agencia Mundial Británica de Noticias Reuter's Ltd.*, de Inglaterra, que en nuestros días, por la intervención relativa del Imperio y de la prensa inglesa, es una "cooperative property of the British Press" (245);

c) la *Agencia Telegrafica Stefani*, fundada en 1853 por Guglielmo Stefani, en Turín, que adquirió carácter semioficial en Italia, aunque en nuestros días es la *Agenzia Nazionale Stampa Associata*, la principal en este país;

d) La *Associated Press* y la *United Press*, en los Estados Unidos;

e) la *Agencia Telegráfica Wolff* (WTB) y la *Unión Telegráfica* (TU) de Alemania, que el gobierno hitlerista fundió coactivamente en una sola: la *DNB*, o *Agencia Alemana de Noticias*, para lo interior, mientras para el exterior se creó el *Servicio de Prensa Europeo y Transoceánico*; todo lo cual, naturalmente, desapareció al ser derrotado el nazismo;

f) el *International News Service (INS)*, de Estados Unidos, que es un departamento del consorcio Hearst, fundado en 1909:

g) la *Rosta (Rossiyskoye Telegrafnoye Agentstvo)* quedó establecida en Rusia al triunfo de los bolcheviques, como organismo que sustituyó a la zarista *Agencia Telegráfica de San Petersburgo*, que dependía del gobierno. La *Rosta* no sólo distribuía noticias, sino también toda la propaganda del nuevo régimen comunista; pero desde 1925 se consideró necesario un servicio exclusivo de información que recibió el nombre de *Telegrafnoye Agentstvo Sovjetskavo Sayusa*, mejor conocido por sus siglas de TASS, y que ejerce el monopolio de la información en la URSS, bajo la dependencia del Kremlin, ya que, de conformidad con el criterio oficial sustentado en la materia, "el deber de la noticia es la educación de los trabajadores, bajo la dirección general del partido" (246);

h) *Noticias Católicas (NC)*;

i) aparte de las anteriores, en casi todas las naciones del mundo hay agencias informativas, generalmente privadas, en los regímenes democráticos, porque en los de corte totalitario, las empresas noticiosas son siempre oficiales y ejercen un dominio informativo excluyente.

Escuelas de periodismo

Hasta principios de este siglo, no se creyó que el periodismo constituyese una profesión que requiera estudios especializados. Cualquier individuo, con cierta facilidad para escribir y con un mínimo de conocimientos, podía, como de hecho ocurrió, dedicarse al trabajo de información y comentario en las publicaciones, sin que hubiese reglamentación ni ordenamientos de ninguna clase al respecto.

Ello no obstante, la situación se ha modificado de manera sensible en los últimos decenios. "Nada puede ilustrar mejor la índole cambiante del periodismo, y su evolución hacia una categoría más profesional, dice Hohenberg refiriéndose a los Estados Unidos, que la transformación casi completa de la enseñanza de la nueva generación de periodistas.

"En tanto que, allá por 1920, eran pocos los periodistas que habían recibido una educación universitaria y más pocos aún los graduados de escuelas de periodismo, actualmente es difícil obtener empleo como reportero en cualquier periódico de prestigio sin tener algún título universitario. De hecho, son muchos los periodistas que tienen dos o más títulos universitarios" (247).

Los primeros intentos para la organización de cursos destinados a la preparación de periodistas se llevaron a cabo en Estados Unidos a mediados del siglo XIX, pero no fue sino hasta la presente centuria cuando, en dicho país y en el resto del mundo se comprendió la importancia de las escuelas periodísticas que, salvo en contados sitios, tienen ya plena aceptación: a veces, como cursos de carácter libre, a veces a nivel universitario, pero siempre con la tendencia a considerar al periodismo como una profesión que requiere, más que nunca, aptitud, conocimientos, cultura y destreza, al servicio de la verdad y del bien público.

BIBLIOGRAFIA

- 210 J. REY Y N. DREWS: *La Técnica en la Historia de la Humanidad*. Colección Oro. Editorial Atlántida. Buenos Aires. 1957. Pág. 210.
- 220 *Ibid.* Pág. 211.
- 221 ALTABELLA: *Op. cit.* Pág. 587.
- 222 REY PASTOR: *Op. cit.* Pág. 219.
- 223 *Ibid.* Pág. 220.
- 224 ALTABELLA: *Op. cit.* Págs. 589 y 590.
- 225 RICHARD D. HEFFNER: *A Documentary History of the United States*. Published by The New American Library. New York. Pág. 34.
- 226 *Ibid.* Pág. 35.
- 227 *Declaración Universal de Derechos Humanos*. Oficina de Información Pública de las Naciones Unidas. México.
- 228 MANUEL SAUGAR: *Leyes Políticas de México*. Ediciones Botas. México. 1954. Pág. 9.
- 229 *Ibid.* Pág. 128.
- 230 TOMÁS CERRO CORROCHANO: *Panorama de la Prensa Mundial*, en *El Periodismo. Teoría y Práctica*. Editorial Noguer, S. A. Barcelona-México. 1960. Tercera edición.
- 231 DANIEL OLMEDO: *Manual de Historia de la Iglesia*. Editorial Buena Prensa. México. 1950. Tomo III. Pág. 337.
- 232 JOSÉ LUIS GUTIÉRREZ GARCÍA *Doctrina Pontificia. Documentos Políticos*. Tomo II. Biblioteca de Autores Cristianos. Madrid. 1958. Sección Quinta. Pág. 642 y sigts.
- 233 BENITO MUSSOLINI: *El Fascismo*. Colección El Mundo de Hoy. Ediciones Argentinas "Cóndor". Buenos Aires. 1933. Pág. 46.
- 234 AQUILINO MORCILLO HERRERA: *Situación Legal de la Prensa en los Principales Países*, en *El Periodismo. Teoría y Práctica*. Editorial Noguer, S. A. Barcelona-México. 1960. Tercera edición.
- 235 FRAZER: *Op. cit.* Pág. 34.
- 236 CENTRO INTERNACIONAL DE ESTUDIOS SUPERIORES DE PERIODISMO PARA AMÉRICA LATINA: *La Prensa Escrita (Diarios) en América Latina*. Edit. Universitaria. Quito. 1960. Págs. 68 y 69.
- 237 MARTÍN LUDWIN SCHLESINGER: *El Estado de los Soviets*. Biblioteca de iniciación Cultural. Colección Labor. Barcelona-Buenos Aires. 1932. Segunda edición. Pág. 18.
- 238 FRAZER: *Op. cit.* Pág. 44.
- 239 *Ibid.* Pág. 106.
- 240 *Ibid.* Pág. 106.
- 241 EMIL DOVIFAT: *Periodismo*. Unión Tipográfica Editorial Hispano Americana. México. 1959. Tomo I. Pág. 64.
- 242 CALVET: *Op. cit.* Pág. 123.
- 243 *Ibid.* Pág. 123.
- 244 *Ibid.* Pág. 124.
- 245 DOVIFAT: *Op. cit.* Tomo I. Pág. 77.
- 246 *Ibid.* Pág. 86.
- 247 JOHN HOENBERG: *El Periodista Profesional*, Editorial Letras, S. A. México. 1962. Pág. 19.

CONSIDERACIONES GENERALES

1.—El afán de saber y el afán de informar han existido, sin duda, desde la aparición misma del hombre; pero no fue sino hasta que surgió la escritura, acaso hace 3,000 ó 3,500 años a de J. C., cuando la actividad de información pudo quedar vertida en documentos que perpetuaron la noción de los hechos.

2.—En el haber de las culturas antiguas apenas se encuentran datos que, con más buena voluntad que con identificación cabal, pueden tomarse como antecedentes del periodismo, como son los casos de algunos escritos egipcios o de los informes redactados por los sacerdotes hebreos, o bien, ya entrada la Edad Media, la *Gaceta de Pekín*, en China, que fue el primer periódico en esa lengua. En realidad, con las *Acta diurna* romanas, en tiempos de Julio César, se apuntó ya un trabajo de tipo periodístico, al mismo tiempo que comenzó a aflorar la tendencia oficialista de dar a conocer los informes con interés político.

3.—No hay huella de periodismo en los primeros siglos de la Edad Media. Sin embargo, hubo en sus últimos años, los conductos de información y relatos de hechos que, por disposición de los monarcas, consignaban el acaecer de su momento; y hubo, asimismo, relaciones manuscritas, avisos, cartas y hojas de noticias de las que se hacían copias que circulaban de mano en mano.

4.—Con el invento de la imprenta, realizado por Gutenberg —que tuvo antecedentes de interés lo mismo en Asia que en Europa—, y con el uso del papel, inventado en China, el periodismo pudo contar con mejores instrumentos para su difusión, e incluso comenzó a ser utilizada aquella en América desde la centuria siguiente, por más que en este Continente sirviese, al principio, más que nada, para la publicación de libros.

5.—En los años iniciales de la Edad Moderna, en Italia, cuyas ciudades marítimas eran centro de gran tráfico comercial, fue donde aparecieron en profusión las "hojas de avisos" que contenían informes, sobre todo de tipo mercantil, aunque hubo, en forma paralela, cartas que circulaban privadamente, y en las cuales se contenían, asimismo, datos de interés. La amplitud de las operaciones de la época dio ocasión a que se estableciesen verdaderas redes de corresponsales que mantenían informados, especialmente, a los grandes señores venecianos.

6.—Coincidió con el anterior hecho, el proceso del precapitalismo durante el cual algunas grandes familias, sobre todo de origen germano, impulsaron multitud de empresas que los orillaron como era indispensable, a tener también una aportación continua de noticias que los tuviesen al tanto de lo que a sus negocios importaba. El caso de los Fugger

o Fucar fue típico en este sentido: sus *periódicos* privados recibieron el nombre de *ordinari-zeitungen*, que en ocasiones contaban con ediciones suplementarias, llamadas a su vez *extraordinari-zeitungen*. En Francia y en Inglaterra hubo experiencias semejantes que recibieron a su vez los nombres de *nouvelles à la main* y *news letters*.

7.—Para el público en general había, por ese entonces, *hojas volantes* impresas que contenían informaciones de atracción común, e incluso, a principios del siglo XVI, se sabe de la edición de semanarios en suelo alemán, que respondían a la misma necesidad de atender al deseo de contar con datos de cuanto ocurría en el mundo. Nombres que después habrían de tener dilatada aceptación en el periodismo, como fueron los de *zeitungen*, en Alemania; *mercurys* en Inglaterra; *courriers*, en Francia; *gazetta*, en Italia, comenzaron a utilizarse para designar los papeles impresos que contenían noticias.

8.—En América, la imprenta llegó, a los dominios españoles, en diversas épocas; mas fue hasta el siglo XVIII cuando las informaciones impresas constituyeron la base del periodismo en nuestro ámbito cultural, de ello fueron ejemplo *La Gaceta de México* editada en 1722 por Castorena y Ursúa, la *Gazeta de Goathemala*, de 1729, y la *Gazeta de Lima*, de 1743, como expresiones de un propósito de difusión de noticias y comentarios que se mantuvieron siempre en un plano de cultura, de indentificación con las corrientes literarias o científicas de su momento, pero al margen de toda inquietud política que significase modificación de la estructura que entonces se vivía. Esto mismo puede afirmarse de las colonias inglesas de Norteamérica, a las cuales llegó la imprenta en 1638. El primer periódico en dichas colonias, editado a fines del citado siglo XVIII, fue el *Publick Occurrences both Foreign and Domestick*, publicado por Benjamín Harris, periódico al que siguieron otros en el curso de la centuria posterior.

9.—En la historia del periodismo mundial destaca mucho la figura de Teofrastró Renaudot, francés, que vivió a fines del siglo XVI y a principios del XVII, y a quien se debe en tiempos de Richelieu la sistematización de la labor de información y comentario por la prensa, a través de su *Gaceta*. Su obra tuvo eco, y en otras partes de Europa, especialmente Holanda, comenzaron a publicarse multitud de periódicos que tuvieron difusión apreciable. En Francia el periodismo ganó adeptos cada vez en mayor número, aunque es dable establecer un contraste claro entre la prensa francesa de este tiempo, que sufría las obvias limitaciones impuestas por el absolutismo y la prensa de Holanda que se desenvolvía dentro de un margen de mayor libertad, lo cual era un dato de mucha importancia.

10.—El periodismo inglés sufrió persecuciones tanto con Carlos I como con el gobierno republicano que lo sucedió. Así, en 1622 se promulgó la *Licensing Act*, que coartaba la libertad de expresión, y en 1643, el Parlamento estableció el régimen de censura, briosamente atacado por Milton y por otros compatriotas suyos, que lo consideraban incompatible con las exigencias más elementales de la razón y de la libertad.

Con motivo de la caída postrera de los Estuardos, todo el sistema de represión contra la prensa desapareció legalmente, se derogó la *Licen-*

sing Act, y sin necesidad de que hubiese una ley especial, la prensa inglesa entró a una etapa de libertad indiscutible, en una situación legal, social y política ajena a las represiones gubernamentales.

11.—En el siglo XVIII y en el curso del siglo XIX, aunque hubo periódicos que quisieron ser sobre todo órganos de información escueta y objetiva, lo dominante fue el periodismo de opinión, de partido, de expresión de ideas, de combate, como ocurrió en Francia y en los países que recibieron la influencia de su pensamiento revolucionario —Iberoamérica inclusive, cuya prensa en la era insurgente tomó siempre sitio en favor o en contra de los movimientos rebeldes—; o bien, fue llamativo el hecho de que otro sector del periodismo activo se constituyese en portavoz de las corrientes literarias de la época.

El anterior acento militante tuvo ejemplos destacados en México y en el resto del ámbito iberoamericano al correr de la pasada centuria, ya que a través de sus páginas se debatieron —con mayor o menor fortuna— las tesis políticas y sociales que entonces agitaban a los espíritus.

12.—El gran auge de la tarea periodística apareció como fruto de la mayor interrelación del mundo, del aumento de los intereses económicos, de las grandes pugnas políticas, del crecimiento en el número de personas alfabetizadas, de la superación en las comunicaciones, y de las mejoras técnicas en lo tipográfico y en las materias auxiliares que, a través del siglo XIX, se fueron produciendo. Máquinas mejor diseñadas, superación de los sistemas de estereotipia, uso de rotativas, impresión por medio de máquinas que contaron con la fuerza del vapor o de la electricidad, linotipos y multitud de otros inventos conexos, dieron ocasión a que se llegase a un desarrollo verdaderamente prodigioso del periodismo, convertido en un auténtico “cuarto poder” cuyo pensar y cuyo sentir han influido en la integración y curso de la opinión pública.

13.—Empero, mientras en los países de signo democrático la prensa gozó y exigió —como goza y exige— un margen adecuado de libertad para sus labores, para el acceso a las fuentes de las noticias y a su publicación, en las naciones que los regímenes totalitarios dominaron y dominan —nazismo, fascismo, comunismo—, los órganos periodísticos se trocaron o se han trocado en simples instrumentos de propaganda y difusión del ideario que los respectivos gobernantes dispusieron o disponen en la materia. La historia contemporánea, la historia de estos últimos años, ha permitido a la Humanidad asistir a esa situación especialísima en la que el hombre, el ser humano común y corriente, se ha visto constreñido a pensar, a creer y aun a sentir según lo que los gobernantes totalitarios disponen al respecto. El dominio ejercido en la prensa, la exclusión terminante de todo margen indispensable de respeto a los derechos de la persona, y a su libertad, determina la creación de un estado de cosas en el que dicha persona se ve minimizada hasta extremos irritantes que pugnan con la más elemental justicia. La verdad es la que coactivamente se traza por el dictador o por la obligarquía que forma esa “nueva clase” que ha dicho Milovan Djilas, en cuyas manos está el destino de millones de hombres y mujeres de toda clase, dentro de un ambiente enrarecido en el que el espíritu se ahoga, y cuyas dimensiones fueron precisadas en esa expresión de André Gide escrita en su *Regreso de la URSS*, editada

en 1936, pero que sigue teniendo igual vigencia en nuestros días: "En la URSS, está admitido de antemano y de un vez por todas, que sobre todo y sobre cualquier cosa no puede haber más que una opinión... Cada mañana, la *Pravda* les enseña lo que hay que saber, pensar, creer. Y no hay que salir de esto"...

Y es que, cuando se acepta el sentido fatalista del materialismo, dialéctico o no, es inevitable que se excluya a la libertad, y excluida ésta, no es dable pensar en la existencia de una libertad concreta y específica, como es la libertad de prensa. Por ello la antinomia entre la democracia, con su devoción a la libertad, y el comunismo, con la sujeción que lleva consigo a todas las formas de actuación social, muestra, mejor que nada, la ruda oposición que hay entre estos dos estilos de vida, entre los cuales el mundo de nuestros días se debate.

15.—No es posible soslayar tampoco el riesgo de un uso ilegítimo de la libertad de prensa en los países democráticos, que puede llevar a formas de actuación contrarias a las exigencias de la moral, como son el sensacionalismo morboso, explotador de pasiones bajas; la deformación de las noticias o de los comentarios al servicio de intereses ocultos; el fomento de la obscenidad como instrumento de lucro; o el olvido culpable de las exigencias de la justicia, en aras de un sentido puro y fríamente mercantilista del periodismo.

16.—En los países subdesarrollados, la prensa, como se indicó a propósito de lo que en Africa ocurre, puede ser un instrumento de beneficio y superación, a medida que las barreras del analfabetismo y del indiferentismo vayan siendo superadas. Pero el estado de notorio retraso que en las artes gráficas se presenta en muchos de tales países, obliga a la asistencia y a la cooperación de parte de las naciones mejor dotadas y con más recursos. Algo de esto se hace y se lleva adelante ya, y un caso que lo muestra con elocuencia es el concurso de la prensa y la Iglesia Católica alemanas, que han proporcionado, en diversas ocasiones, materiales y especialmente maquinaria moderna a otras tantas publicaciones africanas o iberoamericanas.

17.—En fin, dada la importancia que el periodismo tiene en la vida de los pueblos, como medio de información, de cultura y de enjuiciamiento, se perfila cada vez con mayor urgencia una tarea: la de dignificarlo con autenticidad, con capacidad técnica y con un acendrado sentido moral que llame la atención —en medio de la crisis que tiene transido al mundo— sobre la importancia de los valores del espíritu en la vida humana.

Libertad, justicia, verdad y prudencia, son pilares éticos insoslayables en esta obra trascendente.

BIBLIOGRAFIA GENERAL

- 1 ALBANI, Juan; FINO, J. Federico; PENNA, Carlos V.; RUIZ, Emilio; SABOR, Josefa G.: *Manual de Bibliotecología*. Editorial Kapelusz. Buenos Aires. 1958. Segunda edición.
- 2 ALTABELLA, José: *Quince Etapas Estelares de la Historia del Periodismo*, en la obra: *El Periodismo. Teoría y Práctica*. Barcelona-México. 1960. Tercera edición.
- 3 ALTAMIRA, Rafael: *Manual de Historia de España*. Editorial Sudamericana. Buenos Aires. 1946.
- 4 ANDRÉ, Marius: *El Fin del Imperio Español en América*. Cultura Española. Barcelona. 1939.
- 5 ARISTÓTELES: *Política*. Editorial Tor. Buenos Aires. 1938.
- 6 BAZIN, Germain: *A Concise History of Art*. Thames and Hudson. London. 1958.
- 7 BELLOC, Hilaire: *Richelieu*. Editorial Juventud Argentina. Buenos Aires. 1942. Tercera edición.
- 8 BIRNIE, Arthur: *Historia Económica de Europa. 1760-1933*. Fondo de Cultura Económica. México. 1938.
- 9 BLOCH, M.: *Introducción a la Historia*. Breviarios del Fondo de Cultura Económica. México-Buenos Aires. 1957.
- 10 BOWRA, C. M.: *Historia de la Literatura Griega*. Breviarios del Fondo de Cultura Económica. México-Buenos Aires. 1950. Segunda edición.
- 11 BRAVO UGARTE, José: *Historia de México*. Editorial Jus. México. 1944. Tomos II y III.
- 12 BURCKHARDT, Jacob: *Historia de la Cultura Griega*. Editorial Iberia. Barcelona. 1947. Tomo I.
- 13 CANALS FRAU, Salvador: *Las Civilizaciones Prehispánicas de América*. Editorial Sudamericana. Buenos Aires. 1955.
- 14 CARDOSO, Joaquín: *El Comunismo y la Conspiración contra el Orden Cristiano*. Editorial Buena Prensa. México. 1950.
- 15 CARRINGTON GOODRICH, L.: *Historia del Pueblo Chino*. Breviarios del Fondo de Cultura Económica. México-Buenos Aires. 1954.
- 16 CENTRO INTERNACIONAL DE ESTUDIOS SUPERIORES DE PERIODISMO PARA AMÉRICA LATINA: *La Prensa Escrita (Diarios) en América Latina*. Edit. Universitaria. Quito. 1960.
- 17 CERRO CORROCHANO, Tomás: *Panorama de la Prensa Mundial en "El Periodismo". Teoría y Práctica*. Editorial Noguer, S. A. Barcelona-México. 1960. Tercera edición.
- 18 CONFUCIO "Los Cuatro Libros. José Janés. Editor. Barcelona. 1954.
- 19 CUEVAS, Mariano: *Historia de la Nación Mexicana*. Buena Prensa. México. 1953.
- 20 CHENON, Émile: *El Papel Social de la Iglesia*. Editorial Jus, México. 1946.
- 21 DAY, Clive: *Historia del Comercio*. Fondo de Cultura Económica. México. 1941.
- 22 DE LA PEÑA, Carlos H.: *Historia de la Literatura*. Universal 8va. edición. Editorial Jus. México. 1963.
- 23 DECLARACIÓN UNIVERSAL DE DERECHOS HUMANOS: Oficina de Información Pública de las Naciones Unidas. México.
- 24 DÍAZ-PLAJA, Guillermo y MONTERDE, Fco.: *Historia de la Literatura Española e Historia de la Literatura Mexicana*. Editorial Porrúa. México. 1955.
- 25 DOVIFAT, Emil: *Periodismo*. Unión Tipográfica Editorial Hispano Americana. México. 1959.
- 26 DURANT, Will: *Nuestra Herencia Oriental*. Editorial Sudamericana. Buenos Aires. 1956.

- 27 ENCYCLOPAEDIA BRITANNICA. Chicago, London, Toronto. 1946. Volumen XVIII.
- 28 ENCICLOPEDIA PRÁCTICA JACKSON. W. M. Jackson, Inc. Editores. México. 1962. Cuarta Edición.
- 29 ENCICLOPEDIA UNIVERSAL ILUSTRADA EUROPEO AMERICANA. Espasa-Calpe, S. A. Madrid. 1958. Tomo XLIII.
- 30 ESCARPIT, R. G.: *Historia de la Literatura Francesa*. Breviarios del Fondo de Cultura Económica. México-Buenos Aires. 1948.
- 31 FEBRES CORDERO G., Julio: *Tres Siglos de Imprenta y Cultura Venezolanas*. Universidad Central de Venezuela. Facultad de Humanidades y de Educación. Instituto Venezolano de Investigaciones de Prensa. Caracas. 1959.
- 32 FERNANDES LEYS, ALBERTO: *Sarmiento y el Periodismo*. Edición de la Escuela de Periodismo. Universidad Nacional de La Plata. La Plata, 1962.
- 33 FERNÁNDEZ DE CASTRO, José Antonio y HENESTROSA, Andrés: *Periodismo y Periodistas en Hispanoamérica*. Apéndice de la obra de GEORGES WEILL: *El Diario. Historia y Función de la Prensa Periódica*. Fondo de Cultura Económica. México. 1941.
- 34 FLAVIO JOSEFO: *Oeuvres Complètes*. Paris. Société du Panthéum Littéraire. MDCCCXLIII.
- 35 FLANKLIN, Benjamín: *Autobiografía*. Editorial Iberia. Barcelona 1954.
- 36 FORBES, R. J.: *Historia de la Técnica*. Fondo de Cultura Económica. México-Buenos Aires, 1958.
- 37 FRANK, Tenney: *Vida y Literatura en la República Romana*. Edit. Universitaria de Buenos Aires. Buenos Aires. 1957.
- 38 FRAZER BOND, F.: *Introducción al Periodismo*. Editorial Agora. Buenos Aires. 1959.
- 39 GABRIEL-ROBINET, L.: *Histoire de la Presse. Encyclopédie par l'Image*. Hachette. Paris. 1960.
- 40 GARCÍA ICAZBALCETA, Joaquín: *Bibliografía Mexicana del Siglo XVI*. México. Librería de Andrade y Morales, Sucs. 1886.
- 41 GAXOTTE, Pierre: *La Révolution Française*. Americ-Edit. A. Fayard & Cie. Paris. 1938. Tomo primero.
- 42 GETTELL, Raymond G.: *Historia de las Ideas Políticas*. Biblioteca de Iniciación Cultural. Colección Labor. Barcelona. 1950. Reimpresión. Tomo II.
- 43 GRIMAL, Pierre: *Dictionnaire des Biographies*. Presses Universitaires de France. Paris. 1958. Tomo primero.
- 44 GUEDEMAN, Alfred: *Historia de la Literatura Latina*. Biblioteca de Iniciación Cultural. Colección Labor. Barcelona. 1961. Segunda reimpresión de la tercera edición.
- 45 GUTIÉRREZ GARCÍA, José Luis: *Doctrina Pontificia. Documentos Politicos*. Tomo II Barcelona. Biblioteca de Autores Cristianos. Madrid. 1958.
- 46 HAMILTON, A. MADISON, J. y JAY, J.: *El Federalista, o la Nueva Constitución*. Fondo de Cultura Económica. México.
- 47 HAMPE, Carlos: *La Alta Edad Media Occidental en la Historia Universal* dirigida por Walter Goetz. Espasa-Calpe, S. A. Madrid. 1959. Quinta edición. Tomo III.
- 48 HEFFENER, Richard D.: *A Documentary History of the United States*. Published by The New American Library. New York. 1952.
- 49 HERVE, Gustave: *Nueva Historia de Europa*. México. Ediciones CAF. MCMXLIV.
- 50 HOHENBERG, John: *El Periodista Profesional*. Editorial Letras, S. A. México. 1962.
- 51 ISLAS GARCÍA, Luis: *Trinidad Sánchez Santos*. Editorial Jus. México 1945.
- 52 JIMÉNEZ RUEDA, Julio: *Historia de la Cultura en México. El Virreinato*. Editorial Cultura. México. 1950.
- 53 LANGER WILLIAM: *Enciclopedia de la Historia del Mundo*. Tercera edición. Editorial Sopena Argentina. Buenos Aires. 1955.
- 54 LEDRÉ, Charles: *Histoire de la Presse*. Les Temps et les Destins. Librairie Arthème Fayard. Paris. 1958.
- 55 LLORCA, Bernardino: *Manual de Historia Eclesiástica*. Editorial Labor. Barcelona. 1946. Segunda edición.

- 56 MALET, Alberto e ISAAC, J.: *Los Tiempos Modernos*. Librería Hachette. Buenos Aires. 1943.
- 57 MANCHIP WHITE, J. E.: *El Egipto Antiguo*. Editorial Alhambra. Madrid. 1955.
- 58 MARTI, JOSÉ, *Páginas Escogidas*. Selección y Prólogo de Alfonso M. Escudero O.S.A. Colección Austral. Espasa Calpe Argentina, S. A. Buenos Aires. 1953.
- 59 MAUROIS, André: *Historia de Inglaterra y los Ingleses*. Editorial Surco. Barcelona. 1951. 6a. edición.
- 60 MEDINA, José Toribio: *Historia de la Imprenta en los antiguos dominios españoles de América y Oceanía*. Santiago de Chile. Fondo Histórico y Bibliográfico José Toribio Medina. 1958.
- 61 MENÉNDEZ PELAYO, Marcelino: *Historia de los Heterodoxos Españoles*. Biblioteca de Autores Cristianos. Madrid. MXMLVI. Tomo II.
- 62 MENÉNDEZ PIDAL, Ramón: *Poesía Juglaresca y Juglares. Aspectos de la Historia Literaria y Cultural de España*. Colección Austral. Espasa-Calpe, S. A. Madrid. 1956. Cuarta edición.
- 63 MEREJKOVSKY, Dimitri: *Vida de Napoleón*. Colección Austral, Espasa-Calpe Argentina, S. A. Buenos Aires-México. 1944. Quinta edición.
- 64 MÉXICO PREHISPÁNICO. Editorial Emma Hurtado. México, MCMXLVI.
- 65 MILLARES CARLO, Agustín: *Compendio de Historia Universal de la Literatura*. Editorial Esfinge. México. 1945.
- 66 MIÑANO G., Max H.: *Breve Historia del Perú*. Biblioteca Enciclopédica Popular. Secretaría de Educación Pública. México. 1944.
- 67 MODERN, R. E.: *Historia de la Literatura Alemana*. Breviarios del Fondo de Cultura Económica. México-Buenos Aires. 1961.
- 68 MOMMSEN, Teodoro: *El Mundo de los Césares*. Fondo de Cultura Económica. México. 1945.
- 69 MONTESQUIEU, Carlos de Secondat, Marqués de: *Cartas Persas*. Editorial Siglo Veinte. Buenos Aires. 1944.
- 70 MORCILLO HERRERA, Aquilino: *Situación Legal de la Prensa en los Principales Países, en la obra: El Periodismo. Teoría y Práctica*. Editorial Noguer, S. A. Barcelona-México. 1960. Tercera edición.
- 71 MUSSOLINI, Benito: *El Fascismo*. Colección El Mundo de Hoy. Ediciones Argentinas "Cóndor". Buenos Aires. 1933.
- 72 OROZCO Y BERRA, Manuel: *Historia Antigua y de la Conquista de México*. Editorial Porrúa. México. 1960.
- 73 ORSI, Prieto: *Historia de Italia*. Biblioteca de Iniciación Cultural. Colección Labor. Barcelona. 1960. Tercera edición.
- 74 PAINE, Thomas: *El Derecho del Hombre para el Uso y Provecho del Género Humano*. Filadelfia. De la Imprenta de Matías Carey e Hijos. Año de 1821.
- 75 PATTEE, Ricardo: *Gabriel García Moreno y el Ecuador de su Tiempo*. Editorial Jus. México. 1962.
- 76 PEREYRA, Carlos: *El Fetiche Constitucional Americano*. M. Aguilar Editor. Madrid. 1942. *Breve historia de América*. M. Aguilar Editor. Madrid. 1941. Segunda edición.
- 77 PÉREZ BUSTAMANTE, C.: *Compendio de Historia Universal*. Ediciones Españolas, S. A. Madrid. 1939.
- 78 PFANDL, Ludwig: *Introducción al Estudio del Siglo de Oro. Cultura y Costumbres del Pueblo Español de los Siglos XVI y XVII*. Editorial Araluce. Barcelona. 1942. Segunda edición.
- 79 PIJUAN, José: *Historia del Mundo*. Salvat Editores. Barcelona. Reimpresión revisada. 1955. Tomos IV y V.
- 80 PIRENNE, Henri: *Historia de Europa. Desde las Invasiones al Siglo XVI*. Fondo de Cultura Económica. México. 1942.
- 81 REINACH, Salomón: *Apolo. Historia General de las Artes Plásticas*. Editorial Nueva España. México. 1946.
- 82 REY PASTOR, J. y DREWES, N.: *La Técnica en la Historia de la Humanidad*. Colección Oro. Editorial Atlántida. Buenos Aires. 1957.

- ⁸³ RIMLI, E. Th.: *Historia Universal Ilustrada*. Vergara Editorial, Barcelona. 1957.
- ⁸⁴ ROBERT, A. TRICOT, A.: *Iniciación Bíblica*. Editorial Jus. México. 1957.
- ⁸⁵ SAUGAR, Manuel: *Leyes Políticas de México*, Editorial Botas. México. 1954.
- ⁸⁶ SCHLESINGER, Martin Ludwig: *El Estado de los Soviets*. Biblioteca de Iniciación Cultural. Colección Labor. Barcelona-Buenos Aires. 1932. Segunda edición.
- ⁸⁷ SIERRA, JUSTO: *Periodismo Político*. Obras Completas del Maestro Justo Sierra. Tomo IV. Universidad Nacional Autónoma de México. 1948.
- ⁸⁸ SLONIM, Marc: *La Literatura Rusa*. Breviarios del Fondo de Cultura Económica. México-Buenos Aires. 1962.
- ⁸⁹ SOBREQUES VIDAL, Santiago y CESPEDES DEL CASTILLO, Guillermo: *Patriciado Urbano. Reyes Católicos. Descubrimiento de América*, en la obra: *Historia Social y Económica de España y América*, dirigida por J. Vicens Vives. Editorial Teide. Barcelona. 1957. Tomos II y V.
- ⁹⁰ STRIEDER, Jacobo: *El Advenimiento y el Crecimiento del Capitalismo en sus Primeras Formas Europeas*, en la obra: *Historia Universal* dirigida por Walter Goetz. Espasa-Calpe, S. A. Madrid. 1959. Quinta edición. Tomo IV.
- ⁹¹ TAINE, Hipólito: *Los Orígenes de la Francia Contemporánea*. Editorial Mayo. Buenos Aires. 1944.
- ⁹² TENA RAMÍREZ, Felipe: *Leyes Fundamentales de México*. Editorial Porrúa. México. 1957.
- ⁹³ TOSTO, Rosario: *Storia della Letteratura Italiana*. Vallecchi Editore. Firenze. 1950.
- ⁹⁴ TOUSSAINT, Manuel: *La Litografía en México en el Siglo XIX*. México. Estudios Neolitho. M. Quesada B. 1934.
- ⁹⁵ UNESCO: *La Formación de Periodistas. Estudio Mundial sobre la Preparación del Personal de Información*. París. 1958.
- ⁹⁶ VASCONCELOS, José: *Estudios Indostánicos*. Ediciones Botas. México. 1938. Tercera edición.
- ⁹⁷ VELASCO VALDES, Miguel: *Historia del Periodismo Mexicano*. Librería de Manuel Porrúa, S. A. México. 1955.
- ⁹⁸ VICENS VIVES; J. NADAL; J. y ORTEGA, R.: *Los Siglos XIX y XX*, en la obra: *Historia Social y Económica de España y América*. Editorial Teide. Barcelona. 1959. Tomo V.
- ⁹⁹ VILLOSLADA, Ricardo G.: *Manual de Historia de la Compañía de Jesús*. Editorial Aldecoa. Madrid. 1941.
- ¹⁰⁰ WEBER, Alfred: *Historia de la Cultura*. Fondo de Cultura Económica. México-Buenos Aires. 1956.
- ¹⁰¹ WEILL, Georges: *El Diario. Historia y Función de la Prensa Periódica*. Fondo de Cultura Económica. México. 1941.
- ¹⁰² WEISE, O.: *La Escritura y el Libro*. Editorial Labor. Barcelona. 1951.
- ¹⁰³ WEISSE, Juan Bautista: *Historia Universal*. Tipografía La Educación. Barcelona. 1933. Tomos I y XIV.
- ¹⁰⁴ ZAVALA, Lorenzo de: *Ensayo Histórico de las Revoluciones de México desde 1808 hasta 1830*. París. 1831.32.
- ¹⁰⁵ ZUMARRAGA, Fray Juan de: *Regla Cristiana Breve*. Editorial Jus. México. 1951.

INDICE

	<u>Págs.</u>
Advertencia	5
Prehistoria del Periodismo	7
La Imprenta y el Periodismo	27
De Renaudot a los Primeros Diarios	47
La Influencia de la Revolución Francesa en la Prensa	59
El Periodismo de Opinión	73
El Gran Desarrollo del Periodismo	87
Consideraciones Generales	109
Bibliografía General	113